

"...el fenómeno del llamado "chavismo" la relación particular líder-súbditos que caracteriza esta corriente, y la conducta de muchos adeptos y seguidores al comandante Hugo Chávez se inscriben perfectamente en la categoría de relaciones de sumisión política"

"... Ahora bien, ¿qué explica el fenómeno de la sumisión política tan frecuente y visible en el modo de dominación chavista? La respuesta a tal pregunta... es de naturaleza multicausal. En su elaboración convergen razones históricas, culturales, políticas, sociales e institucionales"

"Desde su llegada al poder en 1998, luego de haber fracasado en un golpe militar en 1992, el comandante Chávez ha ido radicalizando su conducta y su discurso, dejando progresivamente al descubierto un proyecto de dominación donde coexisten elementos fascistas, militaristas y estatistas, adornados por arengas y argumentaciones de inspiración marxista..."

Ángel Oropeza es psicólogo, profesor universitario y experto en el área de la Psicología Política. Fue Director de Recursos Humanos y Jefe del Departamento de Ciencias Económicas, Políticas y Administrativas de la Universidad Simón Bolívar (USB).

COLECCION  **ARES**
FUERA DE SERIE:
LA ACTUALIDAD SIN SECRETOS

ISBN 978-980-388-394-2

9 789803 883942

Depósito Legal
lf54520073203975

RADIOGRAFÍA PSICOLÓGICA DE LA SUMISIÓN POLÍTICA

Ángel Oropeza Z., compilador

**FUERA DE
SERIE**

 **LOS LIBROS DE
EL NACIONAL**

Radiografía psicológica de la sumisión política

El fenómeno Venezuela

Ángel Oropeza Z., compilador

La historia de la sumisión política en Venezuela es una historia reciente, pero no por eso menos profunda. El fenómeno de la sumisión política en Venezuela ha sido un fenómeno que ha existido desde la independencia, pero que ha alcanzado su máxima expresión en la actualidad. Este libro es una radiografía psicológica de la sumisión política en Venezuela, que busca explicar los factores que la han generado y los mecanismos que la han mantenido. El libro está dividido en tres partes: la primera trata sobre la sumisión política en la historia de Venezuela, la segunda trata sobre la sumisión política en la actualidad, y la tercera trata sobre las estrategias para superar la sumisión política. El libro es una obra de gran importancia para entender el fenómeno de la sumisión política en Venezuela y para buscar soluciones para superarlo.

Este libro es una obra de gran importancia para entender el fenómeno de la sumisión política en Venezuela y para buscar soluciones para superarlo. El libro está dividido en tres partes: la primera trata sobre la sumisión política en la historia de Venezuela, la segunda trata sobre la sumisión política en la actualidad, y la tercera trata sobre las estrategias para superar la sumisión política. El libro es una obra de gran importancia para entender el fenómeno de la sumisión política en Venezuela y para buscar soluciones para superarlo.

LOS LIBROS DE
EL NACIONAL

Radiografía psicológica de la sumisión política
El fenómeno Venezuela
Ángel Oropeza Z., compilador
2007

ISBN: 978-980-388-394-2
Depósito Legal: LF54520073203975
Colección Ares, Fuera de Serie 94

Ángel Oropeza Zambrano, Axel Capriles Méndez, Mercedes Pulido Briceño, Franzel
Delgado Senior, Roberto De Vries, Alejandro Moreno Olmedo.

Portada: Joanna Gutierrez
Arte final: Himara Rodríguez
Corrección: Mercedes Piñeiro
Preprensa e Impresión: Industria Gráfica Integral

Editorial CEC, SA
RIF : J-30448800-9
libros@el-nacional.com
Apartado postal 75194, Caracas 1071-A

 **LOS LIBROS DE
EL NACIONAL**
Venezuela

Todos los derechos reservados.

MISIÓN SUMISIÓN: VENEZUELA ARRODILLADA

El sufrir merece respeto, el someterse es despreciable.

Victor Hugo

La historiografía nacional ha colocado a determinados períodos de nuestra historia nombres sugerentes que, de alguna manera, sintetizan el sentido profundo del momento: “La patria boba”, “La conquista canaria” o “Venezuela metida en cintura”, por sólo nombrar algunos. Quizá, para esta hora menguada podríamos acuñar el de “Venezuela arrodillada”, porque pocas veces en nuestra historia la sociedad venezolana ha aceptado un proceso de sometimiento tan brutal de manera tan pasiva.

Las causas de esta situación pueden ser de diverso tipo y podrían dar lugar a una larga lista, pero preferimos no hacerla porque las listas, en los últimos años, nos han conducido a situaciones perniciosas. El caso es que el venezolano se debate entre el miedo y la comodidad. El miedo a ser excluido, perseguido y hasta encarcelado por un gobierno que no tolera la disidencia, que es vista, en el mejor de los casos, como traición a la patria; y la comodidad de participar en el festín de petrodólares que garantiza el progreso individual en medio del hundimiento de la República. En este último caso, lo conveniente es hacerse el loco con el tema político y sacar el mejor provecho de la situación. Sea como fuere, la sociedad venezolana ha ido aceptando un proceso de dominación que contraviene los valores que, supuestamente, han servido de fundamento a nuestra idea de nación a saber: libertad, democracia, alternabilidad en el poder, división de poderes, institucionalización de las Fuerzas Armadas, etc.

Esta “sumisión”, de la que se ocupa este libro compilado por Ángel Oropeza y en el que se incluyen trabajos de las mejores figuras de la inteligencia nacional –sin dejar fuera al prologuista, claro está–, ha tenido manifestaciones de un patetismo que no se veía en esta tierra desde la época de Guzmán, Castro o Gómez. Quizá el ejemplo más vergonzoso sea el de las

largas jornadas dominicales, en las que funcionarios e invitados especiales hacen el papel de escenario para que el líder único e indiscutible pontifique, insulte, gobierne y hasta cante, rememorando de alguna manera a los emperadores romanos que obligaban a sus seguidores a hacerles coro en el Coliseo, presos allí sin poder salir, al punto que muchas mujeres daban a luz durante las largas peroratas del César. El humor popular, que no perdona la adulancia excesiva, ha querido bautizar a estos funcionarios con el mote de "perrito é'taxi", por la similitud con los animalitos que suelen ser frecuentes en los taxis venezolanos. La cabeza de estos animalitos es móvil y da siempre la sensación de estar asintiendo con el desplazamiento del vehículo, especialmente, cuando éste cae en los múltiples huecos que pueblan las calles de nuestras ciudades.

En uno de estos programas dominicales, el Jefe del Estado nos comunicó que a él le gustaba la imagen ofrecida por el filósofo Francisco Rivero que lo homologaba con una suerte de pintor que imprimía los colores y el estilo del paisaje nacional. Nos decía el presidente que esta imagen le cautivaba especialmente porque él no se imaginaba a otra persona ocupando su lugar en esta tarea de "pintar" a Venezuela: "Si yo entrego el pincel, otra persona alterará los colores del cuadro", se atrevió a reconocer, reafirmando su vocación de permanecer en el poder indefinidamente.

Lo sorprendente del comentario no es ego del mandatario, que con frecuencia se exhibe detrás de una aparente humildad, sino esta idea de considerar a la sociedad venezolana como una especie de lienzo inerte dispuesto a recibir las pinceladas del único hombre capaz de pintarla. Pero asusta más que sean tan pocos los que den cuenta de la gravedad de la afirmación presidencial, la cual reconoce que los ciudadanos de Venezuela no tenemos nada que ver en la composición de nuestro destino y que aceptamos la entrega del pincel, que viene a ser emblema de la conducción del país. Esto es un asunto que ya no tiene que ver con la decisión ciudadana sino con la voluntad del pintor.

Esta ha sido la Venezuela de los últimos nueve años: un país en el que la única voluntad de un caudillo define nuestro destino económico, político y social. "Todo esto se ha hecho mediante la consulta al pueblo", me dirá algún dirigente de la izquierda europea de éstos a los que les maravillan las revoluciones latinoamericanas; eso sí, desde la distancia de la civilización primer mundista. Sí, efectivamente, nunca como en este tiempo se habían realizado tantas votaciones en Venezuela, pero también nunca como ahora los mecanismos democráticos habían sido manipulados tan hábilmente para desmontar

la democracia misma —eso sin entrar en la discusión de que democracia no es sólo acudir a las urnas, sino, además, una manera de vivir y de convivir—.

Esta es la gran tragedia nacional: que democráticamente estamos construyendo una tiranía en la que las instituciones, la división de poderes y los sistemas electorales confiables se han ido desmontando de manera lenta, pero progresiva y sistemática. Se ha reinstalado en Venezuela la idea del "cesarismo democrático" de Laureano (Vallenilla), que promovía que al no estar el pueblo capacitado para practicar la democracia, el caudillo ejercía de alguna manera la tutoría de la voluntad popular. Así pues, cuando se dice: "Todo el poder para el pueblo", se entiende que el pueblo está encarnado en su líder o conductor, de manera que lo que efectivamente se dice es "todo el poder para el líder"; de allí la necesidad de reformas y contrarreformas, de poderes especiales y leyes habilitantes que den todo el poder al "pintor único de nuestro destino". Hay momentos en los cuales una conjunción de circunstancias de diversa naturaleza hacen que no sólo un líder promueva estas ideas, sino que los ciudadanos las acepten con pasividad, unas veces por comodidad, otras por temor, seducción, etc. A esto es a lo que llaman sumisión los hombres y a lo que se dedican los sesudos análisis de este libro.

El eminente constitucionalista y padre de la Ciencia Política en Venezuela, Don Manuel García Pelayo, tenía particular predilección por el análisis de las alegorías y mitos vinculados a la política. Entre los centenares de trabajos que componen su vasta obra, hay un pequeño ensayo dedicado al análisis de una pintura de Ambrogio Lorenzetti ubicada en el Palazzo Pubblico de Siena. Se trata de una obra que recrea los efectos del "buen y mal gobierno". De la manera como es retratado éste último, concluye el Dr. García Pelayo lo siguiente:

...el mal gobierno es la antítesis del bueno: no desciende del claro entendimiento de la sabiduría, sino del impulso cegador y negativo de la soberbia; no se basa en la justicia y la concordia, sino en la dominación; no realiza el bien en general, sino el mal en general; no se inspira en las constructivas virtudes políticas, sino en principios tales que sólo pueden llevarle a debatirse entre el temor y la negación de los fines propios de la convivencia política, e incluso de la naturaleza humana, para desarrollar una situación de terror, sospecha, violencia, inseguridad, miseria y desolación.¹

¹ García Pelayo, Manuel. *Obras Completas*. Tomo III. (El buen y el mal gobierno, pág.1239 y siguientes) Centro de Estudios Constitucionales. Unigraf, Madrid, 1991.

A quien esto escribe se le antoja que el cuadro pintado por el primer pintor nacional se asemeja mucho, si acaso no es una copia al carbón, a la alegoría del mal gobierno de Lorenzetti. En este contexto, este trabajo sobre el tema de la sumisión, analizado desde diferentes puntos de vista, viene a ser un aporte valiosísimo, no sólo para saber qué es lo que nos está sucediendo, sino para entender, cuando las circunstancias de la historia cambien y permitan construir nuevos rumbos sobre la base democracia, tolerancia y justicia: que una sociedad no puede endosar su destino a los caprichos de un líder, que no somos el boceto de un hombre, que el pincel está en nuestras manos, que el cuadro como nos enseñó Velásquez se pinta a sí mismo.

Laureano Márquez
13 de septiembre de 2007

¿QUÉ SE ESCONDE DETRÁS DE LA SUMISIÓN POLÍTICA?

ÁNGEL OROPEZA Z.

Podrán golpearnos, romper nuestros huesos, e incluso hasta matarnos; entonces sólo tendrán nuestros cadáveres, pero jamás tendrán nuestra obediencia. Manifiesto de los Estudiantes venezolanos Estadio de Béisbol de la UCV, 22 de Junio de 2007

Las botas sólo tienen poder de aplastar a los que se arrastran, y poco pueden contra las conciencias que vuelan alto.

Luis Ugalde: Carta Abierta a los, Estudiantes, 1 de Julio de 2007

¡Pa-tría o muer-te, ordene Presidente! Barra de estudiantes oficialistas, Asamblea Nacional, Julio 2007

Comandante, es que hablar con usted, es como con el mismo Dios...

Vocera de un Consejo Comunal, Programa Aló Presidente, 2007

CONCEPTO DE SUMISIÓN

La palabra "sumisión" deriva del latín *submissio*, que implica rendirse y someterse a la voluntad de otro. Es un término que se asocia con vasallaje, esclavitud, capitulación, docilidad y alienación. En la práctica, constituye una forma moderna de esclavitud, que humilla al ser humano haciendo que su existencia esté siempre subordinada y dependiente de otro, e incluso —como un ejemplo de la más abyecta aberración humana— que su propia realidad tenga sentido sólo en función del dominador.

Para Max Weber, la dominación es la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una situación social. Sin embargo, dominación y

sumisión no son conceptos equivalentes. El primero supone la posibilidad permanente de la coacción física, y necesita del monopolio del ejercicio de la violencia y la fuerza. La sumisión, por su parte, implica una actitud psicológica de entrega y alienación, aún en ausencia de la fuerza física, y en ocasiones sin que haya conciencia por parte de la persona de estar en tal situación o condición. Por eso, mientras la dominación puede ser estudiada recurriendo a elementos de naturaleza política, institucional e histórica, la sumisión requiere necesariamente ser abordada desde la perspectiva de los factores de índole psicológica y cultural que explican su aparición y permanencia.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA SUMISIÓN

Hay una relación estrecha entre sumisión, en sus diferentes grados de patología, y la presencia de algunas muy particulares características personales y conductuales. Así, por ejemplo, los sumisos necesitan siempre obedecer a alguien, necesitan que alguien "los mande". En su estructura de personalidad subyace un terror inmenso a la libertad y a la responsabilidad que ella implica. Por ello, se afirma que la sumisión es una auténtica perversión social, en cuanto disminuye la dignidad de la persona y la lleva a someterse a la voluntad de un líder, quien se convierte de esta manera en un genuino objeto de culto. Este líder, por concepto, es adicionalmente poseedor de la verdad: quien no esté con él, es por tanto enemigo de la verdad. Por lo demás, este líder nunca es culpable ni responsable de error alguno, y sólo hay cabida en su corazón para la bondad y el amor. Por eso la creencia fanática —porque de ningún modo se atreve a ser cuestionada ni puesta a prueba— de que su líder nunca es culpable de lo que pasa y de que está lleno de buenos sentimientos, porque simplemente no puede ser de otra manera.

Para el sumiso reconocer, o pensar siquiera, que su líder es corrupto, o que está movido por las más bajas ambiciones de acumulación de poder, significaría una disonancia cognitiva muy severa, complicada de resolver y una frustración existencial difícil de soportar. Por ello el sumiso termina desarrollando conductas de fanatismo, porque no se puede dar el lujo de oír, aceptar o pasearse por la posibilidad de que el cómodo y rígido mundo que le brinda su líder se venga abajo. Como consecuencia, un rasgo distintivo del sumiso es la intolerancia, ya que los no sumisos constituyen una amenaza para su existencia y para su ordenado mundo. El sumiso, en cuanto intolerante, no acepta una visión o postura distinta a la suya, que a su vez es la misma de su líder. Es tan ignorante que considera esta visión como la válida para todo el mundo, lo cual es una muestra desde el punto de vista intelectual de pobreza

e ignorancia, y desde el punto de vista emocional de una gran inmadurez.

Esto es políticamente muy útil para los tiranos, la sumisión refuerza la ignorancia y no permite una visión crítica sobre el gobernante.

Para el sumiso la disidencia y la crítica más que un delito son una amenaza, porque resquebrajan sus falsas seguridades. Por eso es que la intolerancia del sumiso le empuja a la violencia y en vez de hablar de diálogo y reconciliación su discurso está lleno de guerras, batallas, patrullas y comandos. También obedece ciegamente, el "ordene mi comandante" se convierte en el ideal supremo, y "revolución" significa violar cualquier norma pues ello constituye "la lógica revolucionaria", la lógica de "misión cumplida comandante", donde la única regla aceptada y preestablecida es la voluntad del jefe.

La persona sumisa posee una gran necesidad de que su mundo sea ordenado y predecible. El sumiso rehuye la complejidad de lo real, y se deja seducir por la simplificación engañosa que de lo social hace su líder. No es capaz de manejar las tonalidades grises, sólo entiende de extremos maniqueos: bueno o malo, cielo e infierno, conmigo o contra mí. Por eso, aunque en la superficie de lo aparente repita los discursos de paz y amor que suele vender inteligentemente su caudillo, si siente que ese mundo ordenado y lógico donde todo está explicado y regido por su líder puede llegar a estar amenazado por quienes cuestionen la genuflexión y la alineación como forma de vida, migra con pasmosa facilidad a la violencia y a la justificación de la represión y la fuerza.

Esta necesidad de un mundo ordenado y predecible, explica la fascinación que en los sumisos suscitan iniciativas como las de "pueblo soldado", expresión frecuente que describe su concepción sobre lo que debe ser el colectivo nacional. En un "pueblo soldado", siguiendo el símil del cuartel, sólo se obedece y las decisiones las toma el comandante del regimiento, quien sabe lo que debe hacerse, para donde ir y que es lo mejor para sus subalternos. Es la renuncia voluntaria a la libertad y a la responsabilidad para refugiarse en la comodidad de quien sólo obedece, en la seguridad de un mundo que va a estar ordenado y explicado por un líder.

Como consecuencia parcial de lo anterior, el sumiso siente una gran debilidad por los lugares comunes del lenguaje, por los clichés, y por la simplificación discursiva de la realidad, en cuanto expresión verbal de ese mundo ordenado y predecible. Le encantan los *slogans*, las frases panfletarias y los filósofos de tarima. Suele resolver engañosamente cualquier argumentación, sobre todo si es amenazadoramente contraria a la que debe repetir, refugiándose en lugares comunes cuidadosamente seleccionados e impuestos por su líder.

- El sumiso, sobre todo en sus grados de patología más severa, es capaz de mentir, contradecirse y hasta anularse como persona con tal de seguir gozando del aprecio, real o imaginario del hegemon objeto de su adoración. El cuadro de enajenación que sufre el sumiso llega al extremo de que, si su líder lo dice, debe ser verdad, no importa lo que haya dicho; y si su líder lo decidió, pues bien decidido está—sin importar qué sea—, y lo que le queda es alabar esa decisión como si fuera propia. Su grado de alienación en la persona del líder es tal, que toda su vida se mueve alrededor de él.

RELACIÓN ENTRE SUMISIÓN, ADULANCIA Y CULTO A LA PERSONALIDAD

La sumisión conduce a la adulancia y a la construcción del culto a la personalidad, como mecanismo sustitutivo simbólico o imaginario de la propia inferioridad. No sólo frente al sumiso cualquier cosa es más grande, dada su poquedad, sino que opera aquí un interesante proceso de conmutación psicológica: mientras más grande e importante perciba o imagine a su líder, en una medida simbólicamente similar lo es también él. Este mecanismo de realización compensatoria vicaria, como lo llaman los psicólogos, funciona porque al elevar a su líder a la categoría de objeto de culto, la personalidad sumisa no sólo satisface su necesidad de ser sometida, sino que el hecho de que el dominador sea imaginado como muy excelso o poseedor de características extraordinarias, compensa la situación de humillación voluntaria implícita en la sumisión y hasta enaltece su vergüenza.

Lo anterior ocurre del mismo modo en quien es derrotado en una competencia deportiva por alguien que le supera abiertamente en tamaño, fuerza y habilidad: mientras más invencible y poderoso sea el rival, menos duele la derrota. Así que, mientras más admirable y soberbio sea su líder, más llevadero y hasta honroso resulta arrastrarse frente a él. Por eso al líder se le adjudican e inventan, dentro de la mitología popular que adula y rodea a todo hegemon, cualidades singulares y en ocasiones casi sobre humanas necesarias para mantenerlo como objeto de culto sumiso. Lo psicológicamente alegórico es que a la pequeñez del sumiso la grandeza del líder la compensa y le da sentido al formar parte de los que siguen a ese líder, ser uno de los suyos.

Desde los clásicos trabajos de Bruner y Goodman, a comienzos de la década de los cincuenta del siglo pasado, la Psicología Social ha estudiado con profundidad el fenómeno anterior, conocido como "acentuación perceptiva". Según este principio, la percepción de una persona sobre otras está fuertemente influenciada por sus necesidades, valores, creencias e historia

particular, al extremo que es capaz de distorsionar por completo una percepción para hacerle compatible con sus expectativas, deseos y necesidades. Esta característica de la percepción como un proceso selectivo, aflora así de manera evidente en la situación de sumisión. Ante la necesidad psicológica de ser sometido, se adjudican imaginariamente cualidades extraordinarias a un líder para justificar la condición de sometimiento. De esta manera, la relación entre sumisión y culto a la personalidad es de una circular retroalimentación: las dos se refuerzan y mantienen mutuamente.

El culto a la personalidad, de manera adicional, se ve reforzado por situaciones de desinstitucionalización democrática e incertidumbre social; conforma un terreno fértil para la aparición del voluntarismo político, a falta de instituciones creíbles y eficaces y de un marco de organización político-social que permita un funcionamiento social sin depender del arbitrio, voluntad o parecer discrecional del burócrata de turno. Según el voluntarismo político, la política no es ya el delicado arte de identificar problemas sociales, jerarquizarlos siguiendo criterios tecnopolíticos en función de las necesidades populares, y diseñar las mejores políticas públicas—con su correspondiente evaluación y seguimiento— para resolverlos, sino un asunto de simples arrestos o buenos deseos personales de quien dirige.

Con el voluntarismo político se hipertrofia así la importancia de la personalidad del líder de turno, y la discusión política se primitiviza, reduciéndola a estériles discusiones sobre las intenciones, los deseos, o la buena voluntad de la autoridad. Por esta vía, el líder tiene un suelo pródigo para sembrar demagogia y seducción verbal como principales herramientas políticas. Porque mucha gente, culturalmente hablando, limita la política a eso: a que un cabecilla hable bonito y les convenza que está preñado de buenas intenciones. El culto a la personalidad, como derivación inevitable de la sumisión, es en definitiva la negación del protagonismo del pueblo. Un pueblo sumiso y adulador es cualquier cosa menos un pueblo soberano. Los "débiles de espíritu" no pueden ser libres, se contentan con que alguien decida por ellos y se someten gustosos a esa otra voluntad.

LA SUMISIÓN CHAVISTA

Ahora bien, en la Venezuela de comienzos del siglo XXI, el fenómeno del llamado "chavismo", la relación particular líder-súbditos que caracteriza esta corriente, y la conducta de muchos adeptos y seguidores al comandante Hugo Chávez, se inscriben perfectamente en la categoría de relaciones de

sumisión política descritas hasta ahora. Desde su llegada al poder en 1998, luego de haber fracasado en un golpe militar en 1992, el comandante Chávez ha ido radicalizando su conducta y su discurso, dejando progresivamente al descubierto, un proyecto de dominación donde coexisten elementos fascistas, militaristas y estatistas, adornados por arengas y argumentaciones de inspiración marxista. En este proceso, muchos de los originales seguidores se han desencantado al descubrir la esencia verdadera del proyecto. Sin embargo, otros han radicalizado su sumisión.

Cuando se habla de los seguidores del comandante Chávez, comúnmente conocidos como "chavistas", es necesario –en justicia– identificar los diferentes subgrupos que componen esta particular clase política, que dista mucho de ser homogénea y única. Así, es posible reconocer y elaborar una "tipología del chavismo", en la que coexisten al menos siete categorías de personas o grupos. Por supuesto, algunas de estas categorías se superponen y entrelazan, por lo que alguien puede pertenecer simultáneamente a más de una. Estas categorías son las siguientes:

Los oportunistas de ocasión

Para este grupo la identificación con "el proceso" es altamente rentable en términos económicos, y logra enormes fortunas y beneficios para sí y los suyos bajo el amparo del comandante Chávez. Aquí coinciden los "vivos" de siempre, aquellos que siempre han sabido medrar a la sombra de cualquier gobierno o líder político, con la neo-oligarquía floreciente y de reciente cuño, a la que el argot popular ha bautizado indistintamente como la "boliburguesía" o la "boligarquía".

Los nostálgicos de la Venezuela Heroica

Son los hijos de lo que llama Germán Carrera Damas "el pueblo parricida". Para ellos, la historia venezolana se reduce a un período glorioso –la guerra de independencia–, luego del cual el pueblo traicionó y mató al padre –Bolívar–. Como producto de este pecado original de parricidio, el pueblo venezolano ha sido castigado con ciento setenta años de oscurantismo y miseria, un período perdido que la nueva mitología política ha bautizado como la "IV república", que va desde la fecha del parricidio –1830– hasta la llegada al poder del "hijo de Bolívar" en 1998, única forma posible de expiar ese pecado original y relanzar al rescate el proyecto del padre asesinado.

Los ingenuos

Aquellos que creen, de buena fe, en las promesas de redención social que vende el proyecto de dominación chavista. Creen que es posible, a partir de este proyecto, lograr mejoras sustanciales en su calidad de vida; tener mayor participación y visibilidad política; y avanzar en su condición económica y social, dentro de un ambiente de libertad y soberanía popular.

Los adoradores de charreteras

Desde la aparición y masificación de los estudios de opinión pública en Venezuela, en la década de los setenta del siglo XX, ha habido históricamente un porcentaje de la población, que nunca supera el 20% pero tampoco disminuye del 10%, que le encanta la presencia de un militar en el poder y que considera a los militares como los más capacitados para gobernar el país. Para estos venezolanos es muy fácil identificarse con un proyecto como el chavista, que no sólo tiene una fuerte raigambre militarista, sino que tiene a un oficial retirado como supremo ductor.

Los viudos de la izquierda bolchevique

Constituye un grupo importante de la taxonomía chavista y son aquellos que todavía añoran el muro de Berlín, que lloran al oír la "Bella Ciao", que se enternecen con la imagen del Che Guevara y que aún hablan del sóviet como alternativa de progreso social. A ellos la iconografía, los discursos y hasta la estética gubernamental los devuelve, hasta con olor a naftalina incluido, a una etapa que creían lamentablemente perdida, y les ha devuelto la esperanza a sus mitos y ficciones.

Los revolucionarios de buena fe, que necesitan cambiar al mundo

Hay en el mundo del chavismo personas y grupos que han militado desde mucho en la convicción revolucionaria, y les caracteriza un pensamiento progresista y de avanzada. Tienen sus dificultades severas con otros sectores del chavismo, porque no les cuadra mucho el culto a la personalidad, el militarismo extremo, la corrupción del gobierno y la influencia excesiva de la poderosa neo-oligarquía. Pero mantienen su fe en el proyecto, sobre todo porque el costo existencial de renunciar a la esperanza de su realización, es de un peso psicológicamente abrumador y frustrante.

Los que necesitan ser mandados

Son aquellos cuyas características psicológicas les impiden existir sin alguien que les ordene y mande. Pueden estar horas enteras embelesados escuchando los mismos chistes, los mismos cuentos y las mismas arengas de su líder; todo esto con la actitud de enajenación y entrega del borrachoenguayabado, que se pega a la vieja rocola, para oír una y otra vez el bolero que le trae de vuelta a la amada ya perdida. La máxima de vida de ellos es “ordene comandante, yo no soy nadie, yo estoy aquí para servirle”.

Las conductas de sumisión, en su expresión más acabada, suelen ser más evidentes y frecuentes en esta última categoría, la de los que necesitan ser mandados. Sin embargo, toda relación súbditos-Chávez, cualquiera sea la categoría de las anteriores en la que se encuentre, tiende con frecuencia a degenerar en una situación de sumisión, adecuadamente reforzada por el líder para afianzar su dominio. Un comentario aparte merece un subgrupo muy particular, afortunadamente muy pequeño, conformado por los llamados intelectuales sumisos³

Los intelectuales sumisos son personas generalmente de formación universitaria y probada capacidad de producción artística, científica o cultural. Ellas hacen notables esfuerzos por disfrazar de cierta lógica y racionalidad, actitudes y posturas mejor explicables desde la perspectiva de la simple posesión de características personales y psicológicas de pro-sumisión. A estos tristes personajes les fascina, por ejemplo, un militar, porque en el fondo se sienten inferiores a quien hace del uso de la fuerza su ocupación y su forma de vida. Admiran y envidian eso, así como también el poderío y el ornato que le acompaña, en ocasiones muestran expresiones faciales y posturales típicas de quien ha sido sexualmente seducido, y se enfrenta extasiado al objeto de su erótico deseo.

¿QUÉ HAY DETRÁS DE LA SUMISIÓN CHAVISTA?

Ahora bien, ¿qué explica el fenómeno de la sumisión política tan frecuente y visible en el modo de dominación chavista? La respuesta a esta pregunta es de una urgencia singular, no sólo para combatir esta perversión social en el presente, sino para intentar evitar su repetición en el futuro. La respuesta a tal pregunta, por concepto, es de naturaleza multicausal. En su elaboración convergen razones históricas, culturales, políticas, sociales e institucionales. Sin embargo, nos detendremos aquí en la revisión, necesariamente somera dado el alcance de este libro, de algunas variables de

naturaleza psicológica y psicopolítica que están detrás del fenómeno de la sumisión, y que ayudan a explicar no sólo su origen sino su mantenimiento y lamentable permanencia en muchos de nuestros compatriotas.

LA IGUALDAD

Una primera característica psicosocial presente entre los venezolanos, y que se convierte en fuente potencial de sumisión, gira en torno al concepto de “igualdad”. La búsqueda de la igualdad ha sido, históricamente, un factor motivacional constante tanto en el proceso histórico como en el imaginario colectivo del venezolano. Además, el tema tiene raíces profundas en su perfil típico de creencias y valores político-sociales. Ya en 1939, por ejemplo, Mariano Picón Salas hablaba de la fascinación por el “mito de la igualdad”, consecuencia a su juicio de la nivelación igualitaria que, desde la época colonial, ha guiado todas las luchas emprendidas por los venezolanos. Alrededor del tema de la igualdad, se pueden identificar tres grandes paradigmas psicosociales, los cuales no son históricamente sucesivos, sino que —por el contrario— coexisten en la actualidad.

El primer paradigma, caracterizado por la búsqueda de la igualdad política y las luchas por el acceso a la igualdad en la ley. Ejemplo de ello fueron: la lucha independentista del siglo XIX; las batallas de blancos criollos contra blancos peninsulares, de pardos contra criollos y de negros contra pardos; la lucha por el voto de la mujer; y tanto la creación como la consolidación de la democracia política a principios de la década de los sesenta. El segundo paradigma, estuvo caracterizado por la búsqueda de la igualdad de oportunidades y por las luchas para lograr acceso a las condiciones de igualdad. La promoción de la “independencia económica” en la década de los setenta y ochenta, así como también la Reforma del Código Civil venezolano liderado por la Dra. Mercedes Pulido, son claras muestras de esta oleada. Finalmente, un tercer paradigma gira en torno a la convicción de que todos somos iguales pero diferentes. El tema central en este paradigma es cómo lograr el cambio en las condiciones para lograr el empoderamiento de las personas, y lo característico son las luchas por lograr cambios en las estructuras de poder.

El aumento de las protestas hoy en Venezuela, la radicalización de la represión a la disidencia y la discriminación contra quienes se oponen a los modelos de pensamiento único indican que se está cabalgando el tercer paradigma. Ahora bien, el objetivo de ese tercer paradigma está todavía por alcanzarse y constituye una asignatura pendiente para todos los venezolanos. Sin embargo, en la lucha por lograr el objetivo previsto el principal

obstáculo lo representa la imposición de una propuesta, convenientemente reforzada y defendida por el chavismo, que pretende confundir “igualdad” con “igualitarismo”.

La igualdad es un valor democrático y humano fundamental, que consiste en la supresión e imposibilidad de dominación de unas personas sobre otras. El igualitarismo, por el contrario, radica en la eliminación de las diferencias por la vía de una aberrante uniformidad. Al confundir intencionalmente ambos términos, se mercadea un pensamiento político según el cual las diferencias entre las personas generan “caos social”, lo que afecta a un orden político que por definición debe tender al “equilibrio del universo”.

Para lograr ese “equilibrio del universo”, que permitiría conseguir la paz y la justicia permanentes —vía la supresión de las diferencias—, es fundamental la consecución y preservación del poder, por supuesto, en manos del líder. Así, se plantea convenientemente el chantaje ideológico de la lucha por la igualdad como reñida con la lucha por la libertad. De esta manera, al vender igualitarismo disfrazado de igualdad, la propuesta chavista —obviamente naturaleza de cuartel— se convierte en un proyecto político profundamente anti-igualitario y reaccionario, que frena el avance de la lucha por una progresiva igualdad entre los venezolanos, y que consistiría, por encima de cualquier cosa, en que nadie pueda someter ni poner su bota sobre la cabeza de nadie, sin importar su poder político o económico.

Adicionalmente, la propuesta chavista constituye un estímulo para la sumisión, porque la igualdad —en su sentido real y exacto del término— se convierte en un obstáculo para la necesidad del líder de disfrutar del culto a la personalidad, la centralización personalista de los poderes y la imposición a la fuerza del dominio político. Es por ello que uno de los mayores retos actuales es justamente luchar contra los intentos de perpetuar un modelo de dominación basado en la “venta” de una “revancha igualitaria”, la cual está basada en el fomento de la diversidad y el respeto a las diferencias. El mantenimiento y refuerzo de esta concepción de igualitarismo tipo cuartel, en el repertorio de creencias de muchos venezolanos, constituye entonces un fuerte elemento psicocultural que propicia y justifica la sumisión política.

LA CONCEPCIÓN DE DEMOCRACIA

Una segunda variable de naturaleza psicológica, que facilita y promueve conductas de sumisión política, es la tendencia dentro de la representación social de los venezolanos de una orientación cognitiva-actitudinal de democracia como “condición” o “democracia sustantiva”, acompañada en menor

grado de una concepción de democracia “método” u “operativa”. En su obra *La libertad de los modernos* (1972), Umberto Cerroni señala que un presupuesto básico para comprender la confusión que existe sobre el concepto de democracia, está en separar la concepción de ella como “un método con un procedimiento que permita expresar en libertad el gobierno y las opciones políticas que se desean”, de la noción de democracia como “una auténtica condición social, como un *status* social que coloque al pueblo en situación de participar igualmente en el gobierno de la comunidad” (pp. 183).

Una distinción semejante a la realizada por Cerroni, en cuanto a estas dos concepciones de democracia, es hecha por Norberto Bobbio y Nicola Matteucci (1987) quienes identifican un tipo de democracia “formal” y otro “sustancial”. La primera concepción se caracteriza por la presencia de “procedimientos universales” de toma de decisiones y arreglos políticos de resolución de conflictos; mientras en la segunda predominan ciertos contenidos político-sociales, entre los que destaca la noción de igualitarismo. En palabras de Bobbio y Matteucci: “Según una vieja fórmula que considera a la democracia como gobierno del pueblo para el pueblo, la democracia formal es más que nada un gobierno del pueblo, la democracia sustancial es más un gobierno para el pueblo” (p. 506).

Pues bien, en el caso venezolano, todos los estudios conocidos arrojan resultados que apuntan a una prevalencia marcada de la concepción de democracia como “condición”, acompañada en menor grado de una concepción de democracia “método” u “operativa”. Esta última se ve limitada básicamente a lo electoral, en desmedro de otros aspectos formales importantes, como el control civil de las fuerzas armadas, la tolerancia a la oposición, el respeto al poder legislativo, la transparencia de los procesos electorales, las limitaciones civiles a las atribuciones y poder del presidente, la representación proporcional de las minorías o la independencia de los poderes públicos. Estos aspectos muestran una cultura e institucionalización adultas de la democracia, y cuya ausencia o debilitamiento han sido señalados como elementos característicos de las democracias débiles (Mainwaring, 1999; Dahl, 1999).

Para la mayoría de los venezolanos, a juzgar por las investigaciones recientes, la democracia es algo más que un sistema de procedimientos o métodos políticos, y salvo una consideración especial sobre la importancia de las elecciones —como aspecto operativo formal—, la democracia se asocia predominantemente con la consecución de ciertos fines sustantivos, pero imprecisos y multívocos, tales como la “mayor suma de felicidad posible”, “el bien común” y el “bienestar general”.

Por supuesto, y desde el punto de vista teórico, no se trata aquí de discutir cuál extremo conceptual de democracia es mejor que el otro. De hecho, considero que la recurrencia a cualquiera de estos extremos, ya desfigura una concepción integral y comprehensiva de la democracia, y esconde muchas veces “trampas” teóricas para justificar modelos políticos y sistemas de organización social no propiamente democráticos. En todo caso, lo importante es resaltar que la preferencia valorativa de uno de los extremos tiene claras consecuencias políticas y conductuales. En el caso de Venezuela, la hipertrofia de una concepción de democracia sólo como “condición social”, y la comparativa desestimación de la democracia como “metodología social”, están en la base del relativo desdén con que muchos venezolanos perciben la importancia de una sana institucionalización democrática, con reglas y procedimientos transparentes y objetivos, que minimicen la dependencia de la discreción de los burócratas y evite tanto la acumulación como los abusos de poder de los gobernantes.

PATERNALISMO Y LA DEPENDENCIA DEL ESTADO

Un tercer factor de índole psicopolítico que es necesario analizar aquí, tiene que ver con cierta tendencia encontrada en la cultura política de muchos venezolanos hacia el paternalismo y la dependencia del Estado. No hay duda que la participación y el protagonismo ciudadano constituyen no sólo elementos necesarios para la viabilidad y desarrollo constantes de un modelo democrático, sino que son considerados auténticos valores que enaltecen la cualidad de los habitantes de un país. Por el contrario, el extremo contrario al protagonismo, la posición paternalista-dependiente, conlleva consecuencias conductuales de apatía, resignación, abulia y delegación indebida de responsabilidad en otros. Sin embargo, el protagonismo ciudadano no es algo que simplemente se decreta, sino que su desarrollo va a depender de la conformación particular de algunos elementos cognitivos y conductuales propios de la cultura política imperante.

En esta línea de pensamiento anterior se inscribe J. C. Rey, para quien la forma como se percibe la sociedad civil determinará que la idea de democracia se relacione o no con un Estado paternal. Según este autor:

Si (el ciudadano común) ve en ésta —la sociedad civil— algo desordenado o caótico, campo de enfrentamiento de las pasiones y de los intereses privados, en una palabra un puro “estado natural”, el orden ético sólo puede venir del Estado, concebido como un ente

externo que como *Deus ex machina* conferirá forma artificial a la naturaleza por sí informe. El Estado, “el ámbito de lo público o del interés general”, impone su eticidad objetiva a la sociedad civil, esfera de lo privado o del interés particular. Tal es la concepción que prevalece bajo el absolutismo y, en gran parte, la tradición que América Latina hereda de la colonia. Esta falta de confianza en la capacidad de la sociedad para generar de su propio seno un “interés general” —que como veremos ha estado en gran medida ausente durante toda nuestra vida republicana— ha de conducir necesariamente a una “Estatolatría”, a ver en el Estado, concebido como ente exterior a la sociedad, el único posible creador de un orden político que ha de imponerse aún en contra de la voluntad efectiva de aquellos a quienes va dirigido (1988, p. 44-45).

Esa falta de confianza, que a juicio de Rey condiciona la forma de percibir a la sociedad civil y al Estado, y que por ende incide sobre la viabilidad de una auténtica sociedad participativa y protagónica, ha sido estudiada con detalle en el caso venezolano. Así, por ejemplo, los últimos tres Estudios Mundiales de Valores (1996, 2000 y 2004) partieron de la encuesta siguiente: ¿se puede confiar en la mayoría de las personas?, o por el contrario, ¿se puede ser tan confiado con la gente? Estas preguntas arrojaron resultados que ubican a Venezuela como uno de los países del mundo con mayor desconfianza interpersonal y hacia las instituciones. Esto no es sólo un dato anecdótico. Para autores como Inglehart (1990) y Fukuyama (1995), la confianza interpersonal es un factor actitudinal clave para el mantenimiento de una democracia estable². Por eso llama tanto la atención el nivel extremadamente bajo de confianza interpersonal que expresan los venezolanos, incluso en comparación con lo que Fukuyama califica como “low-trust societies”³, o sociedades de baja confianza.

La relación entre alta desconfianza y aceptación de autoritarismo es clara, ya que la reducción de la confianza en una sociedad obliga a requerir, como compensación, medidas más invasivas, tutelares e intervencionistas por parte de la autoridad para regular las relaciones y asegurar el funcionamiento social. Así la poca confianza que el venezolano tiene hacia los

² Para Inglehart (*Culture Shift in Advanced Industrial Societies*, 1990, Princeton), la confianza interpersonal, junto con la aparición de una burocracia política y la participación de las masas en política, son tres factores cruciales en el desarrollo de una sociedad moderna.

³ Fukuyama, Francis: *Trust*, (1995). New York: Free Press.

demás, le lleva con facilidad a aceptar que la única forma que las cosas funcionen es “poniendo orden” o “metiendo en cintura”. Generalmente, esto significa que alguien desde arriba vigile y controle que los demás hagan lo que son incapaces de realizar por ellos mismos.

A esta baja desconfianza interpersonal encontrada en Venezuela, se agrega también un tipo especial de ingenuidad política, que lleva muchas veces a la población a esperar resultados que podríamos calificar como “mágicos” por parte de los gobiernos, y que denotan una fuerte creencia en el voluntarismo político. Esta combinación de una alta desconfianza interpersonal con una tendencia al pensamiento político voluntarista e ingenuo, se ha constituido, de hecho, en un serio obstáculo para el desarrollo de un adecuado y adulto protagonismo ciudadano, que sirva de contrapeso a las actitudes paternalistas y dependientes en la relación Estado-sociedad.

DERECHOS Y DEBERES

Una cuarta variable psicopolítica que se oculta en la génesis de conductas de sumisión, y que se relaciona estrechamente con el factor que acabamos de analizar, es la desproporcionada relación entre derechos y deberes, que se ha detectado en la cultura política de muchos venezolanos. Varios estudios han identificado el predominio en Venezuela de una concepción política donde se privilegia—de manera hipertrofiada—la satisfacción de los derechos de los gobernados en desmedro de la necesaria contraprestación de deberes.

Una expresión evidente de esta tendencia a maximizar los derechos y descuidar lo relativo a las obligaciones, se encuentra en la *Constitución de la República bolivariana de Venezuela* de 1999. Dicha Constitución consta de 350 artículos, repartidos en 10 títulos aparte de las “disposiciones”. El título III es el que cubre específicamente el tema de los derechos y deberes de la población. Pues bien, de ese título III, ciento diez artículos hacen referencia a los derechos de los venezolanos, mientras que sólo seis mencionan los deberes. Pero, además, también los artículos uno; diecinueve; veinte; veintiuno; veintiséis; veintisiete; veintiocho; treinta; treinta y uno; y cuarenta, aparte del título III, hacen referencia a derechos generales, sin ninguna mención a deberes, obligaciones o compromisos que pudieran servir, al menos de manera genérica, como contraparte.

La desproporción entre deberes y derechos, que implica una débil percepción social sobre las obligaciones y responsabilidades que supone vivir en sociedad—el deber de defender la libertad común, el deber de respetar los derechos de otros individuos, el deber de la reciprocidad con nuestras comunidades—, puede convertirse no sólo en consecuencia y expresión de

una cultura política particular sino en agente reforzador de algunos elementos de ella, tales como el no sentirse individualmente responsables por el crecimiento del producto social, o por la viabilidad de mecanismos de justicia distributiva e igualdad social y económica.

Entonces, las responsabilidades anteriores pasan a ser percibidas como propias del Estado, del gobierno, o—en todo caso—de “alguien más”. Y he aquí lo políticamente inconveniente de la desproporción a la que se hace referencia. Se supone que en una democracia, el “ciudadano”—a diferencia del “individuo” o del simple “habitante”—no sólo se preocupa por la defensa de sus propios derechos e intereses, sino también por la preservación y viabilidad continua del sistema político, donde se hace posible la satisfacción y consecución de tales derechos. En este sentido, la exagerada disparidad entre derechos y deberes resulta inconveniente desde dos puntos de vista.

Por un lado, desde el primer punto de vista, las personas limitan su acción política—o aceptan que se les limite—a reclamar del Estado la satisfacción de sus derechos, sin pasar al estadio de la promoción y reforzamiento de iniciativas personales y sociales para asegurarlos. Por el otro, desde el segundo punto de vista, las personas olvidan la preocupación por el mejoramiento y viabilidad continua de los sistemas, que pueden hacer posible la satisfacción y consecución de tales derechos. Tampoco se sienten responsables por ello; lo que—además de atentar a la larga contra la posibilidad real de satisfacción garantizada de los derechos—, termina por convertir a las personas en simples receptores pasivos de las dádivas del Estado, y en sujetos fáciles de asumir conductas de sumisión como vía para que se les “regale” algo de lo que sobra en la mesa.

En este sentido, hablo de la necesidad e importancia de promover en Venezuela estrategias para reforzar una “cultura de deberes ciudadanos”. Esto se traduce en la necesidad de hablar del sentido del deber—el deber de defender la libertad común, el deber de respetar los derechos de otros individuos, el deber de la reciprocidad con nuestras comunidades, el deber de exigir rendición de cuentas por parte del gobernante—para poder alcanzar la plenitud de los derechos.

Lo anterior también se traduce en el acompañamiento de los necesarios reclamos y exigencias de respuesta al Estado para la satisfacción de los derechos, con el reforzamiento de iniciativas personales y sociales para asegurarlos. Son los deberes y las responsabilidades los llamados a hacer valer los derechos de las personas. Si no se alimenta en Venezuela una cultura

moderna y democrática de los deberes, nunca se podrá garantizar la plenitud y viabilidad permanente de los derechos, porque entonces los mismos serán siempre una cartilla de buenas intenciones y promesas por alcanzar, o el producto de la concesión graciosa de los gobernantes de turno.

CONFLICTO Y CONSENSO

Un quinto elemento de naturaleza psicológica que ayuda a explicar cierta propensión a asumir conductas de sumisión, es la tensión existente entre los polos de conflicto y consenso dentro de la cultura política de los venezolanos. Datos provenientes de numerosas investigaciones permiten sugerir la preponderancia de una concepción política donde las referencias a los estilos autocráticos y de “mano dura” son más frecuentes, en cambio no son usuales, las referencias que resaltan la importancia del consenso y de las soluciones conciliatorias como norma distintiva de un sistema democrático. Estos datos, además, se vienen presentando desde hace algún tiempo. Así, por ejemplo, en 1996 el Estudio Mundial de Valores correspondiente a Venezuela partió de la encuesta siguiente: “¿qué piensa usted sobre tener en el gobierno a un hombre fuerte, y que no tome en cuenta ni al congreso ni las elecciones?” Casi 30% de los entrevistados consideraban esta posibilidad como “buena” o “muy buena”. Este porcentaje ascendió a 45% —un poco menos de la mitad de los entrevistados— en el Estudio Mundial de Valores 2000, cuatro años más tarde.

Otro estudio, en este caso Latinobarómetro 1996, indagó en ocho países americanos el grado de tolerancia de la gente a aceptar prácticas coercitivas (“mano dura”) por parte de los gobernantes. Esta encuesta encontró que, para ese año, 78% de la muestra venezolana consideraba que la “mano dura” era necesaria, contra apenas un 18% que no la consideraba aceptable. Este terreno actitudinal fue una de las claves para entender el éxito de seducción popular del mensaje encarnado por el Teniente Coronel Hugo Chávez, a finales de los noventa del siglo pasado y comienzos de éste. No en balde, uno de los mentores ideológicos de Chávez, el sociólogo argentino Norberto Ceresole, describió a la perfección el nuevo orden político que se iniciaba en Venezuela; basado en la simplificación, concentración y personificación autoritaria de la política, y en la pretensión —según sus propias palabras— de evitar cualquier intento de democratizar el poder:

El pueblo de Venezuela generó un caudillo. El núcleo del poder actual es precisamente esa relación establecida entre líder y masa.

Esta naturaleza única y diferencial del proceso venezolano no puede ser ni tergiversada ni malinterpretada. Se trata de un pueblo que le dio orden a un jefe, a un caudillo, a un líder militar. Él está obligado a cumplir con esa orden que le dio ese pueblo. Por lo tanto, aquí lo único que nos debe importar es el mantenimiento de esa relación pueblo-líder. Ella está en el núcleo del poder instaurado. Es la esencia del modelo que ustedes han creado... Por lo tanto, será necesario oponerse con toda energía a cualquier intento que pretenda “democratizar” el poder. “Democratizar el poder” tiene hoy un significado claro y unívoco en Venezuela: quiere decir “licuar” el poder, quiere decir “gasificar” el poder, quiere decir anular el poder⁴

Al parecer, entonces, cuando muchos venezolanos perciben y conciben la política, no pueden dejar de pensar con frecuencia en contenidos coercitivos y autoritarios. Sin embargo, y a pesar de ello, hay razones para afirmar que quienes perciben esto no les agrada el hecho de que sea de ese modo. De hecho, se logra identificar también en los estudios la existencia de un apoyo “difuso” o “normativo” a la idea del consenso. Este apoyo normativo al consenso como práctica política, así como la preferencia también normativa por el sistema democrático, pueden servir —y a mi juicio así lo han hecho— como diques de contención para evitar que el cáncer del autoritarismo y la sumisión se expanda de manera homogénea a todos los sectores del cuerpo social. Sin embargo, hay razones —dados los hallazgos de las investigaciones— para suponer la existencia en la Venezuela contemporánea de una fuerte tensión entre conflicto y consenso, la cual constituye una de las “paradojas” clásicas inherentes al sistema político.

Según esta “paradoja”, el venezolano —normativamente— considera que el consenso es un valor político y social deseable por tanto muestra hacia él, como principio valorativo, un apoyo difuso y generalizado. Sin embargo, por razones debidas al proceso de socialización, a la altísima desconfianza interpersonal y hacia las instituciones que mencionamos anteriormente, y a la naturaleza de sus experiencias concretas o vicariantes, muchos venezolanos tienden a mostrar menos apoyo a prácticas específicas e institucionales de resolución consensual de conflictos, como lo son por ejemplo la presencia de un poder legislativo fuerte y autónomo y una oposición política sin

⁴ Ceresole, Norberto. (1999). *Caudillo, ejército y pueblo: la Venezuela del presidente Chávez*. Caracas: Venezuela Analítica, p. 32.

mayores limitaciones a su función. Así las cosas, no es que al venezolano no le guste el consenso, por el contrario, lo valora como la salida ideal. Sin embargo, está convencido —o le han llevado a ello—, que eso no resulta con los venezolanos, por lo que no le queda más remedio que aceptar las medidas coercitivas y que “alguien ponga orden”

LA CAUSALIDAD EXTERNA

Además de las revisadas brevemente hasta ahora, existen dos características claramente presentes en la cultura política y psicología popular venezolanas, que ayudan no sólo a generar sino a mantener y reforzar un modo de dominación personalista, basado en el sometimiento y la aceptación aquiescente y sumisa. Estas dos características son: en primer lugar, la presencia hipertrofiada de una orientación hacia la causalidad externa a la hora de explicar los acontecimientos personales y del entorno; y en segundo lugar, una evidente tensión entre los polos orden y libertad dentro de su política.

Cuando se habla de orientaciones de causalidad, se hace referencia a una teoría conocida en la Psicología Social como la “teoría de la Atribución”. El postulado central de esta teoría es que las personas buscan entender y explicar por qué ocurren los acontecimientos (Heider, 1958; Jones y Davis, 1965; Kelley, 1967, 1973; Weiner, 1986), de manera especial los acontecimientos inesperados. La gente se pregunta desde por qué se es pobre, hasta por qué ganó tal candidato las elecciones, pasando por las razones por las cuales aplazó un examen, fue despedido del trabajo o por qué el país está como está. A la hora de realizar tales atribuciones explicativas, el rango incluye tanto causas que se encuentran dentro de la persona —inteligencia, capacidad, esfuerzo, habilidad y otras— hasta causas que se encuentran fuera de ella —la influencia de otras personas, el destino, el tiempo, el azar y otras—. Las atribuciones causales que se ubican en el interior de la persona se denominan “causas internas”, mientras que las atribuciones causales que se ubican en el ambiente —fuera de la persona— se denominan “causas externas”.

Esta dimensión interna-externa es lo que se conoce como “foco de causalidad” (Rotter, 1954, 1966). Según esta dimensión, es posible distinguir entre foco o “locus” de control externo y foco o “locus” de control interno. Se dice que una persona posee un mayor foco de control externo, cuando en ella prevalecen las creencias de que lo ocurrido a su alrededor es independiente de su voluntad y acción, esto más bien es producto de agentes externos —como el azar o el destino— o de la fuerza de actores y eventos incontrolables, cuya orientación y dinámica no sólo le son ajenas sino impermeables

a su propia influencia. Por el contrario, se dice que alguien posee un mayor foco de control interno, cuando en él prevalecen las creencias de que puede controlar su existencia e influir, mediante sus acciones, sobre su realidad y entorno. En otras palabras, cuando un refuerzo es percibido por un sujeto como contingente según su propia conducta o sus características relativamente permanentes, se habla entonces de un foco de control interno.

La predominancia de uno u otro foco de causalidad en una persona o grupo ha sido ampliamente estudiada. Algunos investigadores, por ejemplo, han relacionado al foco de causalidad con el conformismo, la sumisión y el dejarse guiar por otros. Se ha descubierto así que las personas de orientación causal externa, tienden a asumir como propias las opiniones de aquellos a quienes consideran una autoridad. Por lo general, prefieren que los demás les impongan una estructura, no tienden a tomar la iniciativa y suelen ser más pasivas. Por el contrario, las de orientación interna prestan más atención al contenido de la opinión que a la reputación del emisor, son más independientes y menos propensas a aceptar los intentos de otros por influir en ellas (Phares, 1984). Otros investigadores han mostrado cómo los individuos con locus de control interno tienden a involucrarse mucho más que sus pares de locus externo en acciones sociales para mejorar sus condiciones de vida (Gore y Rotter, 1963), y muestran no sólo una mayor necesidad de independencia, sino que son más resistentes a los intentos por influenciar o dirigir sus conductas (Crowne y Liverant, 1963).

También se ha encontrado que los individuos con locus de control interno, al creer que los reforzamientos a sus conductas son dependientes de sus propios esfuerzos, prefieren situaciones en las que pueden ejercer control, mientras que las personas con locus de control externo tienden a preferir situaciones en las cuales tanto los procedimientos como los resultados sean controlados por otros (Hrycenko y Minton, 1974). De igual manera, se ha podido establecer que las personas con locus externo son más propensas a aceptar conductas y procedimientos coercitivos por parte de la autoridad (Crevens y Worchel, 1977), suelen mostrar carencia de poder, pasividad y desesperanza aprendida (Montero, 1984), y tienden a mostrar altos puntajes en pruebas psicológicas que miden personalidad autoritaria (Leal y Schroder, 2006).

En 1998 la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas hizo públicos los resultados de un estudio, llevado a cabo en más de 14.000 hogares, sobre el tema de *La Pobreza en Venezuela: causas y posibles soluciones*. Según el estudio, el venezolano promedio suele ubicar las atribuciones causales sobre éxito y fracaso fuera de sí, en su entorno externo. De hecho, los investigado-

res encontraron que más de un 87% de la población, del área metropolitana de Caracas y de la región central del país, presenta creencias que indican predominio de foco externo de control de causalidad; sólo 12% predominio de foco interno de control. Esta marcada orientación hacia la externalidad causal fue corroborada en un estudio más reciente (Oropeza, 2002), realizado en 10 regiones del país, donde se encontró una relación igualmente desproporcionada de 72% (locus externo) a 28% (locus interno). De acuerdo con resultados como estos, es posible sugerir que las cosas buenas o malas que le suceden al venezolano, rara vez son percibidas por él como debidas a su esfuerzo y trabajo; por el contrario, suelen ser adjudicadas a la buena o mala suerte, a la acción de los demás, o a la conjunción de cualquier clase de elementos externos a sí mismo.

Entonces, tendríamos a un porcentaje considerable de la población en un piso psicológico-actitudinal altamente peligroso, y además reforzado constantemente, sobre el cual se instala que la responsabilidad de lo que pasa está fuera de la persona, lo que le ocurre no obedece a ella sino a factores extras; por tanto, organizarse, pelear, luchar por derechos es completamente inútil porque no hay relación causal anímica ni cognitiva entre la acción de la persona y lo que le pasa. Sobre este piso, la predisposición actitudinal a aceptar soluciones mesiánicas y fórmulas simplistas para resolver los problemas es tan alta como evidente. De hecho, la venta de una ilusoria “redención social mesiánica” se apoya en los altos niveles de causalidad externa de los venezolanos, y de allí su facilidad de implantación en muchos sectores. “Alguien” está llamado por la historia, o por quien sea, a hacer que los problemas se resuelvan, que las cosas funcionen y que la vida tenga sentido. Ante ese alguien predestinado, la relación no puede aspirar nunca a ser paritaria u horizontal, está condenada—y además se acepta que por lógica debe ser así—a constituirse en una relación de dependencia, autoritarismo y sumisión.

LIBERTAD Y ORDEN

Una característica adicional relacionada con tendencias a la sumisión, es la existencia de una aparente contradicción en el pensamiento político de los venezolanos entre los conceptos de libertad y orden. La libertad es para la gran mayoría de los venezolanos el mejor beneficio y cualidad de una democracia. Sin embargo, varias investigaciones (Pereira, 2001, Oropeza, 2002) sugieren la preeminencia de una restringida concepción individual de libertad (o “libertad negativa”, asociada principalmente a la ausencia de restricciones o limitaciones), en desmedro de la necesaria (y complementaria) con-

cepción política del término. En otras palabras, el valor “libertad” constituye un elemento central y fundamental en la concepción de democracia de los venezolanos. No sólo hay un fuerte contenido libertario en su representación de democracia, sino que además considera que lo mejor de esta última es precisamente la libertad.

Sin embargo, dado que para entender a cabalidad el papel que la libertad juega dentro de la concepción política del venezolano se hace necesario distinguir entre una concepción “individual”, “personalista”, y otra más “social” o “política” del término; entonces, se encuentra que el venezolano privilegia —o, al menos, presta más atención— a la libertad conductual de las personas que a la calidad de las libertades políticas, la cual es justamente la que garantiza la viabilidad y permanencia en el tiempo de la primera. Esto permitiría explicar algunas de las aparentes paradojas en el comportamiento político del venezolano, por ejemplo, la presencia simultánea de un fuerte contenido libertario junto con la observada tendencia a tolerar prácticas coercitivas de gobierno; lo que comienza a cobrar sentido desde la perspectiva de la distinción entre concepciones individuales de libertad y concepciones políticas. En este sentido, la “libertad” es un valor importantísimo para los venezolanos, pero que parece mayoritariamente ser entendido en su sentido más restringido e individual, sólo como ausencia de limitantes que impidan el ejercicio de la voluntad motora y verbal por parte de las personas.

A lo anterior hay que sumar otros datos interesantes. Se mencionarán sólo tres estudios, escogidos intencionalmente dadas las fechas en que se realizaron, coincidentes con el advenimiento del comandante Chávez al poder. Así, por ejemplo, el Estudio Mundial de Valores 1996, al preguntarle a la gente: “si usted tuviera que escoger, ¿cuál sería para usted la responsabilidad más importante de un gobierno?” 45% de los venezolanos encuestados señaló que “mantener el orden en la sociedad”, mientras un 49% optaba por “respetar la libertad individual”, una diferencia que significó un “empate técnico” entre las dos preferencias. Este empate técnico se mantuvo en el Estudio del año 2000, aún cuando asciende a un 50% los que opinan que el primer deber de un gobierno es asegurar el orden, frente a 49% que piensa que el deber primordial de un gobierno debe ser el respeto a la libertad individual.

El dato anterior no se presenta aislado, pues en un estudio realizado durante 1998 para el Ministerio de la Familia⁵, en nueve regiones del país,

⁵ Ministerio de la Familia: *Estudio sobre actitudes, comportamientos y hábitos de familias venezolanas*, septiembre 1998. El autor de este capítulo dirigió las entrevistas de grupo del proyecto, y fue el redactor del informe final.

cuando se averiguó sobre cuál debía ser la primera responsabilidad de una familia a la hora de enseñarle a sus hijos ciertas conductas, actitudes y hábitos, las respuestas más frecuentes tenían que ver con lo siguiente: “obediencia”, “comportarse bien” y “hacer caso”, en detrimento de otras como “libertad de pensamiento”, “iniciativa personal”, “propia responsabilidad y libertad”. Estos datos coinciden, de nuevo, con los EMV 1996 y 2000. Según el estudio, las principales virtudes que la gente cree se deben enseñar en los hogares son los buenos modales, la obediencia y el respeto, los cuales son señalados por tres cuartas partes de los entrevistados. En cambio, cualidades como “independencia” e “iniciativa personal” son mencionados por menos de una cuarta parte.

Dados estos hallazgos, es fácil sucumbir ante la tentación de la especulación. Se puede entonces empezar a jugar con estos datos y el juego resulta fascinante. Así, sólo a manera de ejercicio se pudiera preguntar, ¿se está formando en las familias venezolanas ciudadanos con un gran sentido del “portarse bien”, del “andar derecho” y del “respeto por la autoridad”? —como valores primordiales—; esto sería lo que más se reforzaría y lo que más se castigaría cuando no ocurre, pero a costa de descuidar otros valores sumamente importantes, como los que subyacen a la iniciativa personal y a la educación para el ejercicio responsable de la libertad.

Datos como los hasta aquí mencionados, con su carga de paradojas y aparentes contradicciones, pueden ir poco a poco descubriendo una situación de tensión en torno al dilema orden-libertad en la cultura política venezolana. Es evidente que detrás de esta conflictiva relación orden-libertad, se esconden elementos estructurales de naturaleza cultural y psicológica tan importantes como no resueltos. Un factor asociado con esa tensión en el dilema orden-libertad, tiene que ver con la forma como se ha relacionado históricamente el venezolano con las estructuras de poder. Se suele afirmar que en Venezuela primero existió un Estado y luego una nación, creada por el primero, y este origen histórico parece explicar mucho de la predisposición actitudinal del venezolano hacia el ocupante del poder político, no como alguien que debe estar a su servicio sino como alguien que debe “mandarlo”.

Cuando se habla de estructuras de poder, no es una referencia a algo abstracto, sino en especial a los “poderosos cotidianos”: el policía, el burócrata, el funcionario militar. Las relaciones del ciudadano con estos “poderosos” están signadas por el autoritarismo, y no se puede desmontar esta relación autoritaria entre las estructuras de poder y el ciudadano “de a pié”, si no se supera el modelo clientelar sobre el cual se erigen. Al fin y al cabo, ese mode-

lo clientelar es el que ha permitido que burócratas y “poderosos de oficio” sientan que deben su fidelidad al “patrón” que les puso allí, y no al insignificante ciudadano con el que lamentablemente tienen que lidiar o atender.

Cuando se hizo hace años atrás unas entrevistas de grupo para preguntarle a la gente sobre su actitud hacia los golpes de Estado de 1992, se encontraron personas que describían aquellos como unos “golpes de Estado democráticos”, porque eran golpes de Estado para que se instaurara una “verdadera” democracia, puesto que la que se tenía no era tal. No se puede negar que es fascinante este concepto de postular alcanzar la democracia por caminos autoritarios.

Si a lo anterior le sumamos la desconfianza que existe en Venezuela hacia las instituciones del sistema político, se agregan las tendencias políticas supersticiosas derivadas del altísimo locus externo de control, las estructuras clientelares autoritarias, la prevalencia de una concepción individual de libertad por encima de una concepción social y una formación familiar que privilegia el orden por encima de la libertad y la responsabilidad. Al mezclar estos elementos, lo que resulta es una combinación potencialmente explosiva, que sólo necesita del surgimiento de algunos factores —tales como un líder demagogo y seductoramente manipulador— que pueden tomar cuerpo y expresarse de manera abierta.

DEMOCRACIA: INTERVENSIONISMO DEL ESTADO

Una última característica de naturaleza psicopolítica que está detrás de la facilidad con que se presenta el fenómeno de la sumisión entre algunos venezolanos, tiene que ver definitivamente con una particular concepción de democracia que abunda en el país. Dada la característica históricamente rentista del Estado venezolano, una idea de democracia vinculada a una concepción intervencionista del Estado se convirtió en la ideología sustentadora del crecimiento capitalista-modernizador, especialmente a partir de 1958.

La crisis del modelo capitalista-modernizador, alrededor de la década de los ochenta, y la transición económica del modelo de distribución del Estado, erosionaron las bases de legitimación del sistema político, sin que surgiera un “sustituto legitimador” popularmente aceptado y que llenara el vacío generado por el agotamiento del anterior. En medio de esta crisis de legitimidad del sistema político, surge la llamada “revolución bolivariana”, que encuentra una fuerte raigambre en la cultura política de muchos venezolanos, gracias precisamente a su vinculación con una concepción

intervencionista y tutelar del Estado. En este sentido, la revolución bolivariana debe parte de su éxito, en términos de aceptación popular, a que ella constituye un intento por brindar un nuevo sustento de legitimidad a un modelo populista-rentista redistributivo de Estado en lo económico, y de centralismo personalista en lo político, tan históricamente vinculado culturalmente a los venezolanos.

En un excelente análisis, Raúl González Fabré⁶, explica cómo la revolución bolivariana nace con una fuerte e imaginaria narrativa épica, que intenta romper con la narrativa modernizadora que sirvió de base al modelo democrático de 1958. Surge como un movimiento ideológico que se presenta como poseedor de un mensaje de naturaleza moral, que rechaza el presente con referencia a un orden político ideal, que existía en el pasado —el ideal bolivariano—, pero que fue traicionado. Este mensaje ideológico se vende a través de una narrativa según la cual el futuro del país y su felicidad van a depender de que ese orden traicionado sea reestablecido en el presente.

De esta manera, parte de la seducción cultural que alcanzó entre muchos venezolanos la revolución bolivariana, se basa en que ella ofreció una racionalidad alternativa para entender la vida colectiva, asumió una forma moralista de concebir la vida social, y proveyó de una explicación sencilla y fácilmente comprensible —aunque falsa— sobre los problemas del país y sobre su futuro. Según González Fabré, la narrativa de la revolución bolivariana proporciona a sus seguidores de un sistema de representaciones psicológicas con el cual pueden imaginar y “reimaginar” su entorno social, de una manera que sea más entendible y más susceptible a su acción, donde ahora tengan existencia y sientan que pueden ser importantes, aunque ello implique arrodillarse ante el líder redentor.

A pesar de que la concepción moderna de “democracia” insiste en que su principal elemento definitorio es justamente el grado de control que la sociedad tenga, en cuanto impedir la concentración del poder —mientras más impedimentos y restricciones existan a la posibilidad de que alguien controle y abuse de la fuerza y la autoridad mayor será la calidad democrática de esa sociedad— la concepción chavista de democracia corre en dirección abiertamente contraria. Según esta concepción, lo único importante

⁶ Cuadernos del Cendes. *De la crisis institucional a la crisis cultural: ida y vuelta*, año 14, n° 3-4, enero-abril, pp. 127-152, Caracas: González Fabré s.j.

en una democracia es cuántos participan y desdeñar la dimensión pluralista que hace énfasis en la administración y fomento de las diferencias, en el estímulo a la creación de múltiples centros de poder y en la existencia de límites y restricciones a los gobernantes, como lo son el pluralismo y la alternabilidad en el poder.

Para el chavismo la democracia se asume de manera vertical, de arriba abajo, en la más rancia tradición leninista y ceresoliana, con un líder fuerte y único, sin controles ni contrapesos a su poder, que dirige al resto del cuerpo social y que le da permiso, dentro de unos límites ya definidos desde arriba, para que funcione y tome determinadas decisiones. El control férreo y personalizado de la sociedad en manos de un solo hombre, se concibe como una condición ineludible para desarrollar y hacer realidad el gran proyecto nacional socialista que requiere la “patria”, para alcanzar la felicidad perfecta y total de todos sus habitantes. En consecuencia, lo más útil y hasta “patriótico” para quienes comulgan en esta concepción es asumir actitudes y conductas de sumisión, a fin de facilitar la difícil y penosa tarea del líder de pensar y decidir por todos.

CONCLUSIÓN

Algunos de los factores y características comentados en este capítulo, no permiten ser muy optimistas en cuanto a la solidez de un piso cultural-psicológico que sustente y alimente una concepción moderna de democracia, como sistema político de derechos y obligaciones compartidos que busca resolver, del modo más equitativo posible, los conflictos e intereses propios de una sociedad pluralista; sin embargo, existe una resistencia a los intentos de sumisión de la clase política dominante hoy en Venezuela.

Si algún rasgo distintivo caracteriza a la cultura política de los venezolanos, a lo largo de las últimas décadas, es el de la paradójica presencia de componentes contradictorios en su seno. Así, al lado de elementos como los que se acaban de mencionar, existen otros que apuntan en la dirección contraria, como un elevado concepto de la libertad, una marcada preocupación por la justicia y la igualdad, la permanencia de un apoyo difuso a las estrategias consensuales de resolución de conflictos y un altísimo apoyo normativo a la idea de democracia como el mejor sistema posible.

Esta combinación de elementos aparentemente contradictorios ha venido a conformar, en palabras de R. Hillman⁷, una auténtica “sociedad paradójica”

Si una característica define a la cultura política de los venezolanos, es sin duda su carácter dinámico y cambiante. Por eso, lo visto en este capítulo no constituye una radiografía ni pesimista ni negativa sobre el venezolano y su cultura política. Lo importante es destacar que algunos elementos de esa cultura, se convierten en suelo fértil para los intentos de la clase política hegemónica por imponer modelos de dominación, basados en la sumisión y el vasallaje; mientras que otros elementos de esa cultura se constituyen en auténticas “reservas culturales”, que se resisten a ese proyecto de sujeción y dominio.

La labor de los opresores es y ha sido, justamente, alimentar y reforzar la sumisión y el vasallaje, conscientes como están de su enorme poder castrador sobre el pueblo. Las tareas de liberación popular, por el contrario, incluyen promover y potenciar, al lado de una mayor institucionalización de los mecanismos y prácticas democráticas de la sociedad, aquellos rasgos de la cultura política que muestran un alto contenido cívico; a fin de lograr, progresivamente, los máximos niveles posibles de equidad y desarrollo de los venezolanos, así como también un piso actitudinal-psicológico que fomente la libertad y la dignidad, en vez de la demagogia, la manipulación y la sumisión.

⁷ Richard S. Hillman. (1994). *Democracy for the Privileged: Crisis and Transition in Venezuela*. Lynne Rienner Publishers. Boulder & London.

LA OBEDIENCIA PATOLÓGICA

AXEL CAPRILES M.

Tipos de sumisión

Quien de mano ajena come el pan, come a la hora que se lo dan.

Refrancero español

El muy citado párrafo del *Discurso de Angostura*⁸ en el que Simón Bolívar denuncia el peligro de la reelección indefinida y la continuidad del poder, es un anticipo de psicología política venezolana, un primer análisis de psicología de la sumisión. Seguidor de la tradición liberal y de las teorías clásicas sobre el buen gobierno, El Libertador no solo alertó sobre las consecuencias de la concentración del poder y la necesidad de fragmentarlo y distribuirlo en instancias independientes, sino que señaló la temible docilidad de la población que soporta el autoritarismo.

La historia venezolana del siglo XIX y su repetición, a finales del siglo XX y comienzos del XXI, no ha hecho más que confirmar la precisión de la intuición del Libertador. En 1848 la multitud aclamó a José Tadeo Monagas y sancionó el asalto al Congreso, una Asamblea que desde entonces permaneció sumisa al Presidente, convertida en indigno eco de su voz. A lo largo de dos siglos la población venezolana siempre ha encontrado formas de justificar su obediencia y adhesión a los caudillos. Los gobiernos autocráticos de José Antonio Páez, José Tadeo Monagas, Antonio Guzmán Blanco, Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Marcos Pérez Jiménez y Hugo Chávez, no son simples productos de la ambición de mando de individualidades aisladas, sino manifestaciones perversas de pulsiones inconscientes en todos nosotros.

⁸ "La continuación de la autoridad en un mismo individuo frecuentemente ha sido el término de los Gobiernos Democráticos. ... nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo Ciudadano el Poder. El Pueblo se acostumbra a obedecerle, y él se acostumbra a mandarlo, de donde se origina la usurpación y la tiranía. ... nuestros Ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo Magistrado, que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente". Bolívar, Simón. (1981). *Discurso de Angostura* (1819). En *Escritos Políticos* (p.95). Madrid: Alianza Editorial. 1981.

Si el progresivo aumento del bienestar material y los grandes logros de la civilización occidental han estado asociados a la autonomía y valor del individuo, a la delimitación de un espacio de libertades y derechos protegidos del poder de los reyes y caudillos y de la injerencia del Estado, ¿por qué la sociedad venezolana, bajo el espejismo de la igualdad y la libertad, ha propiciado la dependencia del Estado y el debilitamiento del ciudadano autónomo para convertirlo en súbdito?

Hoy sabemos suficientemente que la obediencia y la sumisión son sólo una cara del poder, porque sin la conformidad y el consentimiento de los subordinados el poder se derrumba. La relación entre el mando y la obediencia es recíproca. El jerarca influye sobre el subordinado, quien a su vez hace posible y determina al superior. Aún el propio subordinado tiene responsabilidad en los modos de conformación que rechaza. Si no hay acatamiento, si no hay quien obedezca, no hay mando.

Todas las revoluciones en Venezuela han prometido convertir el pueblo en fuente de la soberanía y el poder: la Revolución Azul, la Revolución de Abril, la Revolución Legalista, la Revolución Liberal Restauradora y la Revolución Bolivariana. Sin embargo, no han hecho más que aumentar la riqueza y la fuerza del Estado, siempre personificado en los autores de turno que lo asaltan. Las masas han continuado pobres, subordinadas, marginadas. Su "empoderamiento" ha sido retórico, hueco, expresión, tan sólo, de un sentimiento de inclusión, de una participación simbólica expresamente propiciada para la manipulación afectiva. Esto nos lleva a las preguntas básicas de la ciencia política: ¿en qué consiste el poder de unos sobre otros?, ¿cuáles son los mecanismos íntimos por los que los gobernantes obtienen la aprobación y conformidad de la gente y dominan a los pueblos?, ¿por qué las masas elevan con tanta frecuencia a la cumbre a personas cuyas políticas van en contra de los intereses y el beneficio de la misma población?, ¿cuáles son los determinantes de la sumisión?

No podemos decir que todas las respuestas a las preguntas anteriores, tan sólo es el producto de la ingenuidad o un resultado involuntario. Como apunta Errol Harris, el poder político "nunca puede ser ejercido sin la aquiescencia de la gente —sin la cooperación directa de un gran número de personas y la cooperación indirecta de la comunidad entera."⁹ Los autó-

⁹ Harris, Errol (1957). *Political Power. Ethics*. Vol. XLVIII, No. 1, October 1957. University of Chicago Press. Pp. 1-10. Cit. En Sharp, Gene (2000). *The Politics of Nonviolent Action. Part One: Power and Struggle*. Porter Sargent Publishers. Boston. Pp. 29-30.

cratas sólo prosperan donde la complicidad de muchas personas suministra la energía que los mantiene en el poder. Al igual que el sado-masoquismo en el que la víctima y victimario mantienen una relación simbiótica, un vínculo que les genera tanto sufrimiento como placer, aún la sujeción coercitiva tiene elementos de cooperación voluntaria y es parte de un estado de esclavitud mental.

En la Venezuela actual un fenómeno complejo con muy diversas caras y formas de expresión es la conformidad y sumisión política, pueden ser conscientes o inconscientes, voluntarias o involuntarias, pero por lo general muestran todos sus rostros a la vez. Así como el respeto y la obediencia son indispensables para el funcionamiento de cualquier conglomerado social, la independencia interior es imprescindible para ponerle fin a los efectos patológicos de la conducta de sometimiento. Por ello, la educación y el desarrollo social tienen que hacer posible la desobediencia, la capacidad de negar y oponerse a los intereses colectivos y a los mecanismos de conformidad. El imperativo de obedecer por presión, por miedo, por veneración, por interés, destruye elementos básicos de la estima personal, con consecuencias desastrosas para la sociedad. Entonces, conviene dar una mirada al problema de la sumisión desde diferentes ángulos y facetas.

SOMETIMIENTO INVOLUNTARIO

El sometimiento involuntario, obligado, impuesto, es producto del poder coercitivo, aquel que obtiene la obediencia y moldea la conducta por medio de amenazas y sanciones. A diferencia de los métodos clásicos de violencia y control de las dictaduras, la nueva forma de autoritarismo que hoy impera en Venezuela se caracteriza por un tipo de agresión generalizado y un amplio cerco legal. No tiene los rasgos primitivos y rudos de la Seguridad Nacional, con la que Marcos Pérez Jiménez hacía temblar a la población en los años cincuenta del siglo XX. Sin embargo, nunca antes una sociedad ha sido tan agredida y ofendida por un gobierno, como lo ha sido la sociedad venezolana desde el año 1998. Una avalancha de amenazas constantes, un acoso continuo, una agresión e insultos permanentes, una combatividad sin tregua que no ha dejado un solo sector en paz, ni un solo minuto de tranquilidad y solaz.

El método de la agresión es una herramienta de control social, la técnica de dominio predilecta de los regímenes totalitarios. El fundamento psicológico de estos regímenes es el miedo, procuran atemorizar a la población para someterla y obtener su obediencia. El conflicto y la violencia continuos no

sólo desarmen las defensas normales de los individuos, sino que destruyen las bases de la solidaridad social. Estos regímenes buscan llenar el corazón de la gente con terror para bajar su autoestima y lograr su sumisión. Pero la violencia no tiene que ser solamente política, toda agresión es buena. Por eso está en la lógica de la revolución el crecimiento anómalo del crimen y la delincuencia común, por encima de todos los índices de homicidios de los países latinoamericanos, o naciones con pobreza y problemáticas sociales similares. Cada ciudadano aterrado sólo aspira a sobrevivir, nada más.

Adicionalmente, la violencia verbal del Presidente de la República logra generar una identificación inconsciente, que permite descargar la tensión y la agresión que produce la inseguridad y la frustración. Todo responde a una misma estrategia de dominación. Es un proyecto que busca fracturar la sociedad, atomizarla, para que no existan otros instrumentos intermedios, ninguna institución, empresa, ni grupo, partido o asociación que pueda acumular suficiente poder para enfrentar o limitar al hegemon. Consiste en hacer de cada persona un ser temeroso, indefenso, aislado.

Por otra parte, el Estado ha cercado a la sociedad venezolana con una excesiva e intrincada trama de leyes y decretos. Todo le está permitido al Estado, nada al individuo. El fin es hacer de todo ciudadano un delincuente en potencia, que sólo se convierte realmente en tal cuando se torna políticamente incómodo. Mientras las personas se mantengan fieles al régimen, o permanezcan por lo menos silenciosas, neutrales o apáticas, ninguna ley les será aplicada. Pero basta que una persona se oponga al gobierno para que aparezcan las pruebas del delito. Todo el aparato jurídico y legal de la nación se ha convertido en una fachada para cubrir la política de represión. Los representantes de los poderes públicos son ejecutores y verdugos de una justicia sectaria.

SOMETIMIENTO EN ZONAS DE INDIFFERENCIA O EL HÁBITO DE OBEDECER

La frase del *Discurso de Angostura* a la que hicimos mención al principio de este ensayo, señala específicamente este tipo de sumisión en la que un gobernante está demasiado tiempo en el poder y la gente se acostumbra a obedecer. Por eso, la principal meta de todo político autoritario es, simplemente, permanecer, lograr pasar las tempestades aunque el país se deteriore o muestre las secuelas de su ineficiente gestión. La razón del hábito tiene una base temperamental. No todo individuo está cargado de una insaciable sed de poder. El individuo normal puede interesarse por dominar a otros en determinados momentos y circunstancias, pero también tiene otros inte-

reses y pasiones, no soporta estar eternamente en batalla, en lucha por el control. Con el tiempo, la competencia sin descanso lo agota, lo debilita, por lo que cede la primacía a quien más la cultiva como obsesión. Entonces, se hace habitual para él que otros lo dominen.

También existen, según señaló Chester Barnard desde la teoría organizacional, zonas de indiferencia. Dentro de estas zonas las personas aceptan automáticamente y sin cuestionar el mando o la autoridad de otros. Los individuos de estas zonas ven tan normales y obligantes las relaciones de poder, que por lo general se comportan de la manera socialmente esperada, sin tomar en cuenta sus propios juicios sobre lo que es justo o correcto.

SOMETIMIENTO PRAGMÁTICO

El sometimiento pragmático responde al egoísmo, al provecho e interés propio. Las personas aceptan la sujeción, y se someten a la voluntad del caudillo, a cambio de un beneficio personal, de dinero, riquezas, estatus o seguridad. Convertidos en eunucos políticos, los individuos sacrifican sus valores por la ganancia y la utilidad material. En los dueños de los medios de comunicación social se expresa en forma de autocensura previa. En el empleado público se convierte en silencio complaciente. Esta sumisión, sin embargo, no siempre es consciente ni necesariamente cínica. Las necesidades de supervivencia nos hacen cambiar nuestras valoraciones políticas. Las personas tienden de manera natural a ver con buenos ojos todo aquello que es fuente de gratificación y placer.

La ganancia nos convence internamente de la bondad y crédito moral de las ideologías, de la autoridad y legitimidad de las revoluciones y mandatos. La psicología profunda ha estudiado con detalle el proceso de identificación con el agresor, un extraño mecanismo por el cual los oprimidos, al igual que en el Síndrome Estocolmo, terminan actuando y sintiendo como los opresores. Similar al mecanismo de la conversión sectaria, para lograr la coherencia entre el pensamiento, los valores y el comportamiento, los individuos justifican los favores y ganancias desplegando un fanatismo político, más crudo que el de los esbirros originales del régimen.

Este sometimiento tiene consecuencias en la economía del honor y la organización de la personalidad. La vergüenza mina la autoestima de quien sacrifica su integridad ante la majestad del monarca, vergüenza que es manipulada por el poderoso quien, paradójicamente, desprecia profundamente a todo aquel que se doblega y humilla ante él. *La fiesta del Chivo*, de Mario Vargas Llosa, es una excelente obra para estudiar las contradicciones

internas de la honra en los regímenes autoritarios. En esta obra el diputado Agustín Cabral es una de las principales piezas del régimen del dictador Rafael Leonidas Trujillo, sostén intelectual y legal de la vanidad, el afán de poder y los desmanes de un tirano. Ante el temor de perder el favor del jefe y ver desaparecer sus prebendas, el ministro accede a entregar a su hija Urania para que sea desflorada por el décrepito autócrata.

Lo más impactante de *La fiesta del Chivo* no es el envilecimiento de un funcionario individual, siempre los hay, sino el nivel de degradación al que llegó gran parte de una sociedad latinoamericana, la claudicación de principios y la bajeza en que cayeron muchos con tal de mantener sus posiciones. Como en los tiempos en que Pío Gil escribió *Los Felicitadores*, Venezuela descuella hoy por el pestilente servilismo en que han caído todos los poderes públicos.

SOMETIMIENTO PICAresco

La máxima de tiempos coloniales, “se acata pero no se cumple”, describe sucintamente una de las más escondidas formas de sumisión atada, paradójicamente, al personalismo anárquico que consume nuestro capital social. De entrada, pareciera que el individuo altanero y díscolo, el vivo, el alzado que hace lo que le da la gana, es el polo opuesto del hombre dócil y manejable. No es así. El pícaro no se rebela, no se opone a la fuerza ni a la arbitrariedad. No se enfrenta al poder, no lo confronta. Se adapta sin seguirlo. Acepta en la superficie los dictámenes de la autoridad y pasa, por lo general, agachado. A pesar de su anarquismo y despreocupación, acepta tácitamente las reglas del juego de poder.

El pícaro es indiferente a los valores y contrario al héroe que busca cambiar el mundo con base en un patrón ideal. El pícaro se somete sin vergüenza al mando del más fuerte, al que luego burla con su astucia. No tiene sentido trágico del destino personal o colectivo, y disuelve sus propias contradicciones en el chiste y el humor. Manifiesta una falsa obediencia a la vez que obvia la ley, pero al saltar la norma en lugar de transformarla, se convierte en un factor conservador que mantiene el *status quo* y el orden opresor.

SOMETIMIENTO FATALISTA

El síndrome fatalista del latinoamericano, y del venezolano en particular, ha sido descrito profusamente como una actitud colectiva de desprecio propio, de baja autoestima que desemboca inevitablemente en perniciosas formas de dependencia. Está asociado al locus externo de control, la creen-

cia por la cual las personas atribuyen la responsabilidad de la acción a otros e imputan los cambios a agentes externos como el destino, la fortuna o el Estado, en lugar de verse a sí mismas como determinantes de la propia condición y realidad. Tras una larga historia de pobreza, injusticia y falta de equidad, en condiciones de supervivencia precaria, el pueblo venezolano es portador de una herida profunda que distorsiona el sentido de sí y la formación de una adecuada identidad. En el exterior se identifica con un glorioso pasado heroico pero en el interior cultiva inseguridades y carencias.

El fatalismo está muy cerca de la indefensión aprendida. Como los sujetos experimentales de Seligman —originalmente perros— que, sometidos a una descarga eléctrica continua de la que no podían escapar, caían en la desesperanza, se tumbaban y comenzaban a gemir —en lugar de forcejear y tratar de salir del cerco eléctrico como sí lo hacían los animales que no habían sido sometidos previamente a las descargas—, la penuria prolongada nos ha hecho adaptables, sumisos, indefensos. La indefensión aprendida produce un déficit motivacional y promueve la creencia de que todas nuestras acciones son ineficaces por lo que no tiene sentido tratar de cambiar o tomar el control.

No sólo la pobreza y la carencia han creado seres frágiles, desconfiados e inseguros, sino que las ideologías políticas dominantes, sobre todo la oferta populista, han generado un culto a la debilidad y han propiciado seres colectivos cargados de resentimiento, personalidades dependientes de los jefes, del Estado, de la caridad. A pesar de su éxito político y aparente espíritu compasivo, el reparto clientelar de la renta petrolera nos ha acostumbrado a pedir limosna a un ente abstracto y superior para conseguir el pan. Y, como ha demostrado Marcel Mauss, recibir un don que no podemos retribuir ni devolver produce subjetivamente un sentimiento íntimo de inferioridad y derrota.

SOMETIMIENTO POR INTERMEDIACIÓN SIMBÓLICA

Más que simples conductores o depositarios circunstanciales de ideales conscientes, los líderes carismáticos son expresiones de los conflictos emocionales de los pueblos, buscando respuesta a sus principales angustias. Los cabecillas son símbolos y personificaciones de las necesidades inconscientes de sus seguidores, de los desequilibrios, tensiones, pulsiones y anhelos latentes que no encuentran salida hasta que aparece el individuo, que es capaz de representar los conflictos de muchos de manera general. El conductor de hombres es, de alguna manera, el portador de la individualidad de la masa. Pero esto nos amarra inconscientemente al líder. Incapaces de vivir y

desarrollar todo el potencial de nuestra propia individualidad, lo hacemos a través del gran hombre. Es la necesidad de construir vicariamente un "yo poderoso" a través de la personalidad política descolante.

Como señalamos más arriba, la sociedad venezolana ha sido tremendamente maltratada. Cualquier ciudadano común se siente débil e inseguro ante la autoridad, que no está allí para ayudarlo sino para amedrentarlo. Los seres humanos, sin embargo, no soportan sentirse siempre amenazados y construyen, por tanto, una imagen grandiosa de un jefe ideal para sentirse protegidos. Al identificarse inconscientemente con el caudillo, la persona se proyecta bajo la aureola de un ser superior que lo apoya y cuida. Al compensar sus sentimientos de minusvalía se hace dependiente de quien simbólicamente lo defiende. A diferencia de los beneficios reales de una gestión de gobierno, que pueden ser medidos y contados, la ganancia simbólica—dar salida al resentimiento, sentirse nombrado, incluido—es mucho más difusa y trabaja a nivel inconsciente, creando relaciones simbióticas. Es un cordón umbilical con el ductor de la secta política.

SOMETIMIENTO POR FALSA OBLIGACIÓN MORAL

El principal argumento de la autoridad para exigir la obediencia de la población, es decir que ella actúa por el interés general y la voluntad colectiva. Como indica Gene Sharp, "la creencia en que la coacción del gobierno es para el bien común es siempre un elemento de la obediencia política... Sin esta creencia, nadie reconocería ningún llamamiento a la obediencia común de los sujetos."¹⁰ La distinción entre lo público y lo privado es una diferenciación fundamental en la vida de los seres humanos. Los asuntos que interesan a la comunidad en su conjunto definen el dominio de lo público, mientras lo que interesa o afecta a los individuos o a grupos particulares es el ámbito de lo privado.

La gran equivocación es pensar, como lo hizo Hegel en sus *Fundamentos del Derecho*, que el Estado es, por definición, la esfera donde se expresan los intereses generales o universales. Tenemos que desmontar el mito de que el Estado es el representante por excelencia de lo público. Infinitas asociaciones privadas, las asociaciones caritativas, las religiosas, las agrupaciones de la sociedad civil, las organizaciones no gubernamentales (ONG), las empresas de servicio, las fundaciones, tienen funciones de interés público que ejercen, por lo general, de manera mucho más eficiente que el Estado.

¹⁰ Sharp, Gene (2000). *The Politics of Nonviolent Action. Part One: Power and Struggle*. Porter Sargent Publishers. Boston. Pp. 20 y 21.

Las actuaciones e intervenciones del Estado no son el resultado ideal del comportamiento de individuos puros y desinteresados, de seres angelicales guiados exclusivamente por un espíritu de sacrificio y de servicio público, sino el producto de las acciones de seres humanos reales movidos por intereses y grupos de presión. Los políticos y funcionarios de gobierno buscan maximizar su poder e influencia. Existe, por tanto, un mercado político que no sólo es el que más se aleja de la competencia perfecta, sino que particularmente se caracteriza por las asimetrías, los desequilibrios y la asignación ineficiente de los recursos. La falsa creencia de que hay unos seres políticos que representan la voluntad o el interés general, mientras que otros seres humanos no lo hacen, es uno de los asideros morales de la sumisión.

SOMETIMIENTO POR INVASIÓN PSICOLÓGICA

El totalitarismo no es, solamente, una forma de gobierno o una manera de ejercer el poder. Antes que todo, es un dominio sobre la mente, una presencia continua, una invasión de la interioridad de la persona para ocupar todo su espacio psicológico. Surge al magnificar una figura que toma prelación sobre todo el resto, al relegar a segundo plano las otras personas y temas. De allí el culto a la personalidad y el rol protagónico que siempre exige el caudillo totalitario, la necesidad de ser constantemente el centro, de dictar las pautas de las noticias, de penetrar todos los medios de comunicación, de captar la atención de la gente.

No importa que la intrusión produzca rechazo o crítica adversa, lo fundamental es estar siempre presente, penetrar todos los resquicios de la mente, no darle oportunidad al olvido. Cuando la invasión es total y el gobernante interviene hasta en los más mínimos detalles de nuestra vida privada, en la educación de nuestros hijos, en nuestros horarios, el sometimiento se produce de manera automática. Toda nuestra energía psíquica queda concentrada en su figura, y perdemos la fuerza mental necesaria para la rebelión y cualquier otra acción.

SOMETIMIENTO ECONÓMICO

La limitación de las libertades económicas y la expropiación de los bienes de los particulares, para supuestamente satisfacer las necesidades del pueblo e impulsar una economía con rostro humano, es una de las formas más engañosas de sometimiento de los individuos. Si atendemos a la evolución de los derechos de propiedad en la civilización occidental, y al impacto que los diferentes tipos de propiedad han tenido en el desarrollo de la

humanidad, vemos que la propiedad privada es la que más ha propiciado la producción de riqueza, la consolidación de otros derechos humanos y el bienestar de los pueblos.

Cuando a partir del Renacimiento, el ser occidental se enfocó en el fortalecimiento de la propiedad privada, no lo hizo como defensa de un deseo egoísta personal —a codicia ha existido siempre y en todos lados—, sino como construcción de un ámbito social necesario para superar el ordenamiento de sumisión despótico de los reyes. El control de las relaciones mercantiles, bajo el régimen jerárquico del Estado, y la restricción de la propiedad privada implican la castración y desaparición del ciudadano. Lo privado delimita un espacio que no está sujeto al dominio de otra voluntad, un pedazo de soberanía al margen del imperio y de la sed de poder de los reyes, caudillos y jerarcas. La dependencia económica del Estado no sólo conduce a la pobreza sino que consume y destruye al individuo autónomo.

Los ataques a la propiedad privada en Venezuela no responden a un sentimiento humanitario, sino a una estrategia de dominación. La propuesta socialista es, precisamente, la producción y circulación de un discurso oculto de vasallaje y poder. Trata de hacerse pasar como el antídoto del mal que impidió durante siglos la independencia de la población. Así como la manipulación y subordinación económica es uno de los instrumentos, con que el padre devorador, mantiene bajo control a sus hijos. Comer de la mano del Estado nos obliga a bailar al son de los desvaríos de quienes lo representan.

El primer paso para ser libres es que cada cual pueda sustentarse a sí mismo. Conviene que en toda sociedad coexistan diversas formas de propiedad, pero lo que hoy está planteado en Venezuela no es verdaderamente un asociacionismo, un cooperativismo u otros tipos de producción colectiva sino, simple y llanamente, la apropiación y control del Estado de todos los medios de producción. Y, como sabemos, el régimen de propiedad determina la forma de dominación. Los modos de conformación y sumisión política se han vuelto, hoy, mucho más sutiles y complejos. La libertad dejó de ser hace mucho tiempo una lucha abierta entre patriotas y realistas. Para convocar nuevamente el espíritu independentista de nuestro himno nacional —¡Gloria al Bravo Pueblo que el yugo lanzó!—, tendremos que desarrollar mucha más perspicacia psicológica, tendremos que aprender a ver el trasfondo de los discursos amorosos y de las constituciones y promesas deslumbrantes.

LA SUMISIÓN ROMÁNTICA MERCEDES PULIDO DE BRICEÑO

Pareciera ser un contrasentido hablar de sumisión romántica, pues el romanticismo como corriente del pensamiento y movimiento artístico orientado a plantear la liberación del hombre, es todo menos sumisión. El romanticismo es particularmente una de las reacciones ideológicas que surgen en Europa para desafiar; por una parte, a los esquemas monárquicos como es el caso de Francia, y por el otro, para darle sentido humano al cientificismo y al mecanicismo que la Ilustración obviamente promulgaba. Pareciera que el hombre romántico debía ser todo menos sumiso. ¿Cuáles son estos hombres románticos?

El clásico Dr. Frankenstein, negado a entregarse al determinismo de la muerte; el joven Werther de Goethe, más libre en el acto de tomar su propia vida que en la negación del amor; o el mismo Napoleón, un hombre surgido del pueblo que por la sola fuerza de su voluntad se erige como líder de una nación poderosa, y es pintado por Jacques-Louis David para la posteridad. No debe dejarse de lado "La libertad" pintada por Delacroix, esa mujer levantando una bandera en medio de una barricada rodeada de jóvenes y ancianos, llevando las armas del futuro.

Este primer romanticismo no promulga un hombre sumiso, sino un ser humano erguido contra cualesquiera y frente a los dioses. Sin embargo, cabe acotar el subtítulo de Mary Schelly: "El Dr. Frankenstein o el nuevo Prometeo". En la figura del Prometeo encontramos el hombre de las grandes tragedias de la mitología, ese que trayendo la luz a los hombres pierde su vida. Es un mito que tiene ecos hacia el pasado en Jesucristo y hacia el futuro en un Bolívar o el Che Guevara. Los grandes personajes románticos llevan consigo el sino del martirio que los hacen acreedores del panteón de los héroes. Cabe entonces destacar, ¿en qué consiste el atractivo de lo heroico para las masas?

Para Joseph Campbell, el héroe es aquel que se sacrifica por algo más grande que él mismo. Los gestos heroicos son gestos en la medida que van más allá del héroe que los encabeza. Hitler proponía un Reich milenario,

y en base a sus promesas cultivó el afecto y la afiliación del pueblo alemán. Como se puede percibir, aparece de nuevo el carácter reactivo de los gestos políticos románticos. Si el romanticismo es una medida particular, entonces es una reacción que colocaba la voluntad y la imaginación por encima de la Ilustración. Los movimientos políticos que se alimentan de estas fuentes son también reactivos en la que medida en que son reivindicativos. Su gran promesa más que dar libertad, es la devolución de algo perdido, la reivindicación de la gloria y del bienestar, del cual ha sido privado un grupo determinado de personas por parte de otros.

Al echar una mirada histórica a las propuestas de los más grandes líderes románticos, éstas no exigen sumisión, sino que ofrecen liberación de un yugo que ellos son los "primeros" en descubrir, son la luz que trae Prometeo. Sin embargo, el modo cómo se dan estos procesos históricos, lo que muestra en realidad es un intercambio de sumisiones. En pocas palabras, el líder romántico demuestra lo que se ha perdido, y para recuperar la dignidad las personas y la masa deben someterse a un nuevo juego de reglas. Estas nuevas reglas no se imponen necesariamente bajo la premisa de la necesidad del orden, sino sobretudo bajo banderas tan poéticas como la consecución de la verdadera hermandad y la recuperación de la dignidad. Es una dignidad reivindicada por el heroísmo.

Es precisamente la promesa de la bandera de la dignidad, bandera romántica por excelencia, la que logró que millones de alemanes se sometieran a las más atroces órdenes y fanatismos. Su sumisión era para ellos un acto de libertad y de recuperación de la dignidad perdida en la Primera Guerra Mundial; esta dignidad recuperada les permitía descubrirse como una raza superior. No ha sido otra, es la bandera de la dignidad la que aún mantiene al pueblo cubano privado de banderas democráticas tan básicas como los partidos de oposición. Asimismo, fue la dignidad la gran promesa al pueblo soviético, para que se sometiera a los planes quinquenales cuyas metas y consecución serían prueba inefable de su dignidad. Entonces, es importante recoger varios de los elementos del espíritu romántico, que a vuelo de pájaro hemos nombrado, como componentes que llevan a un pueblo a la sumisión voluntaria ante un líder. Ya Etienne La Boetie en el *Discurso del servilismo voluntario*, describía como los sujetos del monarca o del tirano están dispuestos a dar sus bienes y sus familias captados por la grandeza del príncipe reivindicador¹¹.

¹¹ Etienne de la Boetie. (1976). *Le discours de la servitude volontaire*. (manuscrit Mesmer). París: Payot coll. Critique de la Politique.

¿CUÁLES SON LOS COMPONENTES DE UNA SUMISIÓN VOLUNTARIA?

Los gestos románticos permiten la reivindicación de una dignidad perdida por el sometimiento económico o ideológico de otro pueblo, y exigen, a cambio de la devolución de esa dignidad, grandes sacrificios en los cuales debe inmolarse no otra cosa que la individualidad. Este sometimiento no es propuesto como tal, sino que es el producto de un proceso generalmente paulatino en el cual el individuo va entregando libertades, sintiendo que está accediendo a nuevas cuotas de dignidad.

El individuo en la medida en que entrega libertades individuales, siente que puede ser reconocido. Pero es un individuo cuya dignidad proviene cada vez más de la afiliación y de la sumisión, no de la autonomía y esto es una paradoja —el mejor y más obscuro ejemplo el caso de la población alemana, que mientras más libertades individuales perdía, más se fortalecía su membresía a la famosa raza superior. Otro ejemplo puede encontrarse también en aquellos obreros que mientras más horas de trabajo entregaban a la meta de un número determinado de kilos en una zafra, o producían un número determinado de toneladas de acero en una planta soviética, no perdían el tiempo en el esparcimiento personal que les habría de ser valioso, como afirmaba Simone Weil. Ello significaba que estaban más cerca de la dignidad heroica como se refleja en los grandes murales de los años cincuenta y sesenta.

El elemento voluntarista de la gesta heroica, cuando asume el plano político, esencialmente reconoce que las metas netamente racionales y pragmáticas no ofrecen atractivo para las masas. De allí que sea tan difícil para las propuestas o los partidos de "centro", apelar al electorado si no es como castigo de los fracasos históricos de la extrema derecha o de la extrema izquierda. Por otro lado, el atractivo de la propuesta romántica no es sólo la posibilidad de reivindicación que propone el héroe líder, sino que necesita rodearse de un aire de imposibilidad épica para ser precisamente heroica y especialmente romántica. Mussolini hablaba siempre de la batalla ulterior, una batalla por venir, nunca se peleaba la batalla definitiva. De igual manera Fidel, en sus análisis anuales, hablaba más de retos que de logros.

El ciudadano que se somete conciente o inconcientemente ante el ideal romántico de conseguir reivindicaciones de los derechos perdidos, supuestamente por la intervención de otros, mantendrá la sumisión voluntaria. No sólo en la medida que vaya obteniendo logros que se le vendan como recuperación de su dignidad, sino sobretudo en la medida en que siempre haya una tarea por hacer, un reto que le mantenga en guardia y justifique que no se detenga a sopesar cuanto ha entregado en función del ideal

romántico de esta dignidad. Un Fidel sin Guantánamo o sin el bloqueo americano carecería de ese enemigo necesario para todo ideal romántico que le exige además mantenerse en guardia. Por otro lado, el voluntarismo como factor de esta ecuación se refiere también a la noción de que, si es precisamente la "racionalidad" uno de los enemigos contra los que se juzgue al héroe romántico, no tiene nada de raro que el ideal que se plantee deba tener un cierto grado de imposibilidad.

El acto heroico consiste precisamente en levantarse contra los dioses, por lo que la principal fuerza que ofrecerá el líder romántico no será la racionalidad de sus promesas, sino la imposibilidad de las mismas. El peor enemigo del régimen soviético no fue solamente la ineficiencia de sus procesos burocráticos, de los sistemas de producción, sino la disolución progresiva de la sombra del capitalismo como un enemigo, la desaparición precisamente del "enemigo" imposible de vencer pero contra el cual había que luchar. El mismo diagnóstico se puede aplicar a las políticas de Bush en el Medio Oriente, quien al perder la sombra de las armas químicas que debía tener el enemigo, pierde a su vez ese fantasma contra el cual era necesario levantar las armas a una batalla que exigía otras cosas a los ciudadanos americanos, como ha sido la pérdida de privacidad en sus teléfonos y correos electrónicos.

La reciente reflexión de Mark Lilla acerca del atractivo y fascinación que el poder totalitario en sus diferentes corrientes de pensamiento, fuera marxista, nazista, estructuralista o existencial, ejerció sobre la intelectualidad y que llevó a muchos a involucrarse en el vértigo del poder, nos revela que las fuerzas de seducción no provienen solamente de las promesas o características del líder seductor, sino de la receptividad y asentimiento del seducido¹². Aduce Lilla la presencia de una tendencia tiránica en cada uno de nosotros, la cual, embriagada por el amor a sí mismo, se proyecta hacia el mundo y asume ser actor de su transformación total. Se retoma así la visión socrática que ubica la soberbia del conocimiento como una de las raíces de la tiranía y del frenesí de la omnipotencia. La diferenciación entre el saber y el poder es un deslinde difícil, ya que involucra asumir como espacios opuestos la ética de la responsabilidad y la ceguera selectiva de las convicciones.

El sometimiento romántico no es percibido por el ciudadano como sumisión. La palabra que define la adhesión es "sacrificio", con todas las connotaciones positivas que le da la herencia judeocristiana. No es un hombre que pierde sus libertades, sino aquel que sacrifica tiempo y espa-

¹² Mark Lilla. (2005). *Pensadores Temerarios: Los intelectuales en la política*. Editorial Debate.

cio personal por la libertad del pueblo del cual forma parte. En ese proceso de entregas individuales se convierte también al ciudadano en héroe romántico. Pero el más sacrificado de todos ha de ser el líder, quien a su vez debe mantener por todos los medios un aura de "superhombre" destinado por la historia y en algunos casos por fuerzas metafísicas a cargar el fardo, incluso a pesar de sí mismo. De allí que la propaganda política haga tantas alusiones a la pérdida de tranquilidad y vida privada del líder para mantenerse en guardia, como pueden ser los intentos de "magnicidio" a que el eterno enemigo lo tiene sometido.

En 1956, Khrushchev en el XX Congreso del Partido Comunista, acuña el concepto de "culto a la personalidad" para cuestionar abiertamente el ensalzamiento que se hacía de un dirigente como un héroe o un taumaturgo. Al coincidir este cuestionamiento con las múltiples revelaciones de los propios militantes sobre los dramas vividos, se asoció drama y culto, sin embargo también se ha clarificado que pueden darse dramas sin el culto. Se identifica como culto a la personalidad a las manifestaciones clásicas de atribuir a un hombre todas las virtudes de una política o de un destino, mediante la multiplicación de imágenes asociadas a la ritualización de ovaciones, homenajes y referencias idealistas, que conllevan a asignarle fortalezas sobrenaturales de ser el intérprete infalible universal. En todo culto hay asentimiento y seguidores sobre los cuales se construye la universalidad de la fidelidad, sin que ello signifique deificación o adoración en el sentido religioso.

No deja de ser una gran paradoja el surgimiento de la irracionalidad del culto personalista, dentro de un proceso materialista y dialéctico eminentemente racional de la historia, como era el régimen soviético. Se trata entonces, de la exaltación de un hombre que se hacía el superhombre, y el mismo aceptaba y estimulaba que se le tratase como tal. Estos fenómenos no son espontáneos sino progresivos, y están ligados a situaciones de carencias, incertidumbre, anarquía, o en todo caso, desesperanza.

Al igual que Stalin, y frente a las inmensas carencias del atraso soviético y los enfrentamientos internos producto de la revolución de 1917, Hitler construye su imagen de héroe histórico potencializada en el resentimiento y la envidia que los alemanes sentían ante las humillaciones económicas, sociales y territoriales como consecuencia de la Paz de Versalles. Ambos son procesos psicológicamente reivindicativos de la dignidad perdida, generadores de lazos afectivos con la población que prefiere ignorar las represiones o torturas que ello pudiera involucrar.

Esa ignorancia, en unión de los grandes destinos raciales o tecnológicos, favorece la justificación de la dirección centralizada del poder, lo cual construye la ecuación básica: personalidad autoritaria-entorno demandante-eliminación de contrapesos. Así, se consolida el culto, puesto que si el Estado es dirigido por un solo hombre, será este hombre quien se beneficia de su trascendencia. Esta personalidad se tiene por el Estado mismo, con sus propiedades, su poder permanente y su ilimitada intervención. Se asienta entonces la mitología del héroe político, jefe de Estado y guía de pueblos, la acción se personaliza y toda teoría justifica su acción heroica por ser este el único intérprete infalible. La intervención inesperada y brutal de Nikita Kruchchev tenía como objetivo ser traumática, pues sólo un choque brutal puede romper el mito del héroe. A pesar de todo ello, aún existen grandes respuestas que expliquen un fenómeno tan absolutamente irracional¹³.

Por otro lado, una sumisión voluntaria debe mantener a los ciudadanos constantemente retados a nuevas metas, cuya posibilidad de consecución no depende de herramientas o recursos racionales, sino de la fuerza casi metafísica que surge del sacrificio de todos. Es la construcción de la autoridad como mecanismo manipulador del poder, inductor de la obediencia que se apropia de la voluntad de un colectivo. Para formar y sustentar esa autoridad se han utilizado muchos procedimientos, se le ha protegido con tabúes, se le ha rodeado de entornos sacros y se le han atribuido propiedades metafísicas, que racionalizan, justifican y legitiman el poder y la capacidad de amedrentar, amenazar a todo aquel o aquello que se interponga en la propuesta heroica. Aplica el miedo de los despotismos y tiranías, Maquiavelo fue su promotor por excelencia y Hobbes el gran legitimador del miedo como emoción política por excelencia. El miedo, conjuntamente con el resentimiento y el odio, son cementos unificadores de pasiones y emociones contagiosas "educadoras de una humanidad indómita y de poco fiar".¹⁴

Sociológicamente se afirma que cuando una sociedad siente miedo, busca un gendarme fuerte que la salve y se facilita así la sumisión protectora. Es el origen del síndrome de Estocolmo, en donde las víctimas llegan a valorar positivamente a su propio secuestrador porque les salvó la vida. Es la humillación y el ridículo como mecanismos de exclusión a quienes puedan disentir de las metas y promesas propuestas. El miedo como meca-

nismo político suele basarse en el engaño, en la limitación de la información y reforzamiento de la ignorancia, todo lo cual facilita la manipulación emocional de construir enemigos y concentrar la lucha en su enfrentamiento, dando la sangre y alma para orgullo de un solo "héroe". Y esto tiene su contrapartida en asignarle a las expresiones de temor un componente de deslealtad, de debilidad, traición o de desenso.

No es difícil entonces entender el vínculo afectivo entre la sumisión romántica y la capacidad de corrupción de voluntades y autonomías, que facilita el miedo y el silencio como mecanismos que sustentan la racionalización y justificación de medios y fines. Pareciera importante recuperar el relato, que hiciera Alejandro Soljenitsyn en el Archipiélago Gulag, sobre su comparencia ante un conjunto de jueces similares, quienes en el pasado lo habían condenado y hoy lo felicitaban, desentendiéndose de su adhesión a estructuras que antaño ejercían la ley de acuerdo con la voluntad de Stalin. Más que pérdida de ilusiones "estos hombres que supuestamente habían siempre buscado el bien, no veían el bien y el mal sino bajo el prisma de la ley, esto es, el prisma del partido". Tenían demasiada confianza en la verdad propia "al punto que si la situación cambiara y tuvieran que juzgarme nuevamente me condenarían nuevamente"¹⁵.

A casi dos décadas de la caída del muro de Berlín y el posterior desmembramiento de la Unión Soviética, muchos intelectuales preservan sus creencias. Éstas se ignoran o minimizan, justificando que la ocurrencia del desplome se sustentó en la utilización de medios inadecuados o deshonestos, pero que ello no tiene por qué afectar los ideales propuestos. Al preguntársele al historiador Eric Hobsbawm: ¿en 1934 en caso de que hubiera conocido las purgas soviéticas, ello hubiera hecho alguna diferencia en sus compromisos ideológicos? Su respuesta fue la siguiente: "Si tuviera que dar una respuesta retrospectiva, tal vez diría que no, porque en esos tiempos el sufrimiento y los genocidios eran absolutamente universales. El surgimiento de un nuevo mundo dentro de un gran sufrimiento es natural."¹⁶

Cuando se invierte una vida en ciertas ideas o causas, éstas serán referencias que se transforman en nostalgia pura e invencible, y se alimentan por la solidaridad romántica de que el futuro siempre trasciende el presente; sin embargo, la historia trasciende a los hombres. El proceso de sumisión

¹³ Jean Bruhat, (1966, Marzo). A propósito del culto de la personalidad. *Revista Janus*. España.

¹⁴ José Antonio Marina.(2006). *Anatomía del Miedo: Tratado de la Valentía*. España: Anagrama.

¹⁵ Tomado de Claude Lefort. (1999). *La complication: retour su le comunismo*. Pp.39. París: Fayard

¹⁶ Paul Hollander. (2006). *The end of commitment: Intellectuals, revolutionaries and political Morality*. Chicago: Invan R. Dee.

necesita que la convicción ideológica sea persuasiva, convincente de que no se están entregando libertades, sino que se está conquistando la dignidad esperada gracias a la lealtad hacia el benefactor.

Todo lo propuesto podría ser un pronóstico para la historia latinoamericana y de otros países en desarrollo, por las fortalezas que este modelo de sumisión genera para alimentar esperanzas mesiánicas o chivos expiatorios. Sin embargo, también es necesario voltear la hoja y ver paralelamente la existencia de los contrapesos de dichas fortalezas. La aspiración de muchos cubanos a un modelo más abierto, no proviene de una mirada única hacia el capitalismo liberal, sino precisamente a otro modelo comunista como es el desarrollado en China. Este modelo señala cómo los ciudadanos necesitan de ciertas libertades económicas, pero aún tiene que demostrar hasta qué punto controlar la conciencia o las libertades individuales genera nuevos espacios.

Por otro lado, el alcance tecnológico cada vez más democrático de ciertos medios de comunicación y —nos referimos especialmente al Internet—, hace que cada vez sea más difícil la homogeneidad de los recursos románticos de sumisión. Los ámbitos culturales ya no son geográficos, y este desbordamiento de la información se levanta en su heterogeneidad, no como el fantasma necesario que mantiene al pueblo en guardia, sino como millones de microespacios de cuestionamiento a la existencia de dicho fantasma. Por último, también es una realidad que el fracaso de la política norteamericana en el Medio Oriente, de corte anticuadamente imperialista, hace que la fortaleza del enemigo necesario sea cuestionada. Precisamente por aquellos que la adversan, ya que sin enemigo es muy difícil exigir a un pueblo la entrega de libertades en pro de vencer a un enemigo inexistente.

Pareciera interesante concluir, sugiriendo el nacimiento de una segunda generación de románticos, sobre todo en el campo del arte, que apunta hacia el carácter trágico de las gestas del Dr. Frankenstein, quien termina condenado a perseguir el monstruo que él mismo ha creado. Hitler y Napoleón fracasan en su intento hegemónico, curiosamente por sus campañas “imposibles” en las estepas rusas. Hitler y Musolini perecen en el seno de los imperios que ellos mismos han creado. Todo ello pareciera confirmar que es un gran apresuramiento apocalíptico juzgar a los pueblos tan dóciles como para que no se pregunten, tarde o temprano, en qué consiste esa dignidad heroica que les ha sido vendida.

¿Dónde radica la dignidad que aspira la convivencia humana? Con ella se reconoce a la persona en posesión de derechos y en el reconocimiento de los mismos a todos los seres humanos, abocada a la búsqueda de nuevas maneras de convivir.¹⁷ Si la sumisión corrompe la voluntad de escogencia, también corrompe el autoconocimiento y la humildad para enfrentar la realidad.

HISTORIA, BIOLOGÍA Y FORMAS DE GOBIERNO

La historia cultural y social del hombre no ha comenzado aun los doce mil años desde que fundó el primer pueblo sobre la tierra, hoy Jerico, en las proximidades de Jerusalén. Pero ha sido durante esos escasos años cuando el ser humano lo ha creado todo, y ha ensayado múltiples y diversas maneras de organización y de gobierno social. Monarquías, democracias y dictaduras son solo algunas de estas intenciones de organizarse. Sin embargo, la manera de darse forma a sí mismo, una sociedad no es un fenómeno meramente sociológico, sino que también está indisolublemente vinculada a la biología de la sociedad misma o del líder que la gobierna, o de ambos, sobre ello abundaremos en páginas posteriores. Luego de plantear algunas premisas que faciliten la comprensión del tema.

Ya es antigua la controversia de si los seres humanos nacen con la igualdad en su seno, o la aprenden durante la vida. Complicaría nuestras especulaciones en este capítulo dedicarnos a los planteamientos que intentan describir ese enigma. Pero sí puede servirnos, apreciar la realidad de que en todas las agrupaciones humanas la trinidad está presente, y que uno de los deberes ineludibles de todo grupo humano, para subsistir, es activar los mecanismos para erradicarla, o limitar sus posibilidades de daño. Y con ello tienen mucho que ver las diversas formas de gobierno que a lo largo de la historia se han dado en las sociedades, o que sobre ellas, se han instaurado.

En esas circunstancias, evidentemente que hay una dinámica ineludible entre gobernar y gobernado, cuya características pueden variar dentro de un amplio rango, entre mayorías y minorías, hasta muy paralogías y demagógicas. Y la especulación para su comprensión puede partir desde el individuo y la consideración de la relación individuo gobernante-gobernado, o inventando de sac la dimensión colectiva gobernante-gobernados.

¹⁷ José Antonio Marina y María de la Valgoma. (2000). *La lucha por la dignidad: Teoría de la felicidad política*. Barcelona: Anagrama.

De ahí que la historia cultural y social del hombre no ha consumido aún los doce mil años desde que fundó el primer pueblo sobre la tierra, hoy Jericó, en los predios de Jerusalén. Pero ha sido durante esos escasos años cuando el ser humano lo ha creado todo, y ha ensayado múltiples y diversas maneras de organización y de control social. Monarquías, democracias y dictaduras son sólo algunas de estas intenciones de organizarse. Sin embargo, la manera de darse forma a sí misma una sociedad no es un fenómeno meramente sociológico, sino que también está indisolublemente vinculada a la biología de la sociedad misma, o del líder que la gobierna, o de ambos, y sobre ello abundaremos en páginas posteriores, luego de plantear algunas premisas que facilitarán la comprensión del tema.

Ya es antigua la controversia de si los seres humanos nacen con la maldad en su seno, o la aprenden durante la vida. Complicaría nuestras aspiraciones en este capítulo dedicarnos a los planteamientos que intentan descifrar ese enigma. Pero si puede servirnos, apreciar la realidad de que en todas las agrupaciones humanas la maldad está presente, y que uno de los deberes ineludibles de todo grupo humano, para subsistir, es activar los mecanismos para erradicarla, o limitar sus posibilidades de daño. Y con ello tienen mucho que ver las diversas formas de gobiernos que a los largo de la historia se han dado en las sociedades, o que sobre ellas, se han instaurado.

En esas circunstancias, evidentemente que hay una dinámica ineludible, entre gobernante y gobernado, cuyas características pueden variar dentro de un amplio rango, entre muy sanas y constructivas, hasta muy patológicas y destructivas. Y, la aproximación para su comprensión puede partir desde el análisis y la consideración de la relación individual gobernante-gobernado, o intentarlo desde la dimensión colectiva gobernante-gobernados.

Si nos asomamos a ese panorama humano desde la arista de la biología, pues tendríamos que detenernos a pensar en torno a las diferentes caracte-

LAS SECTAS COMO MECANISMOS DE SUMISIÓN

FRANZEL DELGADO SENIOR

HISTORIA, BIOLOGÍA Y FORMAS DE GOBIERNO

La historia cultural y social del hombre no ha consumido aún los doce mil años desde que fundó el primer pueblo sobre la tierra, hoy Jericó, en los predios de Jerusalén. Pero ha sido durante esos escasos años cuando el ser humano lo ha creado todo, y ha ensayado múltiples y diversas maneras de organización y de control social. Monarquías, democracias y dictaduras son sólo algunas de estas intenciones de organizarse. Sin embargo, la manera de darse forma a sí misma una sociedad no es un fenómeno meramente sociológico, sino que también está indisolublemente vinculada a la biología de la sociedad misma, o del líder que la gobierna, o de ambos, y sobre ello abundaremos en páginas posteriores, luego de plantear algunas premisas que facilitarán la comprensión del tema.

Ya es antigua la controversia de si los seres humanos nacen con la maldad en su seno, o la aprenden durante la vida. Complicaría nuestras aspiraciones en este capítulo dedicarnos a los planteamientos que intentan descifrar ese enigma. Pero si puede servirnos, apreciar la realidad de que en todas las agrupaciones humanas la maldad está presente, y que uno de los deberes ineludibles de todo grupo humano, para subsistir, es activar los mecanismos para erradicarla, o limitar sus posibilidades de daño. Y con ello tienen mucho que ver las diversas formas de gobiernos que a los largo de la historia se han dado en las sociedades, o que sobre ellas, se han instaurado.

En esas circunstancias, evidentemente que hay una dinámica ineludible, entre gobernante y gobernado, cuyas características pueden variar dentro de un amplio rango, entre muy sanas y constructivas, hasta muy patológicas y destructivas. Y, la aproximación para su comprensión puede partir desde el análisis y la consideración de la relación individual gobernante-gobernado, o intentarlo desde la dimensión colectiva gobernante-gobernados.

Si nos asomamos a ese panorama humano desde la arista de la biología, pues tendríamos que detenernos a pensar en torno a las diferentes caracte-

rísticas estructurales de los diferentes pueblos del mundo, en los cuales, hay un permanente vínculo entre biología y cultura, que se influyen mutua y vitaliciamente a lo largo de sus generaciones, y que terminan condensándose y expresándose en conductas, que es lo que observamos como producto final de esa importante interacción. Y es así como cada pueblo del mundo muestra un rostro particular, distinto, que lo identifica. ¿Cuánta diferencia hay entre el proceder de un ciudadano de hoy, inglés, a uno africano, a uno italiano o a algún sudamericano? Diferencias notorias, precisas, evidentes, y que se discriminan aún, según la región de su nación que habiten. No procede igual un habitante de las montañas andinas que otro connacional habitante de alguna ciudad costera. Toda esa expresión conductual es el producto de su biología colectiva, de su biología personal y de las características del entorno que lo alberga.

Esas reflexiones nos conducen a comprender lo difícil y hasta erróneo que puede ser intentar generalizar las reacciones de algún pueblo, como tal, ante determinada circunstancia, pues las diferencias, serán múltiples, seguras e inevitables. A pesar de habitar el mismo mundo, y aún ante eventos similares, la generalización no es factible, porque además las conductas son influidas y determinadas, en buena manera, por el tiempo histórico en el cual se estén expresando. Mientras nuestra estructura biológica es consecuencia de un pasado que se cuenta en millones de años, el de nuestra estructura cultural, no sobrepasa, como mencionamos, los doce mil años.

Pero, además, acontece que hoy día lo que se ha llamado el progreso, que quizás podemos entender como todo cuanto avanzamos gracias a la inventiva y creación del ser humano, impresionantemente se duplica cada vez, en menos de cinco años, o lo que es lo mismo, lo que hace muy pocos siglos tardaba cientos y hasta miles de años, hoy no debe esperar ni siquiera cinco. La influencia de ese fascinante y vertiginoso proceso del progreso humano, influye, modifica, altera y moldea igualmente de manera extremadamente veloz, a la conducta humana, y por ende, la de los pueblos. Y como el proceso de progreso es tan rápido, tan imprevisible y tan influyente, necesariamente tenemos que ser muy cautelosos y modestos, en nuestras aspiraciones de entender las razones de cualquier conducta humana y mucho más si la intención es predecirla. Por todo ello, cuando nos referimos a la sumisión de los seres humanos como conducta, parecen abarrotarse los elementos que no podemos desestimar, si esperamos atinar en la observación y en las afirmaciones.

La conducta del pueblo alemán ante un fenómeno personal y político de las dimensiones antihumanas de Adolph Hitler; las seis décadas de

comunismo soviético que dominó al pueblo ruso; los cuarenta millones de seres eliminados en la China de Mao Tsé Tung para mantenerse en el poder; los terribles años de sufrimiento de los pueblos suramericanos en la segunda mitad del siglo XX, cuando los militares se apoderaron de sus naciones y de sus vidas; o la oprobiosa historia de un dictador que convierte a su isla natal del Caribe en miseria, dolor y atraso por más de medio siglo, en nombre del antiimperialismo. Todas son experiencias distintas, propias, que creo no admiten generalizaciones ni consideraciones muy homogéneas, a pesar de que cada una de esas historias esté construida con elementos comunes como la crueldad, la maldad, la dominación y el inaceptable irrespeto autoritario a la condición humana. Pero es que cada una fue y es distinta, y de nuevo nuestra obligación, al intentar comprenderlas, es ser modestos, cautos y guardar las consideraciones particulares que cada una de esas sociedades merece. Sólo por esa vía podríamos acercarnos a la objetividad que esa difícil tarea nos exige.

Pensemos en lo que hoy se llama Monarquía, que sobrevive en veintinueve naciones del planeta, más quince del Commonwealth que rige Isabel II, representando entre todas a más de quinientos millones de personas. Ellas son herederas históricas o culturales de los faraones egipcios y de los emperadores chinos, aunque ya no guardan mucha similitud con las monarquías de aquellos siglos pasados. Europa en la Edad Media vivió el apogeo de las monarquías, por meros requerimientos de poder para administrar las guerras. Pero hoy los reyes son más figuras simbólicas que ejecutivas, y tanto ellas como sus pueblos, lo saben y así lo asumen. Y resulta obligatorio establecer diferencias entre los reinados europeos actuales, con su poder relativo, y los de los emiratos o reinos del Golfo Pérsico, con poderes casi absolutos.

Los Reyes de España, sólo como ejemplo, son figuras veneradas y respetadas por la población española, que de alguna manera los percibe, y con orgullo, como parte viva de su larga historia monárquica, a pesar de que sean los partidos políticos y sus líderes los ejecutores de las decisiones más trascendentes de esa nación. Siguen vigentes los antiguos preceptos de la aún sólida monarquía inglesa, que plantean que ellos son: para aconsejar, animar y ser consultados. Ambas reflejan el respeto, el apego, el cariño de cada uno de esos pueblos por su historia y por su tradición, más allá de los profundos cambios de significación y de poder que se hayan producido en las figuras de sus reyes. Porque las monarquías han logrado persistir en este mundo a costa de sacrificar cada vez más su poder real. Si no hubiese sido así, seguro que ya los reinados serían meras reseñas de la historia de la humanidad.

Los eventos históricos de la revolución inglesa en el siglo XVII, de la revolución francesa en el XVIII y las guerras del XIX por la independencia americana, sin duda, fueron procesos fundamentales para la abolición o la limitación del poder. Así se delinó progresivamente a todo lo amplio del mundo, la aparición de las democracias como sistema preferido de gobierno por la inmensa mayoría de las sociedades. Este panorama parece reflejar que el hombre no ha descansado en la búsqueda del mejor sistema de gobierno, y que su rumbo ha sido persistente y sin detenerse hacia los que lo ejerzan con mayor respeto a la libertad, a la justicia y a la consideración de los gobernados.

En este largo proceso, sin embargo, aparecen en el escenario mundial en el siglo XX las dictaduras, especialmente como fenómenos políticos de naciones del tercer mundo. El daño que han causado, inconmensurable en sufrimientos y en atraso, aún es absurdamente soportado por algunas naciones del mundo, pero cada vez menos numerosas, tanto que hoy casi alcanzarían los dedos de una mano para contarlas, lo cual evidentemente tiene que tomarse como signo del rechazo de las sociedades modernas a las pretensiones desmedidas de poder.

Esta especie de mancha histórica que representa el nacimiento de múltiples regímenes dictatoriales a lo largo del planeta, en pleno siglo XX, en absurdo contraste con el adelanto que la civilización había alcanzado para entonces, nos lleva indefectiblemente a reflexionar sobre la presencia de la biología, en este caso de los dictadores, que queda rezagada frente al avance cultural de su entorno. Desfase indeseable pero explicable, pues recordemos que los cambios biológicos son inmensamente más lentos que los culturales, lo que nos permite entender cómo taras biológicas, que quizás desaparezcan en el futuro de la evolución, hoy todavía están presentes.

Llegado a este punto, permítaseme una muy breve reflexión personal antes de continuar. Las vivencias; los sufrimientos; la ruptura de los esquemas de nuestra nación; los cambios sucedidos y jamás imaginados por los venezolanos hace apenas pocos años; y la sensación general de la población de sentirse incapaz de interpretar y de comprender de qué manera se ha dado este fenómeno que hoy está, sin explicarnos cómo, frente a nuestros propios ojos y que es nuestra realidad; todo esto ha sido lo que me han llevado a las más diversas reflexiones, mirando siempre el escenario a través del cristal de la ciencia, a la que he dedicado toda mi vida, en la que me he educado y la que me ha provisto de la forma en que pienso y analizo. De manera tal, que mi contribución en este esfuerzo que comparto con tan valiosos y reconocidos

profesionales, todos muy conocedores de la conducta humana, es modestamente ofrecer la información de lo que hoy el mundo académico universal conoce como "sectas destructivas", que observo encajan de manera indudable en el escenario político actual de esta adolorida nación, y que conocerlas es indispensable para ayudarnos a entender lo que no parece entendible.

El pensamiento en torno a las sectas destructivas y su evocación en la vida venezolana actual se fue provocando en mí mañana tras mañana, mientras desarrollaba mi actividad profesional diaria dentro de mi consultorio, oyendo por largas horas, luego de meses y ya años, los angustiados relatos en la intimidad terapéutica de tantos compatriotas de las más diversas edades y profesiones. Todos bajo incontenibles lágrimas de angustias y de amargura, víctimas de la segregación, de la persecución ideológica, de la fractura de sus proyectos de vida y en muchos casos de las decisiones involuntarias e indeseadas de abandonar su país.

Si algunos profesionales hemos tenido que ser testigos permanentes del inmenso dolor de esta sociedad, durante su última e infortunada década, hemos sido los psiquiatras. Depositarios de las profundas angustias de tantas vidas maltrechas, del llanto de tantos jóvenes a los que demasiado pronto se les desapareció la esperanza, de tantos padres insomnes por la inaceptable ausencia geográfica de sus hijos. Por eso he dicho que en Venezuela, hoy, todos los proyectos de vida, están fracturados. Y ese dolor y esa lesión no han respetado a ninguna generación de las que conviven en esta tierra. El daño ha sido y es general.

Ya son diez años de revolución, lo que nos obliga a pensar que en diez años un niño de cinco se nos hizo de quince y uno de diez se nos hizo de veinte, todos crecieron y maduraron dentro de este escenario sin lógica, en una nación a la que repentinamente le cambiaron el rostro, y con la ardua tarea individual de procesar las contradicciones absolutas entre los valores transmitidos día a día por sus padres, y los que emanan de quienes conducen su nación. ¿Que pasará con esos venezolanos obligados a crecer y a madurar en un ambiente tan aberrado? Aún no podemos saberlo, sólo el tiempo mostrará las consecuencias, seguramente terribles, pero ya inevitables. ¿Y quién pagará por esos daños?

PERSONALIDAD Y SECTAS

No podremos entender la dinámica de control y de sumisión que ejerce una secta, si no nos paseamos previamente por los elementos fundamentales que nos permitan comprender lo que es la personalidad de un ser huma-

no. Los intentos de definición de personalidad han sido verdaderamente abundantes. Allport, un autor a quien su nombre en ciencia hay que asociar inevitablemente al concepto de personalidad, hace alusión a unas cincuenta maneras de definir lo que es personalidad. Pero de forma sencilla, enciclopédica, podríamos decir que personalidad es el conjunto de características propias de la manera de ser y de comportarse de cada persona, las cuales le distinguen de los demás.

La personalidad es como un órgano invisible, que se conforma a lo largo de la vida como consecuencia de la interacción incesante de la biología personal, adquirida por la herencia de los padres, y la influencia del entorno. Ese proceso que comienza en la concepción, se integra en el nacimiento y no se detiene en los seres humanos hasta que aproximadamente a los veintinueve años en promedio, cuando concluye, se cierra y entonces quedará plasmada en las más profundas instancias cerebrales, en cada ser, la personalidad. Que será definitiva, irreversible, vitalicia. Será como el color de los ojos, nunca cambiará, y sólo la muerte la hará desaparecer como estructura biológica.

La personalidad puede haberse conformado de manera adecuada, y entonces el ser vivirá con una manera de comportarse que le permita actuar en sociedad, de una manera normal. Pero si ese proceso está signado por taras biológicas y por influencias distorsionadoras persistentes o muy acentuadas del ambiente en el cual se desarrolle, se conformará una personalidad patológica, que puede manifestarse por la imposibilidad inevitable de vivir en paz y en armonía consigo mismo y con su entorno familiar y social.

La Historia de la humanidad, mirada en términos de poder, está plena de personalidades patológicas de ese tipo, que han influido y determinado procesos históricos lamentables, causando lesiones inaceptables de las más diversas dimensiones, a sus gobernados, a sus naciones y hasta al mundo. Basta recordar las inconcebibles atrocidades de un Hitler, de un Stalin, o las barbaries de un Robespierre. Estas personalidades llevan siempre una estructura sociopática, que es el trastorno más severo que puede verse en la psiquiatría universal, y generalmente la acompaña también una estructura narcisista. La combinación de esas dos patologías ejerciendo el poder es sencillamente terrible, siendo difícil encontrar otro vocablo para significar la amenaza que esto puede representar para una sociedad.

Ahora, con los elementos fundamentales esbozados, podemos pasearnos por episodios de la historia reciente que nos enseñan hasta dónde pueden llegar los actos e influencia de estas personalidades trastornadas. Así, por ejemplo, en 1978 la opinión pública mundial fue sacudida por el primer

gran suicidio colectivo de una secta. 914 personas, hombres, mujeres y niños, en Jonestown, Guyana. Todos eran seguidores del Reverendo Jim Jones quien también se autoinmoló. En Marzo de 1993, más de 80 personas se suicidaron junto con David Koresh en Waco, Texas, por motivos religiosos.

En 1994, el grupo esotérico "La Orden del Templo Solar" sorprendió efectuando múltiples suicidios en Suiza y en Francia. Todos eran seguidores del Dr. Luc Jouret. Murieron 48 en el primer episodio y otros más posteriormente. En el mes de noviembre de ese mismo año las autoridades de Ucrania impidieron el suicidio colectivo de los seguidores de Marina Tsvygun, quien afirmaba ser la reencarnación de Cristo; por ello, fueron arrestadas 779 personas en la ciudad de Kiev, pero ese culto tiene actualmente 150.000 seguidores en la ex-Unión Soviética y se llama "La Fraternidad Blanca".

El 5 de Marzo de 1995, 11 muertos y 5000 heridos resultan del atentado con gas perpetrado en el metro de Tokio por la secta Aum Shinrikyo, y sólo dos años más tarde en marzo de 1997, se produce el suicidio colectivo de 39 miembros de la secta "Heaven's Gate" (Puerta del Paraíso), dirigida por Marshall Applewhite. Los cadáveres de esta secta fueron hallados en una lujosa mansión de San Diego en California, estaban todos acostados boca arriba, como en plácido sueño, cada uno con un velo morado que les cubría el rostro y el torso.

Más recientemente, en marzo del año 2000, se encontraron otras 500 personas muertas pertenecientes a la secta apocalíptica "Movimiento por la Restauración de los Diez Mandamientos de Dios". Esto fue en un templo de Kanungu, una pequeña ciudad ubicada a unos 300 kilómetros de Kampala, la capital de Uganda en el África Oriental. Ese día, al parecer, sus miembros se suicidaron masivamente después de celebrar una fiesta de despedida. Según versiones cercanas al grupo, esperaban que la Virgen María los llevara al Paraíso.

En pleno siglo XX y XXI no resulta fácil entender estas decisiones colectivas que siguen las instrucciones perversas de un líder, pero lamentablemente son una realidad. Desde aquel millar de personas suicidadas en Guyana en 1978, los estudiosos de la conducta humana y social intensificaron su interés y dedicación por la comprensión científica de estos fenómenos. En este contexto, sociólogos, psicólogos y psiquiatras han aportado al campo del conocimiento científico definiciones académicas de lo que constituye una "secta", precisando criterios académicos rigurosos para su clasificación.

Hoy se habla de sectas destructivas, y ellas pueden ser de cualquier tipo, no necesariamente religioso. Es decir, existen sectas deportivas, de mujeres, separatistas, de salud, políticas o de cualquier otra índole siempre y cuando cumplan con los criterios universales aceptados para ser considerados como tal. Según estos criterios, una secta destructiva es un grupo organizado que emerge en el seno de una sociedad, con las intenciones de destruir las instituciones y valores de ella, obligándola a asumir los de la secta. Michael Langone, Ph. D. en Psicología Clínica y editor en una de la más prestigiosas revistas científicas que estudian el fenómeno de las sectas, define a la secta como:

Un grupo o movimiento, que exhibe una devoción excesiva a una persona, idea o cosa y que emplea técnicas antiéticas de manipulación para persuadir y controlar a sus adeptos; diseñadas para lograr las metas del líder del grupo; trayendo como consecuencias, el daño a sus miembros, a los familiares de ellos o a la sociedad en general ... Dado que la capacidad para explotar a otros seres humanos es universal, cualquier grupo puede llegar a convertirse en una secta. Sin embargo, la mayoría de las sociedades, tienen mecanismos de auto-regulación que limitan efectivamente el desarrollo de esos grupos sectarios

Otros académicos han definido a las sectas como grupos totalitariamente estructurados y fuertemente organizados, que propugnan un nuevo sistema de vida y que obligan a sus adeptos a una sumisión total. Vale recordar la interesante figura de Steve Hasean, hoy Maestro en Psicología de la Universidad de Cambridge, quien fue miembro de la famosa secta de los "Moons" por mucho tiempo, y que actualmente tiene veinte años de experiencia como asesor internacional y consejero sobre el tema de las sectas destructivas. Hassan define como secta a cualquier grupo -religioso o no- ,que utilice técnicas de control psicológico para suprimir la personalidad e inhibir el juicio crítico y la libertad de decisión. Establece cuatro criterios para detectar la manipulación mental.

- El control de la conducta.
- El control de la información.
- El control de las ideas.
- El control de las emociones.

CARACTERÍSTICAS DE LAS SECTAS

Hoy a la luz de todas las contribuciones hechas, entre las que destaca por su importancia, la del psiquiatra Robert Lifton, podemos precisar los criterios académicos universales para la definición de una secta destructiva. Ellos son:

1. Estructura piramidal. *Crisis de absoluta, mandos intermedios y adeptos*
2. Sumisión incondicional a un líder, a quien se le debe sumisión absoluta, pues se considera predestinado a cumplir una misión que solo él puede lograr. Este líder al crecer la secta asume una postura dictatorial.
3. Anulación de la crítica interna y prohibición del pensamiento individual.
4. Persecución de objetivos económicos enmascarados bajo una ideología, destinados sólo a reforzar el poder del líder. *Poder y lucro*
5. Manipulación de los adeptos para obtener los fines de la secta. *Anda instrumentos, fondos y otros*
6. Ausencia de control de una autoridad superior sobre la secta.
7. Fábrica de palabras, frases y consignas para descalificar a quienes no pertenecen a la secta, a quienes se consideran inferiores.
8. Uso de algún color y vestimenta particular para identificarse y darse fortaleza de grupo.
9. Prohibición de abandonar a la organización, y quien lo hace, es severamente penado.

Se calcula que en los Estados Unidos, en las dos últimas décadas, 20 millones de personas han estado involucradas en alguna de las 5,000 sectas o grupos semejantes a sectas reportados en este país. Estos grupos fluctúan entre los que constan de una docena de miembros o menos, hasta grandes grupos internacionales que afirman tener millones de miembros.

En propio de las sectas exponer a las personas gradualmente a una serie de conferencias, de eventos y de experiencias que paso a paso los distancian de su pasado, haciéndolos llegar a aceptar la idea de que su familia y su pasado han sido "malos". Y que para sobrevivir y para ayudar al mundo, deben dar su vida al líder, el cual posee conocimientos, virtudes y el talento que lo designan para una misión especial en la vida. Sólo a título de ejemplo: un militar que renuncia al cumplimiento de los valores y deberes tradicionales de su fuerza armada con su nación, para asumir los que le impone la secta, sencillamente se ha convertido en un adepto, y su obediencia y compromiso se traslada a corresponder a los designios del líder y no de su patria.

Vale la pena evocar aquí los criterios de un catedrático de nuestro continente, Horacio Tarcus, de la Universidad de Buenos Aires, quien enfatiza en las "sectas políticas" y en "la identidad" como su característica fundamental. A continuación, me permitiré organizar comentarios basados en algunos de sus aportes al tema. En las sectas políticas la identidad es rígida, cerrada, exclusiva. Podemos ver que la actualidad es rica en ejemplos de innumerables querellas de identidad entre sectas políticas, que provienen de un mismo tronco, pero donde hasta el mayor grado de parentesco o proximidad es motivo también de mayor agresividad en la disputa por la legitimidad.

Aunque no lo parezca la identidad de las sectas, y muy especialmente en las políticas, no es fuerte sino rígida. Dentro del sistema de la secta cualquier diferencia menor evoluciona hacia una dinámica interna imparable y termina por generar cismas. La secta racionaliza este proceso de debilitamiento periódico como una "purificación". En los discursos partidarios son frecuentes las metáforas tomadas de la patología —"virus", "pestes"—, éstas envenenan a la organización y los anticuerpos reaccionan a tiempo para restablecer un "sano" cuerpo partidario. Pero esas identidades rígidas, tras su apariencia de fortaleza, esconden en verdad una enorme vulnerabilidad. La lucha a muerte por la legitimidad exige la más estricta disciplina y cohesión interna.

En la secta permanentemente se vive en un clima de sospecha y de desconfianza interna. La lucha, siempre hacia el "exterior", deviene inevitablemente en lucha hacia el interior, y las querellas intestinas terminan por minar todas las energías de la secta. La identidad individual de los incorporados se modifica radicalmente, y así las dificultades de su vida sexual, afectiva, familiar, de inserción laboral, u otros, son minimizadas ante la posibilidad vivencial e intensa de incorporarse y enorgullecerse de asumir esa nueva identidad colectiva ideal. De manera que el incorporado llega a sentir todos

aquellos conflictos como menores, mezquinos, o "pequeño-burgueses". Lo que desde afuera puede percibirse como alienación del sujeto, como pérdida de su autonomía, para la vivencia del sectario es el costo que paga para su acceso a su plenitud total. En la secta el líder es el único que puede violar reglas, reinterpretar aún absurdamente los textos, y al adepto sólo le está permitido aceptar y obedecer. La minimización de la vida privada propia es compensada por la contemplación y devoción a la proyección del líder, y la contribución personal del adepto debe ser sin límites para ayudar al éxito del líder. En el caso particular de las sectas de izquierda, el marxismo es su doctrina, y es asumido a priori como una verdad opuesta a lo falso, como una verdad que ya es, a la que hay que interpretar correctamente y que sólo falta llevarla a la práctica. No hay lugar para la creación, para la innovación, ni la crítica. Lo que en la secta se llama "crítica" no es más que inadecuada y peligrosa "revisión". La argumentación está limitada sólo a comentar criterios sobre lo que "verdaderamente dijeron" Marx, Trotsky, Mao Tsé Tung, Stalin, el Che Guevara o Fidel Castro. Las sectas políticas de izquierda tienen una dirección que, a la manera de una casta sacerdotal, es la que decide cuáles son los textos sagrados y aceptados, y cuáles los profanos y prohibidos.

La secta política típicamente presume de una supuesta misión de restauración de la ortodoxia perdida o traicionada. Pero en el fondo es profundamente conservadora, pues ofrecen, pero nunca al fin significan nada nuevo. A medida que las sectas políticas se tornan más burocráticas, los Congresos o Asambleas van dejando de ser espacios de deliberación y decisión democrática, para devenir sólo en lugares para simples actos formales de legitimación de las decisiones previamente tomadas por el líder.

Se prefabrican encuentros para que los militantes sientan momentos fuertemente emotivos, de reencuentro colectivo, bajo símbolos comunes como banderas rojas e imágenes, desproporcionadas en número y en tamaño, de los líderes internacionales y de su líder máximo. Se entonan cantos o consignas que refuerzan la identificación colectiva y se renuevan juramentos en nombre de los compañeros caídos. Todos son rituales claves, universales y característicos de las sectas.

La estratificación interna y el culto sagrado al líder es muy rígido, y aunque su discurso se identifique falsamente con la democracia, con el socialismo o la igualdad, toda secta es, por definición, absolutamente elitista y jerárquica. La dirección está en la cima de la pirámide; los militantes ascienden sólo a través de pruebas que demuestren su lealtad, y a la hora de decidir una promoción, la lealtad siempre predomina sobre la eficacia.

Ningún militante podrá aspirar jamás a ascender tan alto como para estar a la altura de la dirección "histórica", originaria. Y en la secta política, como en todas, está severamente penado el abandono. "Revisionista, desertor, traidor, oligarca, delator, provocador", son algunos de los calificativos reservados para quien disienta o sencillamente decida no continuar en la secta. En la secta política izquierdista se fabrica un clima de excitación ante la inminencia de la revolución lograda, la vivencia de ser dueños del presente, del aquí y del ahora, la inmediatez más radical, la expectativa tensa ante el momento propicio, la revolución como acontecimiento absoluto, el líder como profeta, etc. El capitalismo es siempre calificado como una suerte de encarnación del mal. Ese mal es ingobernable para sí mismo y sucumbirá como resultado inevitable de sus propias crisis.

Robert Spaemann, destacado filósofo católico y profesor de filosofía de las universidades de Munich y de Salzburgo, también insiste en la formación de sectas en la política, creándose siempre en ellas un nuevo lenguaje y asumiendo convicciones no compartidas por la sociedad en la que se engendran, difundiendo sus ideas de manera misionera, trabajando por una férrea cohesión interna, una estructura jerárquica y un líder único, carismático y mesiánico que impone indefectiblemente la dictadura de valores.

EL CHAVISMO COMO SECTA

La última década ha sido verdaderamente costosa para nuestra nación en todos los órdenes, como comentábamos al principio del capítulo, sobran justificadamente los venezolanos angustiados que no logran explicarse la realidad que hoy está ante sus ojos, en su propio país. Somos víctimas de un fenómeno universal, pero que necesariamente debe analizarse bajo las circunstancias propias de esta Venezuela. Primero, debemos recordar que somos un gentilicio de características muy particulares. Incluso mirándonos al espejo de los pueblos latinoamericanos somos diferentes a todos. Nuestra conducta no es totalmente caribañea, a pesar de nuestra situación geográfica, y a la vez es bastante diferente de la de pueblos hermanos y cercanos, como el colombiano, el ecuatoriano o el brasilero, sólo por mencionar algunos. El venezolano es sencillamente venezolano.

El venezolano es alegre, leal, expresivo, solidario, confiado, amigable, superficial, ligero y seguro siempre de que las cosas "se le darán en cualquier aspecto de la vida". El "ya veremos", tan nuestro, es una expresión característica y cotidiana de nuestro gentilicio. Ha sucedido que a ese venezolano intempestivamente se le obligó a participar en un juego, que simplemente

"no sabe jugar", en esencia porque va en contra de todas sus características de gentilicio. A partir de 1992, de aquel año fatídico para el país, la historia del venezolano cambió de rumbo y siempre confiado ha esperado con ilusión, con esperanza y hasta con seguridad, que las cosas cambiarán pronto. Y así ha vivido y así ha ido acumulando, paradójicamente, años de permanentes e interminables esperanzas y tristezas. Un nuevo grupo político se adueñó del país para sus propios fines, pero revelándolos una vez que tenía el poder logrado. Para llegar a él lo hizo patológicamente, utilizando y manipulando las genuinas aspiraciones y los mejores deseos de un pueblo que sólo se empeñaba en mejorar su democracia y sus condiciones de vida.

Ahora tenemos suficientes elementos académicos para justificar la consideración de ese nuevo grupo político, el chavismo, como una simple pero muy peligrosa secta destructiva. Nótese que el chavismo en sí no ha inventado nada nuevo, sólo repite esquemas fracasados y muy bien conocidos en la historia mundial. El que el chavismo sea una secta se ilustra cuando observamos adeptos que poseen los mismos argumentos independientemente de su nivel de instrucción: profesional, técnico, obrero, estudiante o campesino. Hasta las palabras para confeccionar estos argumentos son similares: "proceso", "escuálido", "imperio", "cuartarepública", "pueblo", "soberanía"; éstas son sólo algunas de ellas. Y la frase: "ésta es una revolución pacífica pero armada", evidencia las intenciones de desarticular, de cualquier forma, la lógica del pensamiento de la sociedad venezolana en la cual se ha incrustado. Además, las características patológicas precisadas universalmente para el líder de una secta están, y de manera muy grave, presentes en la Venezuela de hoy.

Si a lo anterior aunamos la concesión sumisa de todas las instituciones a cambio de beneficios, y además la posibilidad de uso de dinero inagotable y sin control alguno, podemos concluir que este proceso político que han debido enfrentar los venezolanos es de características muy especiales en el escenario mundial. Y el riesgo se extiende a otras tierras del continente, pues hasta allí se han enfilado las ambiciones narcisistas, las conductas sociopáticas y la compra en efectivo de reconocimiento y de poder.

No puede aducirse que el venezolano no ha luchado para enfrentar esta aberración. Sólo la presencia multitudinaria de todas las generaciones vivas, que sin descanso marcharon en protesta colectiva en las ciudades del país, quizás no comparadas en proporción con las vistas en cualquier otra parte del mundo, da crédito a la intención muy definida de este pueblo de no aceptar este proceso que destruye a su nación. Un paro cívico general, que

hasta significó la quiebra económica de millares de compatriotas, y que no logró su objetivo sencillamente porque las puertas de los bancos comerciales siempre estuvieron entreabiertas, es otro crédito innegable de la intención de no aceptar del pueblo venezolano. Y la repetida asistencia de ciudadanos en cantidades asombrosas, que hasta en camillas bajaban de ambulancias para ejercer anhelantes su legítimo derecho al voto, tampoco puede olvidarse, y posiblemente es reseña singular en el planeta. Ninguna de esas expresiones colectivas es reflejo de sumisión.

Es que el abuso del poder en esta década en Venezuela ha sido desproporcionado, patológico, aberrante, manipulador, violento, inédito, y ha quebrantado todas las normas de consideración entre gobierno y gobernados. Porque hasta en las guerras hay normas que nadie debe violar. En las guerras, que suponen la situación de mayor irritación e indisposición entre grupos humanos, las normas se respetan universalmente. Sin embargo, en este adolorido país, la agresión a los que se resisten a la secta ha rebasado los límites. Hasta la negación de la identidad ha sido un recurso, aún en juego, para intentar diezmar a los venezolanos.

Por otra parte, como caso posiblemente también único en el mundo, este gobierno ha invertido una cantidad multimillonaria de dólares para crear odio entre sus propios nacionales. Esta secta acaudalada y poderosa no ha cejado en realizar extraordinarias inversiones para su tan inusitada intención, y sus resultados, sin embargo, son pobres y exigüos. La cordialidad y la solidaridad entre los venezolanos hoy sólo se siente vulnerada por los activistas colorados y pagados para tal fin, muchos de ellos extranjeros. Pero el tiempo y los esfuerzos amenazan, sin dudas, a la sufrida y comprometida estabilidad de la armonía del gentilicio.

La aberración de nuestro escenario nacional es de tal magnitud, que también como acción inédita de gobierno alguno en el planeta, se invierte dinero sin límites ni control en pagar el desarrollo de otras naciones a costa del propio. Sólo a cambio del reconocimiento formal e incondicional de la secta que eroga y del poder del líder que decide. Y no podemos obviar el maligno y profundo daño de las llamadas "misiones", las cuales detrás de su apariencia bondadosa esconden las más ruines intenciones, al ser usadas como instrumento para la corrupción y la dominación de un pueblo. Estas misiones se aprovechan de las arduas necesidades económicas del pueblo. El "favor recibido", desde un kilo de azúcar hasta una exigua beca, va cargado tóxicamente de imágenes del líder que destacan su misericordia, o de frases ideologizantes y mensajes que incitan a la gratitud inevitable por

recibir esas limosnas vejatorias y falsas. Así también se manipula, se domina y se sojuzga a un pueblo pobre.

Los venezolanos que se oponen a este proceso político, que les invade sus vidas, su futuro, su seguridad, y además a los de sus hijos y demás descendencia, han sido víctimas en muy poco tiempo de la decepción y la incertidumbre. Ambos, actuando de manera prolongada en el cerebro humano, permiten prever reacciones emocionales negativas, cuya intensidad variará de acuerdo con la vulnerabilidad particular de cada persona. Pero entre esas reacciones, las más frecuentes son la depresión, la disminución y las alteraciones del ritmo biológico, con merma de las energías y de la voluntad.

Así bien podemos explicarnos, desde el punto de vista médico, por qué vemos y sentimos en muchos venezolanos una actitud que semeja al amilanamiento, o al vencido sin esperanzas, luego de tantos esfuerzos fallidos para lograr el objetivo de cambiar su gobierno y su realidad. No es así, es que hay una enorme proporción de venezolanos enfermos, producto directo de una situación que no se resuelve y que los amenaza con invadirlos y lesionarlos cada vez más, a pesar de sus esfuerzos. Skinner, investigador notable de la conducta humana y quien en la década de los cincuenta se hizo acreedor al premio Nacional de Ciencia de los Estados Unidos, precisó —respaldado por un estudio que consumió 250.000 horas de investigación de laboratorio— que hay dos únicas maneras de disminuir la expresión de una conducta humana:

1. Generándole consecuencias aversivas a la conducta.
2. Haciendo que la conducta no logre ninguno de los objetivos para los cuales se emite.

Este régimen, probablemente asesorado por especialistas en esta materia, ha puesto en práctica las anteriores propuestas de Skinner ante las protestas multitudinarias de los venezolanos, lo que representa un mecanismo eficaz y sutil de manipulación psicológica de un pueblo. Un país que hace unas tres décadas mostró la tasa de crecimiento económico más grande del mundo, superando a naciones como Inglaterra y Alemania, es el mismo que hoy se viste de ruina, sin que luego de largos años de revolución pueda mostrar una sola obra importante de gobierno. Esa es nuestra Venezuela, enferma y dominada por una secta política destructiva. Y con tristeza y profundos sentimientos de decepción debemos aceptar que a este proceso se le ha permitido llegar demasiado lejos.

Es un pueblo al que se le ha ido sojuzgando, pero parece que cada nueva mañana más venezolanos repudian y se indignan ante la ruptura de la coherencia en su nación, de las conductas inadmisibles de su gobierno y de las perversas intenciones de éste de oprimirlos. Este venezolano bueno, creativo, solidario y generoso, profundamente lesionado, seguro va a generar con el mismo coraje las ideas y acciones necesarias para rescatar a su nación de este rumbo inaceptable y absurdo. Y el horizonte inmediato de la nación cambiará y nuevos aires y mejores esperanzas aparecerán para todos. Porque mirando la historia del mundo no hay secta ni hay dictadura que no haya sido derrotada por la sociedad que oprime. Si los políticos y los ciudadanos que luchan pidieran a la ciencia un consejo práctico sobre qué hacer, ésta seguramente les diría: "Hagan todo cuanto el líder de la secta les critique, y ejerzan todo lo contrario de lo que les aconseje". Así, seguro irán siempre por buen camino.

LAS SIETE FALLAS QUE NOS HACEN SUMISOS O LA AUTOEVALUACIÓN QUE EVADIMOS ROBERTO DE VRIES

Tratar de escribir sobre la sumisión en el colectivo venezolano es una tarea muy difícil, porque nos coloca en la posición de revisar dónde están nuestras debilidades fundamentales, para luego concluir que, en forma optimista, la gran mayoría de ellas pueden ser superables una vez que se tenga una clara percepción del por qué están, cómo se manifiestan y para qué se han establecido como parámetros a lo largo de los años. Para algunos, incluido yo, esta no es una experiencia agradable pero sí fundamental como una contribución a nuestro autoconocimiento como pueblo, con nuestras peculiaridades que, finalmente, nos recuerdan que está conformado por seres humanos y que, por lo tanto, no somos ni mejores ni peores que otros pueblos. Como una forma rápida de abordar todos los elementos que creo influyen en nuestra sumisión, están los siguientes puntos que posteriormente trataremos de entrelazar para verlos como una realidad que al ser sistematizada, pueda ser más fácilmente comprendida y a la vez mejorada.

Primero, es posible describir, de acuerdo con lo que he percibido tras años de observación e intervención en nuestra realidad colectiva, lo que se podría calificar como nuestra incorrecta forma de vivir los llamados "tres tiempos", lo que nos hace concluir que tenemos problemas con nuestro pasado, incapacidades severas en nuestro presente y miedo a nuestro futuro. En segundo lugar, pienso que muchas veces no tenemos ni la instrucción ni la educación necesaria para realizar los debates que tanto nos gustan y que tanto necesitamos, entendidos éstos como las comunicaciones que nos permiten ganarle al otro y a sus puntos de vista a través de una sólida argumentación y de unas técnicas especiales, que lleven a que la otra parte pierda aunque posea parte importante de la verdad. Esto se traduce en un gran y creciente miedo a la confrontación.

En tercer lugar, y esto también fundamentado en nuestras investigaciones de los mapas y rutas del poder que realizamos desde hace algunos años, está nuestra marcada incapacidad para amar tanto a sí mismos como a los otros, en

el sentido profundo que implica esta misión de vida y que metodológicamente evaluamos a través de las acciones del “acercamiento”, de la “aceptación” y del “mejoramiento”. En dramáticos resultados, los venezolanos –de acuerdo con los resultados que hemos obtenido–, fundamentamos nuestro amor en el acercamiento, es decir, en tener al otro, al ser amado, lo más cercano posible pero sin la profundidad de la comprensión profunda de su realidad ni, menos aún, en el mejoramiento sistemático que requiere toda acción amorosa, y que no debe ser confundida con la ayuda que se da en momentos de emergencia. Esto hace que los venezolanos amemos en forma simple, creyendo que lo hacemos en forma compleja y profunda. Decimos amar a todo el mundo, pero la realidad tan sólo nos ocupamos de nosotros mismos y de los más cercanos.

Nuestro mapa de relaciones se caracteriza por cuatro posibilidades relacionales con el otro: los amantes –búsqueda de placer sin compromisos–, amores –relaciones comprometidas y que se dan en los espacios íntimos, generadores de poder–, amigos –relaciones comprometidas y que se dan en los espacios privados– y aliados –relaciones condicionadas por la presencia de ganancias–. En muchas ocasiones, nos mostramos como “panas” –alianzas de convivencia– con quienes buscamos tener capacidad de goce mientras éste sea, por parte de nosotros, utilitario.

Esto se complementa con la incapacidad que tienen algunos de los sectores más evolucionados social y educativamente, para generar contactos profundos con los otros a través de los procesos empáticos –“colocarse en el lugar del otro”– y hologramáticos –“buscar las semejanzas con quien es diferente”–. Por lo general, esto coloca a estos sectores evolucionados en una grave situación, porque al lograr hacer el ejercicio empático sin que se complete con el hologramático, la relación queda como de profundo temor, llegando hasta interpretaciones tan duras y crueles, como la de manifestar rechazo por quien no cuenta con lo que uno tiene.

En cuarto lugar, hemos encontrado que, la mayoría de las veces, enfrentamos los momentos trascendentes con un pensamiento y una metódica metafísica, que coloca fuera de nosotros mismos la resolución. Al colocar fuera de nosotros mismos la solución de los grandes problemas, además de no sentir que estamos realmente capacitados para ello, pensamos que no podemos asumir la responsabilidad que esto requiere. La actitud metafísica, en contra de la actitud científica que tan sólo guía como paradigma a una parte minoritaria de la población, coloca en la externalidad y en la intervención del otro la real solución a los problemas, haciendo que tanto los individuos como los grupos que muestren una evidente internalidad generen un alto liderazgo.

En quinto lugar, la clase política dominante continúa en el dominio de un discurso social que trata de lograr, mantener, incrementar y optimizar su papel y permanencia; en base a la disminución de la presencia de valores comunes a menos que no sean los ideológicos. Mediante el fomento hacia a la desconfianza en el otro y a la incapacidad para unirse de manera independiente para el logro de objetivos diversos, esta clase política busca valores comunes a través de la capacidad de coacción y de influencia –en todos y cada uno de los sectores– y tanto en el control como en el manejo de la información.

El sexto elemento es la dramática mezcla de un esquema que valida como superior el patriarcado, dándole valor a la figura masculina omnipotente pero que, por no estar presente ni estructural ni funcionalmente en la realidad cotidiana de la mayoría de los hogares, ha tenido que convivir con un gran matricentrismo que, en la práctica, se muestra como la realidad que nos ha hecho sobrevivir como sociedad. De esta mezcla de patriarcado con matricentrismo, surge un venezolano en ocasiones confuso con el papel y el poder de cada uno los roles que juegan los sexos, y que en el fondo libra una lucha alrededor del poder del hombre, cuya presencia se percibe como fuente de poder a pesar que racionalmente no acepte ni se muestre de acuerdo con ello.

Séptimo, desde el punto de vista emocional el venezolano gira alrededor de la alegría, a la que valora como el sentimiento más importante. Ahora bien, es necesario diferenciar en ella a la “dicha” –capacidad para la clara expresión externa de la alegría y que equivale a la celebración–, el “placer” –entendido como la respuesta de satisfacción interna que se tiene ante un estímulo externo o interno que logre motivar y hacer disfrutar– y la “felicidad” –sentimiento interno de equilibrio que se genera ante la claridad de poseer un bien mayor–. Los venezolanos, por lo general, tratamos de encontrar la alegría a través de la búsqueda de la eterna celebración y del placer pero, y aquí está lo dramático, con un gran vacío de felicidad a la que, aparentemente no llegamos, por el simple hecho de no pensar qué es lo que ella es. Al venezolano buscar y promover sólo la búsqueda de la dicha y del placer para encontrar la felicidad, que además no sabe qué es, tiende a no darle importancia a la presencia de otros sentimientos tales como la “ira”, emoción necesaria para el reto, ni a la “tristeza”, emoción fundamental para hacer consciencia de lo que se es y de lo que es el otro.

Estas siete fallas fundamentales, al ser sintetizadas, nos deben llevar a explicarnos el por qué, el cómo y el para qué se presentan en nosotros actitudes

y conductas de sumisión. A continuación, un esquema sintético de esto que hemos denominado siete fallas o debilidades fundamentales en el venezolano.

1. Problemas con los tres tiempos

- a. Pasado: ausencia de revisión histórica crítica con alta justificación, lo cual genera actitudes superficiales.
- b. Presente: incapacidad para resolver problemas graves, con la sensación que se van agravando a medida que pasa el tiempo y los diferentes gobiernos.
- c. Futuro: legitimación –para qué se vive– fundamentada en sueños y no en proyectos, lo que daña el sentido de misión. Esto se agrava con la ausencia de destino en los principales liderazgos.

2. Fallas comunicacionales

- a. Incapacidad para el debate productivo y hacer todo lo posible para establecer el debate impositivo, que se obtiene con la tenencia y la ostentación del poder.
- b. Incapacidad para el diálogo, es decir, para encontrar la verdad compartida a partir del buen fundamento que nos genere un buen capital social.

3. Amor simple fundamentado en el acercamiento

- a. Relaciones de aliados-amantes sin que se generen relaciones de amor que tengan las tres acciones fundamentales. Amor superficial que, además, se visualiza como profundo.
- b. Empatía sin holograma. Capacidad –en especial en el liderazgo– de colocarse en el lugar del otro pero sin mostrar identificación emocional.
- c. Comprar compañía para no quedarse solo.

4. Paradigma metafísico que genera externalidad

- a. El entorno va haciendo nuestras vidas.
- b. El destino de otros va generando la validez o no de nuestras propias vidas individuales, familiares y comunales.

5. Ausencia de capital social

- a. Capital político hipertrofiado, que trata de adueñarse y manejar al capital social.
- b. Ausencia de valores comunes compartidos o de su conocimiento y conciencia para que actúen como tales.

c. Incapacidad para creer en el otro venezolano.

d. Incapacidad para asociarse en forma comprometida y generar fuerza.

6. Patriarcado con matricentrismo

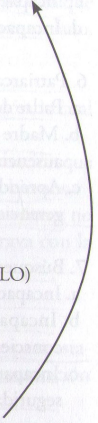
- a. Padre deseado pero ausente.
- b. Madre amada pero dominante, la mayoría de las veces resentida por la ausencia de un verdadero compañero.
- c. Aprendizaje del doble vínculo permanente como esquema básico para gerenciar la vida individual, familiar, privada y pública.

7. Búsqueda de dicha y placer para buscar alegría

- a. Incapacidad para utilizar a la ira en forma constructiva para el progreso.
- b. Incapacidad para utilizar a la tristeza en forma constructiva para la consciencia.
- c. Incapacidad para utilizar al miedo en forma constructiva para lograr la seguridad.

Al tratar de sistematizar esta secuencia para comprender, en un acercamiento teórico, lo complejo de nuestra realidad, observamos cómo ella se inicia en la incompreensión de los tres tiempos vitales de cualquier persona, lo que hace que guiemos nuestra existencia con criterios sólo metafísicos y que colocan nuestro centro de control fuera de nosotros –externalidad–. Esto provoca que nos ubiquemos existencialmente en un eterno presente, donde la ausencia de un conocimiento pensado y discernido sobre lo que es la felicidad, nos limita a la búsqueda constante sólo de la celebración y el placer. Esta situación termina por generar grandes fallas comunicacionales con los otros.

En ausencia de capacidades para el diálogo o encuentro de la verdad compartida, tendemos entonces a establecer dobles vínculos en la gran mayoría de nuestras realidades, entre las que sobresalen la convivencia de un gran patriarcado que convive con un matricentrismo que nos atemoriza ante los requerimientos del amor, expresándolo tan sólo con acercamiento con los demás. Todo esto, finalmente, va a generar un dramático déficit de capital social, entendiendo que éste –tal como lo expresa Putnam– es la tenencia de valores comunes, la capacidad para confiar en el otro y la capacidad para asociarse libremente. Al final de la cadena, esta ausencia de capital social termina reforzando, a manera de circular retroalimentación, la no adecuada comprensión de los tiempos que vivimos.

1. INCOMPRENSIÓN DE LOS TIEMPOS (HUIR DEL PASADO)
 - ↓
 2. PARADIGMA METAFÍSICO (ESCAPAR DEL FUTURO)
 - ↓
 3. BÚSQUEDA DEL ETERNO PRESENTE (DICHA Y PLACER)
 - ↓
 4. FALLAS COMUNICACIONALES
 - ↓
 5. PATRIARCADO CON MATRICENTRISMO (DOBLE VÍNCULO)
 - ↓
 6. AMOR SIMPLE (ACERCARSE SIN ACEPTAR NI MEJORAR)
 - ↓
 7. AUSENCIA DE VERDADERO CAPITAL SOCIAL
- 

Enfrentar la sumisión supone utilizar la capacidad que tenemos, cada uno de nosotros como personalidades individuales o colectivas, para intervenir, de acuerdo con nuestra área de conocimiento, experticia, motivación y preparación, en cada una de estas fallas fundamentales, tratando de comprender el por qué se han dado y el para qué se mantienen a pesar del daño que ocasionan, generando círculos de retroalimentación negativa que nos cultivan desesperanza aprendida. Este enfrentamiento con la sumisión pasa por afrontar algunas tareas y retos específicos, como los que describimos brevemente a continuación.

ILUMINAR EL PASADO

La revisión completa de nuestra historia, debe ir a la par de una clara justificación que nos explique y nos haga sentir satisfechos con ser lo que somos por lo que hemos sido. Si, como en nuestro caso, la justificación es mayor que la revisión, tendremos una superficialidad que nos dará grandes incapacidades en el presente y que, además, nos impedirá realizar una adecuada legitimación que nos responda como sociedad “para qué somos”, “qué somos ahora” y nos modifique en lo que queremos ser.

El no tener una clara revisión de lo que hemos sido, se expresa a través de una identidad superficial que nos coloca en el peligro de que alguien

pueda, en forma interesada, imponernos una historia falsa. Todo aquel que no tiene un enfoque claro de los tiempos que es y ha sido, está destinado a padecer una clara sumisión ante quien sí tiene un claro proceso de identidad surgido de una continua revisión crítica de su pasado, o ante alguien que por su propia confusión o necesidades invente una historia que le convenga.

TENER FUTURO PROPIO

La presencia y predominancia de un paradigma metafísico en la visión de la propia existencia individual y colectiva, no es negativa por sí misma. Lo negativo es que este paradigma no se acompañe por una visión clara de sus límites, más allá de los cuales ese paradigma exclusivamente metafísico se transforma en un obstáculo para el logro a través de la lucha y del esfuerzo. Con un enfoque del futuro hecho sólo o predominantemente en base de sueños y deseos que no podrán lograrse sino con ejercicios de planificación realista, toda la legitimación existencial estará basada en misiones hermosas pero imposibles. En este punto es importante diferenciar lo que es una “misión” que nos legitima al contestar de manera clara y contundente el para qué se sigue viviendo o haciendo lo que se hace, del concepto de “destino”.

El destino al contrario de la misión, nos hace ver—desde el futuro—todo lo que hemos sido, somos y seremos, en línea con la consecución de un objetivo superior o trascendente. Cuando alguien tiene clara una misión pero sin un adecuado concepto de destino, la pérdida de ella es una tragedia casi insuperable; por el contrario, cuando se tiene claro un destino, aún sin que se tenga una clara misión, se pueden soportar las más grandes adversidades, entendiéndolas como parte de la dinámica o, por el contrario, ser un permanente esclavo.

La sumisión es una de las consecuencias de poseer una realidad de legitimación que no tenga las suficientes bases en proyectos concretos y realizables, o que no genere un proceso de perfeccionamiento personal y social con clara visión sobre lo que se tiene que hacer hoy para lograr ser quien se quiere ser mañana. Quien no tiene claridad de futuro, es o estará sometido a quien sí lo tenga.

SUPERAR EL PRESENTE ETERNO

Los dos puntos anteriores nos llevan a desencuentros importantes tanto con el pasado, por nuestra superficialidad, como con nuestro futuro por nuestros excesos de sueños que, sin fundamento de planificación realista, nos llevan a contar tan sólo con el “siempre presente” que hay que vivir

LA INCOMPREENSIÓN DE LOS TIEMPOS FUERA DEL PASADO

intensamente desde el punto emocional, sin que intervengan tanto la parte racional como la psicológica. La imperiosa necesidad de conectarse con la vida tan sólo en base a la alegría, que aparece cuando las oportunidades que nos da el entorno cuentan con el respaldo de nuestras propias fortalezas, nos lleva a la búsqueda imperiosa de la “dicha” o “celebración” que nos haga estar y mostrarnos contentos, y del “placer” que desde afuera nos de satisfacciones que siempre terminarán siendo instantáneas. El drama estriba en que, como pueblo, no hemos encontrado una verdadera y profunda conexión con el pasado y con el futuro, por lo que necesitamos contactarnos en forma hedónica y compulsiva con la alegría.

La sumisión aparece, de manera dramática y hasta paradójica, cuando por tener alegría –dicha y placer– en el presente tenemos que obedecer –al precio que sea– a quien nos la pueda dar, aunque por ello terminemos sumiéndonos en el dolor. En esta situación paradójica es cuando pueden comenzar las realidades masoquistas, entendiéndolas como la capacidad para obtener, mantener y optimizar la dicha y el placer en situaciones de dolor. Por ello, la limitación al “siempre presente” es peligrosa para los valores éticos del ser humano y, en especial, cuando dichas y placeres se buscan al precio que sean para mantener un equilibrio en el presente.

DEBATIR LUEGO DE DIALOGAR

Como consecuencia de todo lo anterior, surgen las fallas comunicacionales en el sentido de no saber o poder establecer comunicaciones diferentes a la conversación o al monólogo, o en las que, por falta de entrenamiento, no se puedan hacer diálogos que busquen verdades comunes, o debates en los que no se impongan las razones a través de la fuerza o del chantaje. Si las personas o grupos no poseen la suficiente claridad sobre sus fortalezas y debilidades, sobre sus certezas y sus dudas, y sobre su pasado y el futuro que persiguen, tienden a generar expresiones comunicacionales básicamente ofensivas, tratando de mostrar (me) poder a través de la imposición que le hago al otro o, por el contrario, de posiciones de gran defensividad y sumisión.

CONCIENTIZAR LOS DOBLES VÍNCULOS

Sobrevivir como victimario o víctima, de acuerdo al poder externo que se tenga en un momento determinado, lleva a que se generen, crezcan y se desarrollen las vinculaciones y, posteriormente, las realidades de doble vínculo que pueden ser asociadas tanto a las contradicciones como al manejo de las ambigüedades. Todos los pasos anteriores van generando un estar en

dos aguas en forma permanente, que van fluctuando entre el ser y no ser, el estar y no estar y el hacer y no hacer, de acuerdo con el rol de poder que se vaya teniendo, ya sea de una pobre víctima o de un poderoso victimario.

El doble vínculo que se comienza a desarrollar a partir de esta doble relación, nos genera vínculos de deseo y rechazo, y puede conllevar también a la generación de una sumisión permanente, y típica de las relaciones de dependencia en la que una víctima es sumisa a un victimario poderoso del cual teme. Al mismo tiempo, también el victimario se hace sumiso frente al peligro permanente que significa la desaparición de su víctima, lo cual implicaría la pérdida de su poder. Cuando se toma consciencia plena de las situaciones de doble vínculo con un mayor conocimiento de sí mismo, las situaciones que tienen esta realidad como característica fundamental, se transforman en una oportunidad para la creatividad, para la generación de nuevos enfoques de enfrentamiento y solución.

AMAR CON TRES ACCIONES

La consecuencia humana más importante e impactante se encuentra, de esta manera, en la incapacidad para generar y desarrollar una capacidad amorosa plena, la cual desde el punto de vista metodológico, identificamos con la presencia y el cumplimiento de las acciones de acercamiento, aceptación y mejoramiento del amado. La sumisión puede estar presente en esta realidad cuando no somos amados en la misma forma como queremos amar y desearíamos ser amados. Ser esclavos de un mal amor equivale a generar y mantener el “amor-odio” como vínculo fundamental, en el cual toda personalidad se vuelve cada vez más vulnerable a los sentimientos duales que se suscitan, impidiendo que se resuelvan situaciones que podrían ser sencillas de enfrentar y resolver.

HALLAR UBUNTUS

La ausencia de capital social es una de las realidades más dramáticas que puede tener cualquier grupo humano, pues coloca a ese colectivo en una situación de vulnerabilidad social que lo hace sensible a ser dañado por una gran cantidad de elementos que, en caso contrario, no pasarían de ser unas amenazas que fácilmente podría ser neutralizada con mínimos esfuerzos. Este déficit importante de capital social que se percibe en el país contribuye de manera decisiva en la generación de sumisión de muchos venezolanos, quienes ostentan el poder político, como forma sustitutiva para satisfacer aquella ausencia del capital social. Se hace entonces necesario buscar y esti-

mular la presencia de líderes sociales que, al tiempo que marcan una adecuada distancia con el poder político imperante, tomen clara conciencia de la importancia de los valores compartidos con el resto de los venezolanos.

Según nuestras investigaciones, el perfil del *ubuntu* (o líder social) debe poseer al menos las siguientes cualidades: amabilidad (respeto a la dignidad del otro), compañía (solidaridad), conexión (unión), discreción (confianza), belleza interior (ética) y generosidad (bondad). Además, debe ser percibido como fomentador de libertades (democracia), generador de oportunidades (prosperidad), referente (modelo de logros) e inclusor. Sólo la necesaria difusión de estos valores a través del modelaje y el accionar de estos nuevos líderes sociales alternativos, en los diferentes espacios de la realidad nacional, pueden constituirse en una barrera de contención a elementos psicológicos que, como los vistos en este capítulo, se esconden detrás de las conductas de sumisión.

SUMISIÓN POLÍTICA VERSUS LIBERACIÓN POPULAR?

ALEJANDRO MORENO

La edición de *El Nacional* del domingo 2 de septiembre del convulso 2007 venezolano, en que me dispongo a pergeñar estas líneas para salir lo más airoso posible—entre dudas e inseguridades múltiples, del compromiso en que la amistad y el no sé si merecido aprecio de ilustres colegas me han metido—abunda en sugerencias que de una u otra manera apuntan al tema que me va a ocupar.

Consalvi, en su semanal columna, nos invita a no “llamarnos a engaño porque comenzaríamos por mentirnos a nosotros mismos”. Siempre, pero sobre todo cuando la urgencia que el sucederse de los acontecimientos se convierte en el clima dominante de una sociedad y en ella—los que por dedicación, pasión o angustia, la interrogan momento a momento—el autoengaño y la automentira acechan al pensador en cada esquina del espacio y en cada recoveco del tiempo. La mejor defensa ante esos peligros es la pregunta que surge de la sospecha o de la simple, consciente y reconocida ignorancia. ¿Qué hay de la “sumisión”?

Massimo Desiato, después de comprobar la extendida opinión según la cual “aquí nunca pasa nada”, opinión que relaciono con la afirmada “sumisión” sobre la que se apoya el objeto de nuestro estudio colectivo, concluye: “Pero, si es verdad que aquí nunca pasa nada, eso es ya algo, porque aquí algo debería pasar, y si no pasa es porque algo sucede que impide que pase”. ¿Cuál será, si lo hay, ese tan repetido algo? Si la pregunta anterior a ésta tenía como objeto la aparentemente no interrogada ni puesta en duda sumisión, esta pregunta se habrá de dirigir hacia la suposición de obstáculos o impedimentos populares—lo popular es mi ámbito y tarea específicos— a esa misma sumisión.

Alberto Barrera, inseparable compañero en página de Consalvi, a partir de un hecho y experiencia de vida, avanza y sugiere una hipótesis explicativa y que responde a ese “algo” de Desiato. Barrera original en su forma, coincide en el fondo con lo que muchos otros suponen pueda apoyar cier-

ta liberación o impedir proyectadas tiranías. Con el deseo de infringir una regla de tránsito, confiesa Barrera, se enfrenta al funcionario que quizás se lo pretenda vetar: “¿Aquí se puede cruzar hacia allá?, le pregunto, moviendo patrióticamente los labios hacia mi mano izquierda. El oficial duda un segundo, observa el trío de luces que parece flotar en el cielo y, luego, vuelve a mirarme y me dice desdoblado una sonrisa: es a su riesgo, maestro”. Con ironía y humor un tanto negro, el articulista concluye: “La legalidad es un azar. Quizás ahí también hay una definición de la venezolanidad: la espontaneidad puede ser una norma”. ¡La venezolanidad! Recurso muy socorrido para explicar muchas cosas, las que sin duda explica y las que no explica pero que a muchos les gustaría que explicara. Habrá que preguntarse por ella y a ella preguntarle.

El maestro Carrera, desde la historia nacional en la que ejerce indiscutido magisterio, señala “dos circunstancias que militan a favor de la democracia” o, digo desde mi rincón, la liberación de esa llamada sumisión política. “Una es ese contingente fortísimo que es la mujer venezolana, que, por primera vez, se la está jugando; y el segundo factor es que, a diferencia de otras sociedades de América Latina, nosotros podemos recordar la democracia”. La memoria histórica.

Reconocer a alguien como maestro en un campo, no supone negarse a hacer preguntas, desde otros o desde el mismo si se tiene competencia, a sus afirmaciones. Si las opiniones de los columnistas y entrevistados de *El Nacional* son una buena muestra —no caer, por favor, en las rigideces de la tradicional estadística— de lo que preocupa hoy a quienes reflexionan sobre la marcha de nuestra sociedad, y reflejan lo que se ventila en las conversaciones, polémicas e intercambios del discurrir cotidiano de la población venezolana, y estoy convencido de que así es, resulta pertinente y hasta quizás necesario incidir y reincidir en ello desde distintos enfoques y desde diferentes preguntas.

Empiezo por someter a cuestión y poner en duda el tema propuesto. ¿De dónde parte el planteamiento, de qué lugar social, cultural y epistemológico, esto es, en el marco de cuál horizonte de sentido, brota y adquiere significado? Resulta fácil entender que tanto el concepto de sumisión como el de liberación tienen su ubicación integral en el mundo conceptual de los intelectuales que así se lo plantean, o nos lo planteamos, y en este contexto no puede ser de otra manera.

Sin embargo, los dos términos centrales y sus significados son ubicados en el pueblo y a él referidos. Vienen de fuera sobre el pueblo y para el pue-

blo. ¿El pueblo venezolano vive sumisión y liberación y, si lo vive, cómo lo vive; tienen para él algún sentido esos conceptos o cuál sentido tienen? ¿Es posible por tanto pensar algo así como liberación de la sumisión en términos propiamente populares? ¿Y si la liberación que nos preocupa aquí es política y actual, en cuanto se define como liberación de las influencias de la “élite gobernante”, qué contenido, ahí, todo ello puede tener? ¿Cabe en el imaginario popular venezolano un término tal como el de iniciativa y de qué forma cabe, si es el caso?

Y previo a todo, ¿de qué hablamos cuando decimos pueblo venezolano? Una discusión a fondo sobre ello sería larga y nos alejaría del propósito específico de estas páginas. Es claro, que si nos ponemos a elaborar una definición precisa de pueblo venezolano, nos perdemos en infinidad de disquisiciones, pero resulta claro también que cuando decimos pueblo venezolano todos sabemos, aunque no sea sino de manera intuitiva, de lo que hablamos. El conocimiento intuitivo no es inferior en valor nocional al más elaborado, ni menos comunicativo. Me refiero, pues, a lo que comúnmente entendemos por pueblo en términos sociológicos y antropológicos, esto es, a ese mayoritario grupo de venezolanos que vive en los barrios de nuestras ciudades y en otros lugares análogos a ellos en similares condiciones globales de vida.

Largos años de convivencia e “invivencia”, como conviviente e investigador, en el mundo popular y con él, me permite atreverme a preguntar lo que arriba he preguntado y a desarrollar intentos de acercamiento a respuestas posibles desde ese mismo mundo aunque sea como pretensión. Es la manera de pensar que —se me ocurre— puede protegerme de caer en el autoengaño y la automentira de los que nos advertía Consalvi. Esa ya prolongada experiencia ha llegado a convencerme de que en Venezuela coexisten y discurren paralelos sin encontrarse, dos mundos-de-vida y estructuras culturales completamente distintos en cuanto se soportan, sostienen y encuentran sentido en prácticas de vida cada una de ellas perteneciente a horizontes vitales, conceptuales y hermenéuticos externos el uno al otro. Son ellos el mundo-de-vida de la modernidad venezolana, propio de los sectores dirigentes en sentido amplio, y el mundo-de-vida del pueblo tal como a éste lo he identificado.

Si esto es válido, lo que expresa en su lenguaje, y en idioma castellano, uno de esos mundos es distinto de lo que expresa en el suyo y en ese mismo idioma el otro. Esto es válido para todo lo que constituye el universo conceptual, emocional-afectivo, ético-valorativo, volitivo y humano en general. Así, las preocupaciones del uno no coinciden necesariamente con las del

otro y, cuando parecen coincidir, lo hacen de distinta manera, con distinto sentido y con diferentes contenidos. Un mundo, en efecto, puede tener una preocupación por la realidad política del país común a ambos y que ambos viven y el otro no tenerla o vivir al respecto algo que puede nombrarse de la misma manera pero ser totalmente distinto.

Lo que dan a entender los temas de este libro y los contenidos de quienes opinan en la prensa, como he señalado para *El Nacional*, es que el sector de población integrado al mundo-de-vida moderno está muy preocupado porque se encuentra convencido de que nos amenaza una dominación política, una omniabarcante tiranía, aborrecida y hasta ahora no experimentada, cuya inminencia y posibilidad de realización se apoyaría, por lo menos en buena parte, sobre la ya mentada actitud y postura de sumisión atribuidas al pueblo.

Ese pueblo hasta ahora no parece compartir esa preocupación. Se diría que le ha asustado poco la posibilidad de una dictadura y, para decir lo menos, no ha estado dispuesto a resistirla. Los mundos venezolanos no se encuentran y cada uno elabora desde sí y desde su propio horizonte interpretativo la percepción del otro. “Es que tenemos un pueblo muy sumiso”, dicen los modernos; “ellos defienden sus intereses”, parece decir ese pueblo. Éste no se percibe ni se siente sumiso; aquéllos creen defender los intereses de todos. En esta convicción y cargados de la angustia que un futuro aterrador les produce, estos venezolanos se han embarcado en iniciativas de amplia, continuada y riesgosa, hasta mortal, resistencia.

Esa resistencia los analistas políticos y los científicos sociales no la ven en el pueblo; de ahí concluyen atribuyéndole una sumisión tal, que a veces uno se pregunta si no la considerarán genéticamente o racialmente determinada.

Quizás estos pensadores se manejan con una imagen de resistencia ante la opresión, a partir de acontecimientos masivos de fuerte confrontación, en numerosos y variados escenarios a lo largo de la historia en distintos países. En nuestra historia nacional, los movimientos populares más o menos masivos de confrontación política, cuando han podido ser pensados como liberadores de opresión, siempre se han producido de manera secundaria, es decir, siguiendo a otros que han tomado la iniciativa de primeros como, para poner ejemplos, fueron los mantuanos en la Independencia y, en nuestros días, los militares contra la dictadura de Pérez Jiménez.

¿Habrá que entender, entonces, la conducta política popular en términos de resistencia-sumisión, o lo que es igual, liberación-sumisión? ¿Podemos hablar de resistencia en la historia remota y próxima de nuestro pueblo? El

término tiene en la última edición del Diccionario de la Real Academia, once acepciones, nueve en activa, en cuanto “acción y efecto de resistir o resistirse”, y dos en pasiva. Todas las activas implican diversas formas de oposición y lucha. De las dos pasivas, una significa renuencia a hacer o cumplir algo y la otra, referida a las máquinas, dificultad para el funcionamiento y efecto útil. Resistir, por otra parte, en el mismo diccionario, además de las acepciones que implican oponerse activamente, tiene las de: pervivir, aguantar, durar.

Si nos atenemos a este último sentido —pervivir, aguantar, durar— hay un término que, si recurrimos a la etimología, expresa mejor que resistencia la postura y actitud colectiva de nuestro pueblo: “insistencia”. Tanto resistencia como insistencia provienen del latino *sistere* que significa mantenerse en su sitio. Quien resiste defiende su puesto activa y repetidamente actuando hacia fuera contra el ataque, quien in-siste permanece firmemente fijado al lugar, clavado en él. El prefijo *in* tiene en latín el doble significado castellano de en (estar) y a (mover hacia). Unidos ambos en el *in* de insistencia nos hablan de un movimiento hacia dentro y hacia el fondo. Así se dura en la pervivencia, aguantándose.

Una estructura cultural sólida, un mundo-de-vida, como el popular, perdura in-sistiendo en su identidad y así puede decirse que resiste. Lo que no supone negación de esa identidad, en cuanto forma y mundo de vida, es circunstancial, pasajero y, sobre todo, es el caso de los regímenes políticos, perteneciente a otro mundo o al mundo-de-vida de otros. Con él se puede negociar en la práctica cotidiana y de él se pueden aprovechar algunos bienes como programas de diverso tipo. Estos programas, una inversión económica, un proyecto de mejora o cualquier otro, llegan al pueblo, pero la gente los utiliza a su manera, los acomoda a su forma-de-vida si se lo permiten. Para eso negocia. Si no le permiten adecuarlos a su mundo, deja que hagan y ya llegará el momento, cuando los promotores externos se vayan, de saber qué hacer con todo ello, de darle la utilidad que mejor convenga.

Aquí interviene un mecanismo de resistencia-insistencia muy denotado por nuestras élites, la llamada viveza criolla. Vista desde el pueblo, en cambio, la viveza no es sino el ejercicio eficaz de la inteligencia para eludir el sometimiento directo al dominador, burlar sus intenciones y persistir en la propia forma de vida. Ordinariamente es un ejercicio más personal que colectivo, pero a veces puede ser también una práctica de grupo. ¿Puede la viveza pasar de un mecanismo personal y de pequeño grupo a instrumento político de liberación de todo un pueblo?

Como parte de la viveza o junto con ella han funcionado tradicionalmente varios otros mecanismos populares con los cuales mientras se evita la confrontación directa, se elude la sumisión al poderoso, desde el marrullero “pasar agachado” o el “echar carro” a la directa ruptura sin aviso y sin palabra; esto es, el simple desaparecerse de la escena cuando no se ven posibilidades o capacidades personales de negociar. Semejante manera de actuar no la entiende quien desde fuera del mundo-de-vida popular programa, observa, actúa sobre él y no logra los resultados que programó y espera. No tiene otra opción que atribuir su fracaso a condiciones negativas de la gente del lugar.

Esta manera pasiva —no tanto, pues supone una fuerte actividad hacia dentro— es la que ha practicado el venezolano popular a lo largo de toda nuestra historia. Puede decirse que la resistencia, en este sentido, es intrínseca al vivir del venezolano. Las dictaduras y tiranías que hemos tenido no han intentado directa y activamente imponerle un cambio sustancial de su mundo-de-vida, ni siquiera el afrancesamiento de Guzmán Blanco. Algunas, incluso, como la de Gómez, en lo que al pueblo se refería —no, por cierto, en cuanto a las élites modernas, modernizadas y en proceso de modernización— le estaban muy cercanas en las prácticas de la cotidianidad, en el lenguaje, en la manera de enfocar la vida y en la cultura en general. ¿No será por eso por lo que no han sido directamente enfrentadas por las masas populares?

Si en lugar de dictadura, tenemos un régimen de democracia, siempre será mejor. La democracia, sin embargo, también es asunto del otro mundo-de-vida; al fin y al cabo, asunto de élites. La democracia, lo mismo que esas dictaduras, no impone directamente y en forma compulsiva y violenta formas de vida contrarias a lo que los sectores populares sienten como suyo. Con ella se negocia, se dialoga y, aunque también intenta imponer valores del mundo moderno que pueden entrar en contradicción con los populares, lo hace al ritmo de la gente, precisamente porque no puede negar la libertad como núcleo significativo de su propia esencia. Prefiere convencer antes que obligar.

Estamos hablando de la democracia liberal y del sistema económico capitalista o de mercado, que es lo que hasta ahora se ha experimentado en Venezuela. Ahora bien, el sistema capitalista, por muy liberales formas políticas que asuma, puede en su propia evolución llegar a poner en jaque contenidos fundamentales del mundo-de-vida popular. Esto sucedió cuando, ateniéndose a su propio ritmo y dejando de lado el de la gente común, se dio un intento neoliberal de cambiar profundamente la vida de toda la población, y por ende, también de los sectores populares. Puede decirse que la gente, pueblo y parte de las élites paró en seco el intento el 27 de febrero de 1989.

¿Qué fue, desde el pueblo, el 27-F? No fue un acto directamente político aunque pueda verse como tal en manera implícita; fue un saqueo justificado y una fiesta en la que se comparten unos bienes fortuitos, algunos se conservan y se guardan como presa y otros se los consume en una celebración orgiástica. Fue la ampliamente compartida fruición de la relacionalidad del venezolano en alegre, despreocupada, desinhibida y gozosa diversión. No hubo violencia contra personas ese día de anarquía celebrativa, sólo dispendio de cosas. La violencia llegó después, ya en la noche, cuando el otro mundo, el mundo del orden, de la seriedad, de la razón organizadora, de la previsión y programación del tiempo, en nombre de la democracia, peligrosamente en jaque, salió por sus fueros sin contemplaciones. El suyo sí fue un acto político y no sólo económico.

La confrontación directa se dio entre ambos mundos, en cada uno de ellos a su propia manera. El de las élites se impuso pero pronto dejó de lado el enfrentamiento y poco a poco, con métodos aparentemente suaves fue imponiendo, no tenía más remedio, transformaciones de la realidad económico-social. Éstas incidían sobre costumbres importantes del pueblo, el cual por un lado las iba acomodando a su propia manera de vida y por el otro las anulaba, sin enfrentarse, insistiendo insumiso, mientras se iba alejando cada vez más de quienes se las imponían, de sus instituciones, sus organizaciones, sus maneras de pensar, su política, sus líderes, hasta que se le abrió una ventana por la que pudo atisbar otro paisaje con imágenes, luces y colores que percibió familiares, cercanos y de su mundo, un paisaje político por primera vez totalmente distinto del ajeno muy visto y experimentado.

La democracia liberal hasta entonces había sido percibida como una manera de vivir que no chocaba con la manera de ser del venezolano. El planteamiento neoliberal, al contrario, exigía un cambio cultural, exigencia que en cierto modo podría expresarse como: o cambias de manera de ser o no podrás vivir. El nuevo liderazgo de finales de siglo en su discurso, en su proyecto político, visto como proyecto de vida popular, viene a representar para el pueblo el reencuentro entre ser demócrata y seguir siendo pueblo, eso que había empezado a ponerse en duda, porque ese nuevo liderazgo le pertenece, está conformado por gente que puede ser vista como de él en sus palabras, sus gestos, sus maneras de comportarse, las emociones y actitudes que manifiesta, etc.

Hay que tener muy en cuenta que para el pueblo la democracia conocida y experimentada no es de por sí esencial; es prescindible. Se puede vivir sin democracia. Lo ha experimentado. Lo imprescindible es el propio mundo-

de-vida. Si un régimen dictatorial en política no toca ese mundo, lo dejar vivir, no pasa de dictadura política a dictadura cultural, se puede convivir con él. Por supuesto, la democracia es mejor pero sigue siendo ajena. Lo propiamente popular sería un régimen político construido sobre la relación constitutiva del venezolano, pero eso nunca ha existido ni se avizora en el horizonte. Si seguimos esta línea de discurso, análisis y razonamiento, se nos cae el presupuesto de partida, esto es, la asunción de que tenemos un pueblo sumiso ante la dominación de las élites.

Hasta ahora, esta actitud colectiva ha funcionado precisamente porque el desencuentro entre los dos mundos, su discurrir paralelo, se ha mantenido y no ha llegado a encontronazos frontales. El problema se va a presentar cuando se dé, y si se da, sin contemplaciones, como parece proyectarse, la presión directa encaminada a cambiar aquello que el venezolano siente, vive y percibe como parte esencial de su vida. Aplacemos por ahora, este nuevo argumento. Vayamos más bien al punto de partida, al momento en el que los vínculos sociales y, por ende políticos, dan sus primeros pasos en la vida del venezolano popular. Tenemos que rastrearlos en el seno de la familia matricentrada, núcleo de su mundo-de-vida.

La primera relación para todo ser humano es la relación con la madre, pero en familias triangulares, padre-madre-hijo, esa relación matricentrada es muy pronto competida por la presencia del padre y luego de los hermanos. El primer vínculo se diversifica, se multiplica en otros, cada uno de los cuales adquiere sus propias características y su propia funcionalidad. En la familia matricentrada, de la cual está ausente el padre y constituida, por tanto, de dos componentes, madre-hijo, no triangular sino binomial, el vínculo con la madre reina solitario y sin competencia. Incluso los vínculos con los hermanos están centrados en la madre como en el vértice de una pirámide, de modo que cada uno se vive hermano del otro a través de ella y no directamente.

Esta relación matricentrada es de tono predominantemente afectivo. Vista desde la mentalidad moderna, se trata de una relación auténticamente tiránica en cuanto domina completamente en ella la voluntad absoluta de la madre, el puro "yo quiero" y "porque yo quiero". Pudiera ser un "yo quiero", totalmente irracional y arbitrario, pero como práctica cultural no lo es sobre todo en cuanto está atravesado por una racionalidad afectiva —no es contradicción aunque lo parece— para el hijo, no expresada, que está mediando de hecho, esto es, que el "yo quiero" de la madre no puede ser sino bueno para él.

Visto desde las prácticas de vida del mundo popular, lo que desde el otro mundo no hay más remedio que interpretar como dependencia o sumisión a la tiranía materna, se ha de entender como confianza fuera de toda posible duda inmersa en una afectividad totalmente aseguradora. La psicosocialidad, si así la podemos llamar, del venezolano de nuestro pueblo se forma ahí y se forma así, de modo que todos sus vínculos sociales futuros estarán marcados por una racionalidad afectiva y una funcionalidad sólo pensable en el continuo confianza-desconfianza. No vínculos de sumisión-liberación o dependencia-independencia, propios de la vinculación entre individuos, sino de confianza-desconfianza, propios de quienes están constituidos como personas relacionales convivenciales.

Así, en la estructura misma de la familia matricentrada y en la relación madre-hijo, ese vínculo jerárquico intrafamiliar, podemos entrever alguna explicación a la constitución, poco transparente a un observador tradicional, de la manera en que funcionan las relaciones socio-políticas venezolanas. A esta relación madre-hijo, hay que añadir la comprensión de cómo funciona el sistema de hermanos, primera experiencia de vínculos entre iguales y no jerárquicos. La gran mayoría de los venezolanos populares pertenecen a más de un sistema de hermanos: el sistema de hermanos uterinos y los varios posibles sistemas de hermanos de padre con otras mujeres distintas de la propia madre.

Los hermanos uterinos, no importa que sean de distintos padres, son los verdaderos hermanos. Una es la vinculación con los hermanos de padre, que poco se diferencia de la que se establece con otros familiares, y otra la relación con los hermanos de madre. Esta es relativamente débil de hermano a hermano pero fuerte en cuanto mediada por la madre. Así, no se constituye nunca lo que podríamos llamar una comunidad de hermanos autónoma, unidos entre sí por la vivencia y conciencia de la propia fraternidad. La presencia física o simbólica de la madre es el vínculo fuerte de unión entre ellos. Cuando esa presencia falla o se debilita, se diluye la fraternidad como grupo. Desde aquí podemos acercarnos a la comprensión de la manera que tiene el venezolano de formar grupo, desde la constitución de un equipo de trabajo, y por ende de una agrupación política, hasta la de una banda de delincuentes. También entre estos últimos es el continuo confianza-desconfianza el marco en que adquieren sentido los vínculos.

Sobre la base de la familia matricentrada, podemos avanzar una explicación-comprensión del liderazgo en general y del liderazgo político en particular en el seno de nuestro pueblo. Ha sido y es frecuente entre los analistas

políticos del período democrático calificar la adhesión de un grupo grande de venezolanos populares a un determinado líder político, desde Betancourt hasta Chávez, como de sometimiento al padre ausente en la familia matricentrada e idealizado, que ese líder simbólicamente representaría. El padre real en la familia popular no tiene ningún significado ni desempeña otro papel que el de hacer madre a la mujer y producir, así, una familia, la familia de ella, nunca de él. A partir de esta base real, el padre de la idea, y sólo en este sentido ideal, de la representación psicológica, el padre simbólico, está cargado no de atracción afectiva sino de rechazo, rabia y desprecio. Mal un líder que simbolice un tal padre puede generar adhesiones fuertes.

Si es verdad que en la familia matricentrada no hay padre propiamente dicho, se da, sin embargo, una función o un rol, de tono materno, orientado a la madre y en ella a la familia total—madre e hijos—que de ella recibe la condición de confiable o digno de confianza para todos y que ocupa un puesto análogo, no igual, al del marido de esa madre, y padre, maternizado, de todos sus hijos. Es el hermano mayor que ordinariamente será varón y primogénito pero que otras veces puede ser la hermana mayor así como también cualquier otro varón o hembra. Es la madre, en último término, la que decide ese puesto desde los primeros años del elegido. El puesto, de todos modos, será el de hermano mayor pues no se trata de nada físico sino de algo simbólico.

¿Cuál es el carácter, la cualidad de la relación de los hermanos menores con el hermano mayor? No es una relación de sumisión o dependencia sino una de confianza familiar, en la cual éste sustituye al padre pero no como padre sino como dimensión paterna—especie de masculinización—de la madre, inseparable de ella y de ella derivada. La relación con el hermano mayor es, pues, una relación de familia, hacia adentro, de pertenencia afectiva, de inclusión “entre los míos”. De él se soportan muchas cosas no por sumisión sino por la seguridad de que está comprometido con la familia, para proteger a todos y de él depende la existencia de los otros hermanos y el bienestar fundamental de la madre, que es el único bien que a todos da vida física, psicológica, social y espiritual. El hermano mayor no necesariamente es nombrado en cuanto tal, a menos que sea de hecho el mayor, ni su puesto ha de ser conscientemente asumido. La función se ejerce como práctica en los puros hechos.

Se trata, pues, de una relación de aceptación de prestigio en afectividad, un tanto parecida a la *auctoritas*, aunque no igual, una aceptación de protección, de integración con él en el todo familiar en el cual las funciones que desempeña son aceptadas como benéficas para todos.

Sólo cuando este hermano mayor se aleja de su integración afectiva en la familia, cuando empieza a actuar inadecuadamente, puede uno cualquiera de los hermanos enfrentarlo y pelear con él y esto precisamente porque no se trata de sumisión ni dependencia. Hasta que no traicione sus compromisos, porque se consiga una mujer o un marido si es hembra, aunque sea por un tiempo, o quiera hacer su vida y abandone a los otros, especialmente a la madre de todos, antes de que su acción se haya hecho innecesaria, nadie se pone en su contra.

Mientras permanece en el desempeño de lo asignado a él como hermano mayor, está incluido, y por ende amparado, en el universo simbólico de lo materno y, por tanto, de lo familiar, lo relacional afectivo cálido y positivo, del bien. Si por un caso, pretende hacer de padre, aunque sea a la manera materna, esto es, ejercer poder, imponer, dominar, decidir sobre los demás por propia voluntad, usurpando lo que sólo a la madre le está permitido, deja el mundo simbólico del bien y se pasa al universo simbólico del padre hecho de rechazo, frustración, rabia, abandono y violencia, el mundo del mal.

La relación de fondo, simbólica y afectiva, con un líder político, como el actual presidente del país, que sí es percibido como uno de la propia familia para muchos venezolanos, que puede ser percibido simbólicamente como quien ocupa el puesto de hermano mayor, será una relación de confianza matricentrada como la he descrito. A este líder se le dejan pasar muchos errores que puede cometer mientras no traicione a la familia, mientras no deje de lado el cometido que la cultura le tiene asignado en el mundo-de-vida. Hasta que eso no suceda, los hermanos no se van a sublevar porque sienten que no se trata de sumisión ni de imposición tiránica sino de relación familiar de confianza, de buena fe.

El concepto de sumisión se construye sobre la idea de poder, de dominio de unos sobre otros. Es el poder la idea que va estructurando y definiendo el significado sumisión. En nuestro pueblo, significados tales como organización social, o más bien comunitaria, política, liderazgo, no giran en torno al poder sino en torno a la relación interhumana convivial de tono afectivo matricentrada, esto es, con matices maternos. Si el poder entra en la simbólica de lo paterno, la relación convivial cae dentro de la simbólica materna. El venezolano popular construye sociedad, o comunidad, sobre la imagen, la vivencia, la idea, la categoría, el significado, el símbolo de esa relación al margen de la sociedad oficial y moderna construida sobre el poder y la razón. Este es uno de los desencuentros fundamentales entre esos dos mundos.

El problema para el pueblo y para que él pueda ser comprendido por el

otro mundo, es que la organización política y social que nos rige está apoyada sobre la distribución del poder y ordenada racionalmente, esto es, dissociada totalmente de lo que el pueblo vive como propia identidad. Cuando lo uno y lo otro se encuentran, el pueblo distingue con claridad, pero si su hermano mayor, en su mismo lenguaje familiar, con sus mismos ritos relacionales, con la expresión de su misma afectividad en sus propios gestos, tono y ademanes, le ofrece la protección, consideración, realización de esperanzas y deseos, todo ello anejo a su posición en la familia, ese pueblo se entrega en confianza.

Sectores de las clases medias y de la clase alta pueden más fácilmente entrar en procesos de verdadera oposición política porque, aunque también en ellos laten en su fondo esos mismos componentes culturales, pueden sobreponerse con cierta facilidad por otra educación recibida, por el desarrollo más sistematizado de ideas políticas y sociales, por entrenamiento en el uso de la razón calculadora, previsiva y ordenadora, por diversos aprendizajes sociales, por intereses económicos y de todo tipo. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la línea divisoria entre estos sectores poblacionales y lo que llamamos pueblo no está precisamente definida. Entre los netamente modernos, relativamente pocos, y los netamente populares, abundantes, existe una amplia franja en la que se mezclan componentes psicosociales de unos y otros.

La situación actual nos ubica ante una forma completamente nueva de política. Se trata del mismo intento de modernización del pueblo, pero esta vez con nuevos instrumentos envueltos en ropajes populares. El venezolano había ensayado y practicado con éxito su relación con la modernidad democrática liberal y de mercado sin perder su identidad. Así, pudo asumir de lo moderno aquello que le resultaba conveniente y útil, mientras seguía siendo el mismo pueblo de antes. Ahora se tiene que enfrentar a una modernidad sin experiencia previa ni para reconocerla como tal, más allá de sus ropajes, ni para negociar con ella porque ésta sí le exige sumisión aunque todavía quizás no se le pueda ver el rostro.

Si las cosas las vemos desde la manera en que el pueblo vive la realidad política del país, desde su posición vivencial ante el liderazgo y ante las previsiones de futuro, eso que tanto angustia a grandes grupos de población —el punto o momento de inflexión— habrá de producirse cuando el pueblo perciba que el proyecto político real, práctico, se encamina a suprimir las formas de vida que constituyen su identidad y que son vividas como tales, cuando sea traicionada la relación de confianza y de buena fe. ¿Hay signos

perceptibles de que este momento de inflexión se atisba en el horizonte o ya se puede ver el inicio de un cambio de rumbo?

El hermano mayor ha empezado a no cumplir los compromisos fundamentales que la cultura le tiene asignados, y el grupo familiar ya se está dando cuenta. En esta línea de análisis hay que prestar atención a las protestas populares que se dan por todo el país. Lo significativo políticamente no son las razones materiales de esas protestas por muy importantes que ellas sean, sino quiénes las liderizan, quiénes forman el grupo de los que protestan y a favor de qué o de quién se protesta. Las dirigen miembros que se proclaman “dentro de la familia”, con gente de la misma, en contra del incumplimiento de lo prometido y prescrito, hacia dentro, pero no dirigen esas protestas a favor del liderazgo del hermano mayor sino a favor de la propia gente, esto es, de los miembros menores de esa familia. Esto último es quizás lo más significativo. La preocupación de los líderes populares no es la revolución ni el gobierno ni los planes presidenciales sino la propia gente, aquella con la que está en relación convivial cotidiana. Como manda la cultura en el mundo-de-vida.

Algo anecdótico pero quizás muy significativo de fondo se empieza a identificar, en ambientes populares, con el nombre del presidente y líder único de la revolución, a quienes en la vida cotidiana muestran señales de pretender imponerse, ejercer poder arbitrario o intentar reservarse para sí lo que entre todos se debe distribuir. Esto se expresa con un “eres como...”, “te pareces a...” y fórmulas parecidas.

Como se ha dicho, el proyecto neoliberal llevaba en sí la exigencia de un cambio cultural a fondo. El mensaje original del proyecto revolucionario actualmente en marcha, enfatizó la democracia, una democracia que el pueblo no podía entender sino como democracia liberal, la única que había experimentado. El discurso inducía a ese mismo pueblo a entender que desde el cambio que se estaba proyectando, él iba a ser incluido de lleno en esa democracia en el mismo plano en que lo habían estado hasta entonces los otros sectores del país. Se podría ser plenamente demócrata manteniendo también plenamente la forma de ser pueblo venezolano, y esta doble realización estaba garantizada por el compromiso del hermano mayor de todos con la gran familia.

Al cabo de ocho años, lo que empieza a verse con cierta claridad es que la revolución pretende eliminar la democracia conocida y con ella la libertad conocida, y además exigir un cambio profundo en la manera de ser, de pensar, de sentir y hasta de llamarse. El discurso oficial habla de

otra democracia, más profunda, la verdadera, pero la gente hasta ahora no tiene parámetros nuevos para pensarla, entenderla o desealarla. Lo que se le presenta como ejercicio de esa nueva democracia, consejos comunales, por ejemplo, no lo ve de hecho como democrático pues experimenta en ello constantemente la manipulación.

Comienza a colarse entre la multitud la sensación y la imagen del hermano arbitrario, impositivo y centrado en sí mismo en desmedro de la familia, un hermano que se va haciendo sospechoso de abandono y traición. Ese hermano se está saliendo del universo simbólico de la madre-familia y adentrándose en el del padre abandonante, impositivo, violento, rechazado, odiado, maltratador de la madre y todos sus hijos. ¿Empieza ahí, entonces, su caída, su ruptura con la relación afectiva de confianza y buena fe en la que siempre estuvo la fuerza de su vinculación? Todo este movimiento de alejamiento y ruptura coincide en el tiempo con el discurso ahora plenamente "socialista", que se destapa y despliega a partir de las últimas elecciones presidenciales, un discurso en el que el socialismo no es sólo un proyecto político, de posesión y distribución del poder, sino también cultural, una forma de vida en la que todo venezolano no tendrá más remedio que integrarse.

Cuando la revolución se presentó como un proceso fundamentalmente político, la gente del pueblo no opuso resistencia, pero cuando se convierte además en cultural, en una suma de política y cultura, cuando amenaza realmente con ser represivo a fondo, hasta lo más personal de las posesiones y de las prácticas de vida cotidiana, cualquier movimiento en contrario se puede producir. No sabemos cuál ni cómo será, porque no tenemos antecedentes históricos de respuesta netamente popular a pretensiones como éstas, pues tan clara y profundamente contrarias al mundo-de-vida del pueblo no se habían presentado.

Hasta el presente, los sectores populares involucrados en el proceso revolucionario habían seguido empleando, ante los proyectos de la dirigencia, los mecanismos de in-sistencia tradicionales y que se resumen en una actitud y postura, no necesariamente consciente, que se puede expresar en estos términos: no asumir como propio lo que se quiere imponer, o transformarlo a la manera popular, reconvirtiéndolo hasta el punto de que ya no sea lo que pretendió ser. De este modo se ha actuado con las cooperativas, con los núcleos productivos, con los círculos zamoranos, etc. Al poco tiempo de iniciados ya no los reconocía, como dicen los españoles "ni la madre que los parió". Pero se está llegando al punto en que la in-sistencia se está poniendo en jaque y los mecanismos de rodeo, viveza y negociación pierden efectivi-

dad para asegurar la supervivencia del mundo-de-vida. Con la revolución no se negocia, no se dialoga y no tiene resultado el ser vivos. La revolución socialista es mucho más implacable que todo lo hasta ahora experimentado.

Fuera de estos mecanismos, y como respuestas populares ante lo impuesto, no conocemos sino el movimiento espontáneo, tumultuario, reactivo, no organizado ni propiamente político, pues no se encaminó a producir cambios de sistema y ni siquiera de gobierno sino sólo a bloquear medidas circunstanciales, más parecido a las revueltas clásicas anti-impuestos o a las acciones del 27 de febrero ya señalado, que a una revolución,

Se ha dado en los últimos tiempos otro episodio masivo, con participación de casi toda la población venezolana, bastante ambiguo y poco transparente en cuanto a la mayor o menor participación del pueblo propiamente dicho y de las motivaciones, pero muy claro como acción o inacción, según las distintas opiniones, colectiva. Se trata de la abstención electoral practicada por la gran mayoría de los electores en diciembre de 2005, movimiento colectivo de indudable carácter político, sea cual sea la valoración política que de él se haya dado y se deba dar, no organizado ni liderado por nadie, no estructurado, relacional, constituido por lo que podríamos llamar una intuición comunicada de manera directa de tú a tú, no tumultuario. Sin embargo, pero sí espontáneo y compartido al margen de los intentos contrarios de los líderes políticos que no tuvieron más remedio que someterse a la voluntad terca de la gran mayoría. Un movimiento así está en plena consonancia con la manera de hacer del mundo-de-vida popular venezolano, del que participan de una u otra manera no sólo el pueblo en cuanto tal sino también la enorme mayoría de los venezolanos.

¿Habrá confrontación? La confrontación de líderes y grupos o mesnadas por ellos liderizadas han sido abundantes en la historia del país, pero la confrontación de masas en guerras civiles, que hayan implicado la entera división de la nación en bandos enemigos hasta el tú a tú de vecino a vecino, por contradicción de ideologías, intereses o formas de vida, afortunadamente no las hemos conocido por lo menos desde las guerras de independencia. No es la manera propiamente popular venezolana de resolver conflictos. Es posible que el clima de confrontación se pueda impulsar artificialmente mediante el adoctrinamiento ideológico, la distribución de armamento entre los ciudadanos comunes por parte de los partidarios y los contrarios de un régimen político, pero difícilmente encajará plenamente, y se incrustará en el ánimo y lo profundo del sentir y practicar la vida propios del venezolano popular.

CONCLUSIONES NO SUMISAS

ÁNGEL OROPEZA Z.

El fenómeno de la sumisión política es ciertamente tan alienante como cautivador. En su génesis y permanencia concurre una multiplicidad de factores de diversa índole. En este libro, nos hemos detenido en aquellos elementos de naturaleza psicológica y cultural que suelen facilitar su aparición o reforzar su enajenante presencia. Esta tarea no es sólo un ejercicio académico o un esfuerzo de carácter exclusivamente intelectual.

Bajo la premisa que el modo de dominación personalista imperante hoy en Venezuela requiere, como el árbol de la savia, del sometimiento y aceptación sumisa de grandes capas de la población, los autores de este trabajo van más allá. Nos anima la necesidad —que en ocasiones se convierte en angustia— de contribuir, desde la perspectiva del análisis psicológico, con la construcción de la respuesta a la gran pregunta sobre el por qué del comportamiento político y social del venezolano de nuestros días, y específicamente qué hay detrás de las generalizadas actitudes de subordinación, vasallaje y genuflexa subyugación que parecen caracterizar a un porcentaje impreciso pero cualitativa y cuantitativamente importante de la población general, así como a algunos sectores de la intelectualidad, el empresariado y la clase política. En este sentido, la intención del trabajo no es sólo describir la naturaleza y características de un fenómeno preocupante, sino identificar sus causas y elementos subyacentes, a fin de diseñar estrategias para combatirlo, contrarrestarlo y evitar, en lo posible, su repetición en el futuro.

Tras la búsqueda de ese objetivo, en el primer capítulo, “¿Qué se esconde detrás de la sumisión política?” se propuso una revisión y análisis de los principales elementos psicológicos y culturales hallados en estudios recientes de Psicología Política y Comportamiento Social, que explican y facilitan las conductas de sumisión. Axel Capriles, en el capítulo sobre “La obediencia patológica”, nos ofreció una mirada al problema de la sumisión desde sus diferentes ángulos o facetas, que incluyó la descripción de nueve tipos o modalidades de sumisión. Mercedes Pulido, por su parte, abordó el aná-

lisis del fenómeno de la seducción como opción voluntaria, lo cual incluye elementos cruciales como “la seducción romántica”, la dependencia emocional, el manejo del miedo, el culto a la personalidad y la reivindicación imaginaria de la dignidad perdida.

Franzel Delgado, a partir del concepto de “secta” como grupo o movimiento que exhibe una devoción excesiva a una persona, idea o cosa, y que emplea técnicas antiéticas de manipulación para persuadir y controlar a sus adeptos, diseñadas para lograr las metas del líder (M. Langone), se planteó la conformación de las “sectas políticas” como una modalidad especial de sumisión, que requiere la conjunción en el tiempo de características particulares tanto del líder como de los seguidores. Roberto De Vries, por su parte, repasó, a manera de una evaluación difícilmente aceptada, “siete fallas” o debilidades psicoculturales que terminan propiciando estados de sumisión.

Finalmente, Alejandro Moreno nos describió cómo, a pesar que el hecho de no percibirse como sumiso no equivale a no estarlo, no se consideran “desde lo popular” ciertas conductas como propias de la sumisión, sino como formas de resistencia y adaptación a las circunstancias. En esto su argumento converge con el de Mercedes Pulido, quien nos recuerda cómo el sometimiento romántico tampoco es percibido por el ciudadano como sumisión, sino como una vía para recuperar derechos perdidos. Por último, Moreno describe cuáles son, sin embargo, los límites de resistencia popular a los intentos de dominación ideológica-cultural provenientes de la élite gobernante.

A lo largo del libro, se ha tratado de evitar la tentación del determinismo psicológico y del reduccionismo cultural, dos simplificaciones excesivas que obnubilan el análisis objetivo sobre la verdadera dinámica de estos complejos procesos sociales. No se trata, de manera simplista, que el venezolano posea ciertas características psicológicas y culturales que, de forma fatalista e inevitable, lo condenen a reproducir conductas de sumisión y entrega. De hecho, se hizo especial énfasis en los factores psicoculturales —también presentes en el venezolano— que apuntan en dirección contraria, esto es, en la vía de una progresiva independencia, libertad y madurez cívica. Como es propio de una cultura que, como la venezolana, es primordialmente dinámica y compleja, ambos grupos de factores coexisten en medio de ciertas paradójicas contradicciones.

Lo importante aquí es subrayar cómo los modelos de dominación no democráticos buscan constantemente diseñar e implementar mecanismos que propicien el sometimiento entre la población, mediante la identifica-

ción y adecuado reforzamiento de aquellos factores psicológicos y culturales particulares que, como en toda sociedad humana, facilitan o se asocian con conductas de sumisión. La tarea de los opresores es precisamente reforzar y alimentar estos factores, conscientes como están del enorme poder castrador que su hipertrofia tiene sobre el pueblo. Por tanto, la radiografía que emana de las páginas anteriores no es ni pesimista ni mucho menos determinista. Por el contrario, constituye un alerta sobre la presencia de aquellos elementos que pudieran —como de hecho ha sucedido— ser manipulados por los opresores para estimular conductas de sumisión tan necesarias a sus fines de dominación y explotación.

La sumisión no sólo envilece a la persona y la minimiza en su dignidad. También es incompatible con el verdadero sentido y fin de la Política, la cual se inventó, parafraseando a Hanna Arendt, porque teníamos que vivir juntos los que pensamos distinto. La política es un producto de la civilización humana, una forma de acción colectiva para resolver de manera pacífica los conflictos propios de quienes, por concepto, son y piensan distinto. La política supone la renuncia a la sumisión y la fuerza, y propone un compromiso ético de búsqueda de la convivencia en libertad y justicia. En este sentido, la política es inseparable de la ética, y la ética está reñida con la sumisión, la alienación y explotación del hombre por el hombre. La sumisión y subyugación al poderoso son incompatibles con la premisa de igualdad entre distintos, que supone una comunidad política¹⁸. Las relaciones de sumisión no son, de esta manera, relaciones políticas sino relaciones de esclavitud, cualquiera sea la forma y apariencia que ellas tomen, y lo evidente o invisible que puedan resultar para sus propios esclavos, algunos de los cuales prefieren ignorar su indigna condición y esconderla detrás de supuestas reivindicaciones o de extraños lazos afectivos con el hegemon.

Como se demostró a lo largo de este libro, la sumisión popular es un elemento consustancial con el proyecto de dominación que encarna el comandante Chávez. La multiplicación y generalización de conductas de servilismo y vasallaje que se observan hoy en Venezuela no son fenómenos circuns-

¹⁸ El concepto de “comunidad política” se entiende, tomando prestadas las palabras de Andrés Stambouli, como una relación —inherente a la noción de “Política”— según la cual “las partes diferenciadas se reconocen recíprocamente como co-miembros de la asociación y comparten algunos valores, metas y actitudes, cultivando la persuasión, la tolerancia y el diálogo para resolver sus desencuentros, como método preferido a la represión o destrucción del adversario”. (Andrés Stambouli. (20002). *La Política Extraviada: una historia de Medina a Chávez*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana. pp. 6).

tanciales, aleatorios o accidentales, sino que, por el contrario, son productos asociados con —y necesarios para— la instalación progresiva del modelo de explotación chavecista. La clase política hegemónica, y en especial su caudillo, han sido muy hábiles en ir reforzando paulatinamente aquellos componentes culturales y psicológicos de nuestra alma colectiva que propenden al autoritarismo y la sumisión. Esta tarea, además, ha sido adecuadamente acompañada por el uso inteligente del miedo, el resentimiento y el odio, como argamasa sobre la cual se construyen las razones y justificaciones de sometimiento. Como bien nos recordaba Mercedes Pulido en su capítulo, cuando una sociedad siente miedo, busca por lo general un defensor, un caudillo fuerte que la salve, lo que facilita la aparición de la sumisión bajo un disfraz de manto protector.

En la concepción política del chavismo, el pueblo es considerado siempre como una especie de eunuco, un eterno niño que necesita ser tutelado, que necesita la guía del garrote porque él mismo es incapaz de autogobernarse y, por tanto, el orden y la moral deben venir desde arriba, desde el poder. En este sentido, el chavismo —como doctrina en cuanto tal— representa la actualización en nuestros días de la vieja tesis del “gendarme necesario” que, desde Vallenilla Lanz hasta hoy, ha sido tan útil para justificar las dictaduras y las apetencias de poder de los tiranos.

En este sentido, la revolución que plantea la propuesta chavecista resulta, en esencia, un fraude muy bien montado, pero obsceno en sus fines y muy caro en término de los costos de su implantación. Lo que el comandante Chávez presenta interesadamente en su narrativa justificadora como una lucha entre pobres y ricos, es en el fondo una batalla que persigue la división entre sumisos y libres, sin importar su clase social. Así, el chavismo se monta sobre un gran negocio, —de hecho, el negocio del siglo— que consiste en hacer de los pobres el centro del discurso, para enriquecerse a sus costillas y justificar, en su nombre, la acumulación de riqueza y de poder. Sobre este fraude, la urgencia es construir —desde abajo— gobiernos de auténtica orientación popular, que no hagan lo que éste, que —como decía Alfí Primera— en vez de acariciar al pobre, lo que hace es manosearlo.

La tarea de estimular y acompañar estrategias de liberación popular es, entonces, necesaria e inaplazable. Y parte importante de este esfuerzo liberador consiste en ayudar, desde una perspectiva pedagógica y de acompañamiento, a la indispensable y progresiva toma de conciencia, por parte de las personas en condición de sumisión política, de su condición de explotación. En Psicología Clínica, y en general en el campo de la salud mental, el con-

cepto de “conciencia de enfermedad” hace referencia al adecuado entendimiento o percepción que la persona o paciente tiene sobre el hecho de no estar bien, de sentirse enfermo o de experimentarse víctima de algún trastorno o alteración psíquica. La conciencia de enfermedad es un paso crucial en el proceso terapéutico, pues sólo a partir de allí puede la persona convertirse en un aliado para su propia curación.

La importancia de una adecuada “conciencia de enfermedad” es tal, que cuando ella está ausente o no existe, se dedica un tiempo importante del proceso de terapia para generarla o para que el paciente la descubra. Como vimos a lo largo del libro, la sumisión no siempre es evidente y visible, ni siquiera para las personas o sociedades que la sufren. Y aquí radica justamente uno de los éxitos políticos más fundamentales y crueles del chavismo como doctrina y de Chávez como caudillo: vender engañosamente un modelo esencialmente represivo y alienante, cuyo componente cardinal es la subordinación, bajo el disfraz de seductoras promesas de reivindicación popular. En otras palabras, el chavismo descansa sobre la más sutil y perversa de las sumisiones, la que ni siquiera sus enfermos perciben como tal.

Dado lo anterior, enfrentar y superar la sumisión chavecista desde una perspectiva de liberación popular no es ni sencillo, ni puede ser producto de un acto voluntarista, mágico o rápido. Requiere, de nuevo, de una labor política pedagógica y de acompañamiento, que —recurriendo a la terminología psicológica— ayude a la generación de una necesaria “conciencia de enfermedad”, y refuerce aquellos elementos presentes en nuestra cultura política que dificultan o se oponen a la adopción de la sumisión como forma de vida.

Así, por ejemplo, es importante subrayar y reforzar culturalmente —en cualquier ámbito de la vida de las personas— el respeto a la ley y a los acuerdos, por encima de la discreción autoritaria, o la arbitraria desviación personalista; fortalecer las propuestas —vengan de donde vengan— de integración ciudadana; revertir el proceso de segregación, división y anomia social que tanto daño han hecho al venezolano, pero que tan útil han resultado para facilitar las estrategias de explotación; estimular las iniciativas que conlleven a la conciencia de identidad, pertenencia y corresponsabilidad en la construcción de la vida en común; combatir y superar aquellos elementos de nuestra cultura política que promueven el infantilismo populista, la tergiversación mesiánica y personalista de la representación, y la ilusión de sustituir la organización social por la movilización espasmódica.

El reto de enfrentar la sumisión política pasa por la necesaria creación de un piso popular para el diseño y construcción de un nuevo acuerdo social,

que rescate el concepto de comunidad política. Ese nuevo acuerdo social debe partir de una concepción de democracia como un "valor" que requiere ser reforzado a través del aprendizaje cotidiano: de que todos pueden ser respetados desde su diversidad; que la riqueza de la sociedad proviene principalmente de la diversidad de sus miembros; del diálogo como única vía aceptable para la solución de conflictos; del rechazo a la tentación de la violencia que significa la imposición del más fuerte; y del convencimiento que la solidaridad y la justicia, y nunca la sumisión acomodaticia e indigna, son los únicos caminos posibles para la paz.

¿Tarea fácil? En lo absoluto, y gracias a Dios que no lo es. Recuerdo que en una oportunidad, en medio de una crisis política muy severa, Winston Churchill se dirigió a su partido y a su país, recordándoles que las cometas vuelan mejor y más alto, mientras más fuerte sopla el viento en contra. Ciertamente que el viento en Venezuela sopla fuerte y amenazador, en la dirección terrible de mayor sumisión, alienación y explotación popular. Precisamente por eso, frente a él, y frente a quienes lo propagan para su propio e inhumano beneficio, el momento es de izar las banderas y no de enterrarlas.

RESUMEN CURRICULAR DE LOS AUTORES

ÁNGEL OROPEZA ZAMBRANO

Psicólogo egresado de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas (1980), con Maestría en la Universidad de Pittsburgh (1988), y Doctorado en Ciencia Política en la Universidad Simón Bolívar (2002). Ha sido Director de Recursos Humanos de la Universidad Simón Bolívar, y Jefe del Departamento de Ciencias Económicas, Políticas y Administrativas de la USB. Actualmente es Profesor Titular de la Universidad Simón Bolívar y de la Universidad Católica Andrés Bello. Experto en el área de la Psicología Política.

AXEL CAPRILES MÉNDEZ

Licenciado en Psicología y Doctor en Ciencias Económicas. Diplomado en Psicología Analítica del C. G. Jung Institut de Zürich. Miembro de la Asociación Internacional de Psicología Analítica. Director de la Fundación C. G. Jung de Venezuela. Ex-presidente de la Sociedad Venezolana de Analistas Junguianos. Editor de la *Revista Venezolana de Psicología de los Arquetipos*. Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello.

MERCEDES PULIDO DE BRICEÑO

Psicólogo egresado de la Universidad Autónoma Nacional de México. Ministra de la Mujer (1979-1984) y de la Familia (1994-1997). Subsecretaria General Adjunta de la ONU. Presidenta de la Junta Directiva de la UNICEF (1996-1998). Profesora de la Universidad Católica Andrés Bello y de la Universidad Simón Bolívar. Experta en Psicología Social, Cambio social y Modelos de Intervención social.

FRANZEL DELGADO SENIOR

Médico Psiquiatra (UCV, 1969). Master en Psicoterapia en el Instituto de Psiquiatría de la Universidad de Londres y la Universidad de California. Profesor retirado del postgrado de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de

la UCV. Ex-presidente de la Sociedad Venezolana de Psiquiatría, y Premio Nacional de Psiquiatría. Fundador de la Unidad de Psicoterapia Conductual del Hospital Vargas de Caracas.

ROBERTO DE VRIES

Médico psiquiatra egresado de la Universidad Central de Venezuela. Postgrado en Sexología. Comunicador Social, egresado de la Universidad Católica Andrés Bello. Ha sido consultor de empresas en el área de Imagen y Poder. Profesor de Psicología de la Negociación en la Universidad Metropolitana de Caracas. Experto en el área de imagen, poder y liderazgo.

ALEJANDRO MORENO OLMEDO

Licenciado en Teología, Seminario Salesiano Internacional, Ivrea (Italia), (1956-1960). Licenciado en Psicología UCAB (1967). Especialidad en Psicología Educativa, Univ. Complutense, Madrid, (1975). Maestría en Psicología, USB, Caracas (1979), y Doctor en Ciencias Sociales, UCV, Caracas (1993). Es Profesor Titular (jubilado) de la Facultad de Educación de la Universidad de Carabobo. Premio Monseñor Pellín de Investigación (CEV, 1995), y Premio Francisco de Venanzi (UCV, 2002). Fundador y Director del Centro de Investigaciones Populares desde 1990.

ÍNDICE

Misión sumisión: Venezuela arrodillada	
Laureano Márquez	5
¿Qué se esconde detrás de la sumisión política?	
Ángel Oropeza Z.	9
La obediencia patológica	
Axel Capriles M.	35
La sumisión romántica	
Mercedes Pulido de Briceño.....	45
Las sectas como mecanismos de sumisión	
Franzel Delgado Senior.....	55
Las siete fallas que nos hacen sumisos o la autoevaluación que evadimos	
Roberto De Vries	71
¿Sumisión política versus liberación popular?	
Alejandro Moreno	81
Conclusiones no sumisas	
Ángel Oropeza Z	97
Resumen curricular de los autores	103